



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

*PARAÍSO OCCIDENTAL*

EDIFICIO DE VIRTUDES, RETÓRICA DE HUMILDAD,  
ESTRUCTURA DE PODER

T E S I S  
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE  
MAESTRÍA EN LETRAS  
(LETRAS MEXICANAS)  
PRESENTA  
MARÍA GUADALUPE TORRES IBARRA

ASESORA: DRA. ARACELI CAMPOS



MÉXICO, D.F.

2009



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradezco a la Dra. Araceli Campos por su dedicación y paciencia al asesorar esta tesis  
y su generosidad para compartir sus conocimientos.

Gracias también a la Dra. Ma. Teresa Miaja porque me ha acompañado a lo largo de  
este trayecto.

A Leonor Fernández, lectora cuidadosa y amiga, siempre dispuesta a resolver dudas.

A la Dra. Mariana Masera y a la Dra. Laurette Godinas por sus comentarios y su  
ayuda.

Muchas gracias Jorge por tu paciencia y muchas gracias a mis hijos por su apoyo.

Finalmente, dedico este trabajo a David, Victoria, Gabriel, Nicolás, Juan Pedro y  
Andrea, con la esperanza de que lleguen a amar la literatura tanto como yo.

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>2</b>
<b>1.- Sigüenza y Góngora y la crítica</b>	<b>6</b>
<b>I CONTEXTO</b>	<b>14</b>
<b>1.- Criollismo</b>	<b>15</b>
<b>2.- Los conventos novohispanos</b>	<b>20</b>
<b>II GÉNESIS</b>	<b>26</b>
<b>1.- Persuadir y convencer</b>	<b>26</b>
<b>2.- De mujeres para mujeres</b>	<b>29</b>
<b>3.- El polígrafo irascible</b>	<b>31</b>
<b>4.- La fábrica</b>	<b>36</b>
<b>5.- Historia e historias</b>	<b>38</b>
<b>III UN JARDÍN NOVOHISPANO</b>	<b>46</b>
<b>1.- El jardín del edén</b>	<b>46</b>
<b>2.- La construcción del paraíso</b>	<b>50</b>
<b>3.- El artífice</b>	<b>54</b>
<b>4.- El recito de la santidad</b>	<b>60</b>
<b>5.- Un paso más</b>	<b>67</b>
<b>IV MARINA DE LA CRUZ, UNA MUJER REINVENTADA</b>	<b>74</b>
<b>1.- Los nombres de la pobreza</b>	<b>76</b>
<b>2.- Marina esposa. De la pobreza real a la riqueza</b>	<b>82</b>
<b>3.- Marina madre. De la pobreza relativa a la riqueza de la maternidad</b>	<b>89</b>
<b>4.- Marina monja. De la pobreza voluntaria a la riqueza interior</b>	<b>91</b>
<b>V MARINA DE LA CRUZ, MÍSTICA Y ASCETA</b>	<b>93</b>
<b>1.- Ejemplos de santidad</b>	<b>93</b>
<b>2.- Mística y ascetismo</b>	<b>100</b>
<b>3.- Retórica del sufrimiento</b>	<b>105</b>
<b>4.- Portentos, maravillas y prodigios</b>	<b>110</b>
<b>VI HUMILAD Y PODER</b>	<b>120</b>
<b>1.- Desprendimiento y autoridad</b>	<b>120</b>
<b>2.- Pobreza de espíritu</b>	<b>123</b>
<b>3.- Dones</b>	<b>127</b>
<b>CONCLUSION</b>	<b>133</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>139</b>

## INTRODUCCIÓN

El *Paraíso Occidental* de Carlos de Sigüenza y Góngora, que apareció en la ciudad de México en 1684, fue escrito a petición de las religiosas del Convento de Jesús María para festejar los cien años de su fundación.

Como el título lo propone, ¿era el Convento de Jesús María un paraíso? O por el contrario, ¿fueron las religiosas anodinas mujeres enclaustradas sin la menor oportunidad de incidir en el exterior? ¿Construyeron un imaginario de milagros y visiones para poder sobrevivir en tan adversas circunstancias? ¿Puede haber otra lectura más propositiva, que sin minimizar sus muy difíciles condiciones de vida, intente otro punto de vista? Éstas son las preguntas que quisiera explorar en mi tesis.

El *Paraíso Occidental* ha sido objeto de diferentes estudios debido a que es una obra singular, pues recoge en un solo libro las biografías de varias monjas que vivieron en el convento. Algunos de estos estudios se enfocan a la vida del autor y su criollismo, su “reinvidicación del pasado prehispánico [...] que trató de dar a la imperial ciudad de México un pasado distinguido y un presente glorioso” (Peña, 1995: 18), y su crítica a algunos de los vicios que agobiaban a la población, como el pulque. Por otra parte, autoras como Kathleen Ross han analizado las vidas de monjas desde un punto de vista feminista. Así mismo, se ha hecho hincapié en el título como la eterna nostalgia del paraíso perdido que se descubre en América. Tantos trabajos existen cuantos han sido los interesados en esta obra.

¿Para qué, pues, otra lectura?

El proceso de lectura se realiza como un proceso continuo de selección de la riqueza de los aspectos ofrecidos, para los que el respectivo mundo de ideas del lector provee los criterios de elección [...] Leer es una actividad semejante a la que realizamos al ganar experiencia en la vida diaria y que consiste en la continua elaboración de conjeturas, la evaluación de las evidencias, el rechazo de ilusiones y la adopción de nuevos puntos de vista (Iser, 1993: 116).

Entonces, el propósito de este trabajo es ofrecer una visión del mundo que nos presenta el *Paraíso Occidental*, a partir de mi lectura de los dos primeros libros que narran la construcción del templo y convento de Jesús María y la vida de sor Marina de la Cruz, una de las monjas enclaustradas. Mi objeto de estudio es el texto, pero sin olvidar que

la literatura [...] que utiliza como medio propio el lenguaje ha nacido por lo común, en íntimo contacto con determinadas instituciones sociales [...] de aquí que una gran mayoría de las cuestiones planteadas por los estudios literarios sean, por lo menos en última instancia o por derivación, cuestiones sociales: cuestiones de tradición de convención, de normas y de géneros, de símbolos y mitos (Wellek, 1966: 112).

Tomando en cuenta lo anterior y para conseguir los objetivos deseados, seguiré el proceso según el cual, de acuerdo con Paul Ricoeur, los acontecimientos se convierten en narración que permite a la experiencia vivida transformarse en un relato. Este proceso pasa por tres momentos. En el primero es necesario situarse en el mundo en que se desarrolla el texto, los fines que persigue la obra, lo que pretende alcanzar, su intención y los motivos por los cuales se llevó a cabo; las convenciones, las creencias, las instituciones, en una sola palabra, la esfera cultural en la que se realiza lo narrado. No intentamos explicar la literatura por la historia, pero el contexto nos ayudará a comprenderla. El segundo momento es la puesta en intriga de los acontecimientos, lo literario propiamente dicho, lo que va a dar unidad al relato, lo que convierte los acontecimientos o incidentes separados en algo relacionado y los transforma en una historia. El tercero es la recepción del relato donde se hace explícita la interacción que se da entre el mundo interno del discurso y el mundo del receptor o lector. Estos dos mundos pueden ser semejantes o pueden ser distintos; en este último caso el lector se enfrenta con un mundo que le es extraño, por lo que se vuelve necesario el trabajo de reconstrucción histórica del horizonte al que pertenece el texto.

En el primer capítulo, analizaremos el contexto histórico, la importancia de la religión, el fenómeno del criollismo, las funciones del convento y el microcosmos que éste representa.

En el segundo, haremos un esbozo de la vida del autor y conoceremos quiénes eran las receptoras ideales de su obra. También, compararemos las similitudes y diferencias que existen entre crónica, historia y literatura, tanto como sea posible diferenciarlas.

En el tercer capítulo, recorreremos el *Libro Primero* que narra los acontecimientos que hicieron posible la construcción del Templo y Convento de Jesús María y se hablará de los colosales recursos necesarios para conseguir este objetivo.

Además, y con objeto de encontrar la conexión entre el título del libro y su contenido, revisaremos los orígenes bíblicos del hombre para entender los cambios que la concepción del paraíso tuvo hasta llegar al siglo XVII.

A continuación, analizaremos la estructura de este *Libro Primero*, construido con relatos plenos de aventuras, misterios, intrigas, suspenso y desenlaces inesperados.

Se impone, también, localizar el lugar sagrado como el sitio donde la divinidad tiene un contacto directo con el hombre, en este caso el templo y el convento. Así mismo, atenderemos al discurso de las fiestas y celebraciones como representaciones populares de culto exterior, parte muy importante de la vida novohispana.

El cuarto capítulo de este trabajo cubrirá los más importantes aspectos del *Libro Segundo*, que inaugura la serie de biografías de monjas, dedicado en su totalidad a Marina de la Cruz. Recorreremos su azarosa vida, desde su salida de España y su establecimiento definitivo en la Nueva España, hasta su ingreso en el convento; su primer y segundo matrimonios, su maternidad, sus épocas de pobreza y de riqueza y su entrada en el convento.

En el quinto, analizaremos el camino de santidad que emprendió Marina, y las mujeres ejemplares que la guiaron, además de las principales características y manifestaciones extraordinarias de un modelo de santidad: la devoción, la virtud, la religiosidad, el sacrificio y la oración, por un lado, y las visiones, raptos, y arrobamientos resultado de su entrega a Dios, por el otro. Además, marcaremos la diferencia entre mística y ascetismo.

Finalmente, en el sexto, recorreremos los diversos cambios ocurridos en la concepción de la pobreza; veremos la diferencia entre humildad y pobreza de espíritu y los extraordinarios dones concedidos gracias a esta humildad, además de recorrer los milagros concedidos por la intercesión de Marina después de muerta.

Como lector, de las muchas opciones que se presentan para descifrar lo que está escrito en el texto, existen dos que me llaman particularmente la atención. La primera es la forma en que Sigüenza nos introduce, en el *Libro primero*, al fascinante mundo de la construcción de un convento en el siglo XVI. La estructura literaria es un espejo de la construcción de los edificios y las múltiples etapas por las que transcurre. La segunda, y a partir de la biografía de Marina de la Cruz, es la búsqueda de los mecanismos por los cuales la pobreza se convierte en dones y la humildad se convierte en poder.

Me propongo seguir las huellas del discurso que van trazando la pobreza y la humildad y rastrear cuáles son sus diferencias; cómo se desarrolla el diálogo entre la pobreza real y la humildad de espíritu, y la forma en que esta combinación no sólo acompañó a la monja por el difícil camino de la santidad, sino que la convirtió en una presencia avasalladora en su empeño por evitar los pecados en el convento.

Son muchas las investigaciones, los recursos literarios, los discursos, los géneros que Sigüenza utiliza para permitir internarnos en estas complicadas, disparejas, prodigiosas y siempre sorprendentes construcciones que son el templo y el convento, albergue de



las flores de una santidad afianzada en el poder y que encontraron tierra fértil entre sus muros.

Intentaré el acercamiento al *Paraíso Occidental* confiada en que “el sentido de una obra es el resultado de un proceso de acumulación, es decir, la historia de su crítica por parte de sus muchos lectores en muchas épocas” (Wellek, 1966: 52). Soy una lectora del siglo XXI que intenta comprender el pasado, no sólo como algo que fuimos, sino como parte de lo que aún somos, como seres humanos, como mexicanos y, especialmente en este caso, como mujeres.

### **1.- Sigüenza y Góngora y la crítica**

La obra de Sigüenza y Góngora ha sido abordada desde diferentes puntos de vista, dada la diversidad de sus intereses como escritor, científico, historiador y cronista.

Durante los siglos XVII y XVIII las menciones de Sigüenza, o sobre su obra, generalmente forman parte de escritos sobre historia de la Nueva España. Por ejemplo, Francisco Javier Clavijero en *Historia Antigua de México*, dice: “no me atrevería a publicar esto si no estuviese asegurado con el gravísimo testimonio del sabio Sigüenza y Góngora” (1964: 180). Lorenzo Boturini, por su parte, en la *Historia general de la América Septentrional* (1986), reconoció su valía como investigador de los calendarios prehispánicos al hablar de sus intentos arqueológicos en la pirámide de Teotihuacán

En estos siglos, también aparecen mencionados manuscritos de Sigüenza que forman parte de alguna biblioteca.

Pocas fueron, sin embargo, las ediciones o reediciones de las fuentes de los siglos XVII y XVIII, y en su mayoría se encuentran en textos de Historia: *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España* de Francisco Javier Alegre (1940-1941) y *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México* de Cristóbal

Bernardo de la Plaza y Jaén (1931). También se reeditaron libros como las *Obras Completas* de fray Servando Teresa de Mier (1981) sobre la época prehispánica, donde el autor menciona fuentes de Sigüenza. En menor medida, el nombre del autor aparece en textos sobre geografía, cartografía y sobre la imagen de la Virgen de Guadalupe: “Descripción histórica y topográfica del valle, las lagunas y ciudad de México” de Joaquín Vazquez de León (1997), *Diario de las Exploraciones en Sonora* de Juan Mateo Mange (1926) y *Escudo de armas de México... María Santísima en su portentosa imagen del mexicano Guadalupe* de Cayetano de Cabrera (1981).

Entre las más interesantes reediciones, están dos obras notables. Por una parte, el *Teatro Mexicano* (edición facsimilar, de Fray Agustín de Vetancurt 1698 (Porrúa 1971), donde Sigüenza es mencionado en el “Catálogo de impresos y manuscritos de que se ha compuesto la obra” y también se habla de su rica biblioteca. Por la otra, en el *Diario de sucesos Notables 1665-1793*, de Antonio de Robles (Porrúa, 1972), Sigüenza aparece en relación a su salida de la Compañía de Jesús, al motín de 8 de junio de 1692, al arzobispo Aguiar y Seixas y a su cátedra de astrología y matemáticas. Es especialmente interesante el relato del autor sobre los últimos días de Sigüenza y de su entierro.

Como sugieren las pocas reediciones, no hubo mayor interés por los estudios sobre Sigüenza de los siglos XVII y XVIII.

El siglo XIX fue poco estudiado y, de nuevo, sus escritos sólo son mencionados, o forman parte de libros de Historia en su mayoría, como es el caso, entre otros, de: *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana* de Lucas Alamán (1844-1849), *History of Mexico* de Hubert Bancroft (1890), en la que habla sobre un documento que creyó ser “El Fénix de Occidente” y sobre el motín del 8 de junio de 1692, *Historia de México desde los primeros tiempos de que hay noticias hasta*

*mediados del siglo XIX* de Francisco Carbajal (1886), *Nueva colección de documentos para la historia de México* de Joaquín García Icazbalceta (1886-1892), *Historia antigua de la Conquista de México* de Manuel Orozco y Berra (1880), *México considerado como Nación Independiente y Libre* de Tadeo Ortiz (1832) y *México a través de los siglos* de Vicente Riva Palacio (1888-1889).

También se menciona su obra en algunas bibliotecas, como *Biblioteca hispano-americana septentrional*, de José M. Beristáin y Souza (1883), que contiene datos bibliográficos de Sigüenza, de la desaparición de los volúmenes del Colegio de San Pedro y San Pablo y manuscritos inéditos; *A rouge list of rare Works relating to North and South America, chiefly from the Library of the Late Emperor Maximilian's First Ministry* (1880), catálogo que enumera títulos de la biblioteca de José F. Ramírez donde se encontraban obras de Sigüenza, y *Catalogue of the Manuscripts in the Spanish Language in the British Museum* de Pascual de Gayangos (1875-1893).

En este siglo continúa el interés por la cartografía como lo atestiguan los textos “Análisis razonado del Atlas Geográfico y Físico de la Nueva España” de Alexander von Humboldt (1863) y, de manera especial, la obra de Manuel de Orozco y Berra que consultó los estudios de Sigüenza para sus libros sobre hidrografía, geografía y cartografía de México (1864, 1867, 1871, 1880 y 1881).

Por lo que respecta al tema guadalupano, Carlos María de Bustamante habla del *Fénix de Occidente* en *La aparición Guadalupana* (1843), e Hipólito Vera escribe *Tesoro Guadalupano, noticia de los libros, documentos, inscripciones, etc. que tratan, mencionan o aluden a la aparición y devoción de Nuestra Señora de Guadalupe* en el que incluye la *Primavera Indiana* (1887-1889).

Las obras de Sigüenza también aparecen mencionada en bibliografías y diccionarios, y en el *Manual de biografías*, (1857) de Marcos Aróniz, donde lo nombra astrónomo y anticuario.

Hace más de setenta años, Irving Leonard abrió una nueva época en el estudio de Sigüenza con su biografía *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. A Mexican Savant of the XVIIth Century* (1929), una pieza de excepcional investigación documental. Sin la bibliografía de este libro no tendríamos conocimiento de muchos de los textos en los que se basa nuestra lectura de Sigüenza. También a él le debemos la compilación de sus poemas (Leonard, 1931). Así mismo, este autor editó *Alboroto y motín de México* (1932), además de escribir varios artículos sobre diferentes obras de Sigüenza o relacionadas con él.

La segunda obra fundamental sobre el trabajo del autor que nos ocupa, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco* (Rojas Garcidueñas, 1945), apareció con motivo del trescientos aniversario de su nacimiento, y así como el libro de Leonard resume todo lo que le precede, Rojas Garcidueñas hace alusión a las más significativas publicaciones hasta esa fecha.

Finalmente, en 2002, con motivo de los trescientos años de la muerte del autor, apareció *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000*, (Alicia Mayer, coord., 2002), que agrupa una serie de artículos escritos por algunos de los más importantes estudiosos de Sigüenza de la época. De éstos, es especialmente enriquecedora la “Bibliografía de Sigüenza” de Enrique Gonzáles Gonzáles y Alicia Mayer, (pp. 225-301), que incluye, además de las fuentes de los siglos XVII y XVIII y los autores de los siglos XIX y XX, sus obras impresas, los manuscritos de Sigüenza o relacionados con él y su obra desconocida o perdida. Esta muy cuidadosa investigación, es un documento invaluable para los estudiosos de la obra de Sigüenza y Góngora.

En este siglo XX se despertó un renovado y muy amplio interés por la obra de Sigüenza de parte de historiadores, críticos de literatura y de la cultura, además de que su nombre apareció en antologías, historias de la literatura, y libros y artículos sobre diferentes disciplinas como biología, astronomía, matemáticas, filosofía, sociología, geografía, cartografía y urbanismo, en los que se reconoce su aporte. Destaca el interés por la poesía de Sigüenza, su prosa, la relación de Sor Juana y el autor, el fenómeno guadalupano en su obra, su aporte a los estudios prehispánicos y los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1983), uno de los textos de Sigüenza más estudiados. Entre los artículos que se refieren a esta obra, se pueden mencionar: “La primera novela mexicana, de Willebaldo Basarte Cerdán (1955), “The picaresque novel of Mexico” de Carol R. Blackburn (1970), “Carlos de Sigüenza y Góngora, primer novelista mexicano” de Antonio Castro Leal (1966), “Sobre las relaciones y la picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*” de Raquel Chang-Rodríguez (1982), “*Infortunios de Alonso Ramírez: A Just History or Fact?* de James Cummins (1984), “Los *Infortunios de Alonso Ramírez*, la primera novela moderna de Latinoamérica” de Connie Janga (1981), “Picaresque Elements in Carlos de Sigüenza y Góngora’s *los Infortunios de Alonso Ramírez*” de Julie Johnson Creer (1981), “Dos pícaros religiosos, Guzmán de Alfarache y Alonso Ramírez de Maria Cristina Quiñónez-Gaugel” (1980) y “Cuestión de Género en *Infortunios de Alonso Ramírez*” de Kathleen Ross, (1995).

También existe un renovado interés por la recopilación de su bibliografía y una nueva serie de artículos con datos biográficos del autor.

Algunos estudios más recientes incluyen: *Escritura e identidad criollas* de Carmen Mora (2001); *El “teatro de Virtudes” de Sigüenza y Góngora: ¿pilar del nacionalismo o texto cortesano del siglo XVII?* De Alejandro Montiel Bonilla, (1999), y *Carlos de*

*Sigüenza y Góngora* de Miguel Ángel Delgado (2002). Una reciente edición del *Oriental planeta evangélico* fue publicada por Antonio Lorente Medina (2008).

Por lo que respecta al *Paraíso Occidental* en particular, Kathleen Ross, se acercó a esta obra en *The Baroque narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora. A new World Paradise* (1993). Ella tiene un enfoque feminista, pues, como afirma: “*Parayso Occidental* is a good example of a text that remains resistant to interpretation without the tools of feminist scholarship” (1993: 9). Por lo tanto, en su cuidadoso estudio del lenguaje, analiza el discurso del patriarcalismo y del paternalismo en relación a las vidas de las monjas cuyas biografías aparecen en la segunda parte del libro, así como la apropiación de la experiencia femenina por parte del autor, ya que, afirma, las voces de estas mujeres no existían en un mundo femenino apartado del exterior y así, mantenían un dialogo con la esfera dominante de la escritura masculina y con los privilegios y el poder de los hombres. Asevera, también, que “Sigüenza’s history enlcoses the convent narratives and uses them to its own end, The narrative startegies and literary models called upon to perform this operation of textual domination are at the heeat of my study” (1993: 10)

Más de 300 años después de la publicación del *Paraíso Occidental*, en el siglo XX aparecen dos importantes ediciones de esta obra.

El *Parayso Occidental, plantado y cultivado por la liberal benefica mano de los muy Catholicos y poderosos Reyes de España, Nuestros Señores en su magnifico Real Convento de Jesus Maria de México*, Facsímile de la primera edición de 1684 (FFL-Condumex, 1995), contiene una muy interesante presentación de Manuel Ramos sobre los objetivos del *Paraíso*, la escritura de las crónicas religiosas, los conventos de clausura, la vida de las monjas y sobre Sigüenza, pues “a través de toda su obra el sabio criollo, orgullo de México, encarna y simboliza la transición de la ortodoxia extrema de

la América Española del siglo XVII a la creciente heterodoxia del siglo XVIII” (pres.: xiv).

Por otra parte, en la “Introducción, Un paraíso occidental: El Huerto cerrado de la virginidad” (xxvii-xlvi), Margo Glantz se interesa por los rituales del sometimiento del cuerpo por medio del dolor para que triunfe el espíritu, “mejor definido como una técnica ascética” (xxii), y el entrenamiento metódico para lograr lo anterior. La vida de las monjas visionarias se rige por “un cuadriculado esquema de rituales donde cada gesto y cada golpe construyen una nueva corporeidad lacerada” (xxvi). Los modelos que siguen las religiosas son los ejercicios de San Ignacio de Loyola y el camino de perfección de Santa Teresa, manuales de santidad. Su objetivo final de las aspirantes al camino de la perfección es el contacto personal con Dios quien las señala como sus predilectas y las recompensa con dones especiales. Por esto, asegura la autora, la sangre producida por las continuas mortificaciones del cuerpo, al dar como resultado un íntimo acercamiento con Él, les produce deleite. Además, en vista de que las monjas son “víctimas propiciatorias [que] concentran en su cuerpo macerado los pecados del mundo, los asumen y los limpian [y además] víctimas ofrecidas en el altar” (XLI-XLII), su cuerpo se convierte en un espacio sagrado. La autora concluye que el sacrificio de estas mujeres provoca una reacción y “organiza una didáctica del padecer, una estética del sufrimiento y una retórica textual” (XLIV).

Por lo que respecta al *Paraíso Occidental* editado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en el “Prólogo”, Margarita Peña presenta el marco de referencia de la literatura religiosa producida por mujeres, la cual era reelaborada por confesores o algún religioso prominente quien se apropiaba del discurso femenino y así su experiencia pasaba a ser parte de un discurso masculino (pp.13-14). Asimismo, en el apartado “La metáfora del cuerpo”, se interesa por las mujeres que en su búsqueda de

santidad, se sometían a los más crudos castigos. La autora recorre cada una de las partes del cuerpo castigadas: cabeza, cabello, ojos, boca, lengua, garganta, senos, cintura, abdomen, piernas pies y manos. Presenta esta lista como ejemplo de un sufrimiento neurótico que lleva a una “búsqueda inconsciente y distorsionada del placer” ( p.24). Sin embargo, concluye que “la vida en el interior del Convento real de Jesús María y en otras comunidades novohispanas de monjas no fue sólo de contrición y penitencia” (p.31), pues otras religiosas no tan ejemplares como las biografiadas por Sigüenza, cultivaban la música, el arte culinario o las labores manuales y tenían diferentes distracciones que hacían su existencia dentro del claustro, si no una experiencia muy feliz, al menos una más soportable.

Finalmente, es de mencionarse *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana* de Antonio Medina Lorente, en donde el autor incluye el *Paraíso Occidental* entre los títulos de las obras estudiadas.

La bibliografía que aparece en este apartado sobre la crítica de Sigüenza - hasta el años 2000 - fue tomada del trabajo de Enrique Gonzáles Gonzáles y Alicia Mayer (2002: 253-301).



## I.- CONTEXTO

La literatura sólo se produce como parte de una cultura, en un ambiente y dentro de un contexto social. Así mismo, su marco más inmediato, que es su tradición lingüística y literaria, encuadra en un “clima” de cultura general (Wellek, 1996: 126). Por lo tanto, para comenzar el análisis de la obra que nos atañe creemos conveniente contestar varias preguntas que la coloquen en su entorno: ¿dónde fue escrita? ¿por qué y para qué? ¿quién la escribió? ¿para quién? y ¿a qué género pertenece?

En el siglo XVII, el “poderío económico, [la] nobleza urbana, [la] religión, y una minoría ilustrada son algunos de los elementos que condicionan el ambiente cultural del virreinato [...] dominado por el signo del barroco” (Peña, 2005: 243). Por lo que respecta a la religión, una de las principales características que marcaron esta época es haber estado fuertemente influida por la Contrarreforma católica, encabezada por el Concilio de Trento, la cual fomentó los elementos rituales externos, especialmente la veneración de imágenes y reliquias. Lo anterior llevó al fortalecimiento de un cristianismo mágico y lleno de prácticas paganas que se transformó en una exuberante creación de manifestaciones estéticas y religiosas: el culto a las reliquias y a las imágenes milagrosas; la promoción de prácticas devocionales para rescatar a las ánimas del purgatorio; la predicación de la caridad, entendida como limosna; el papel redentor del sufrimiento y la presencia continua del demonio. Esta religiosidad encontró tierra fértil en los nuevos territorios conquistados, donde no sólo floreció, sino descubrió otras maneras de expresarse.

La conquista de estos grandes territorios fue posible gracias a la unión de dos fuerzas: la militar y la espiritual, aunque, estrictamente hablando, en un principio no hubo evangelización, sino sólo una cristianización forzada que dio como resultado el sincretismo religioso que persiste hasta nuestros días.

En estos cambios influyeron grandemente las órdenes mendicantes que llegaron a la par de los conquistadores, primero los franciscanos, después los dominicos y finalmente los agustinos. Los jesuitas no vendrían sino hasta 1572. Cada grupo coadyuvó de una manera especial a formar la religiosidad en la Nueva España.

Cuando llegaron los primeros jesuitas, la Compañía de Jesús - tan anhelada por Sigüenza y Góngora - contaba sólo treinta y ocho años desde su fundación. Apenas un año después abrió su primer colegio, el de San Pedro y San Pablo, para educar a jóvenes criollos y mestizos. El suyo fue un apostolado de la enseñanza y muy pronto se convertiría en la orden más poderosa e influyente en la Nueva España.

Con el arribo de las órdenes mendicantes apareció en estas tierras un nuevo, extraño y prodigioso universo poblado de vírgenes, santos y un Dios único, pero a la vez trino. Por otra parte, además, la sociedad indígena sufrió grandes cambios, pues al ser sometida, esclavizada, contagiada de enfermedades desconocidas para ellos y trastocado su mundo y forma de vida, gradualmente fue disminuyendo su población. Tiempo después llegaron los esclavos negros quienes los sustituyen en el trabajo.

Muy pronto los hijos procreados por españoles e indias conformaron una gran cantidad de niños mestizos, los cuales junto a los negros y las diferentes castas, fueron relegados a un régimen de prohibiciones que los llevó al desorden y al vagabundo. Esta movilidad provocó que se multiplicaran. Así, En los siglos XVI y XVII, indios, mestizos, mulatos, negros y demás “gente menuda”, le dieron una nueva y muy peculiar fisonomía a la Nueva España.

### **1.- Criollismo**

Cuando aparece el *Paraíso Occidental* ya se había dado otro gran cambio. La Nueva España tenía tiempo de haber empezado a dejar de “ser nueva y de ser España y

pugna por una personalidad propia y diferente de la Vieja España” (de la Maza, 1953: 41). Frente a la actitud despectiva del peninsular, los criollos gestaron un peculiar modo de asimilar la cultura barroca, desarrollando una forma de barroquismo que exalta la belleza de la tierra, la habilidad, ingenio e inteligencia de sus habitantes y la civilización mexicana que los precedía.

Debido a los portentos que Dios había obrado en sus tierras, “para el siglo XVII la Iglesia novohispana se veía a sí misma como una cristiandad elegida, como un pueblo que demostraba el designio divino por medio de los prodigios y de las reliquias que sacralizaban su territorio” (Rubial, 1999: 61).

Además, las manifestaciones de la providencia en la Nueva España se vieron favorecidas debido a que una de las políticas de la Iglesia postridentina fue fomentar los nacionalismos católicos para contrarrestar aquellos impulsados por el protestantismo. Los prodigios demostraban que los novohispanos eran un pueblo elegido por Dios.

La religión marcó de modo especial este período:

La religiosidad en Nueva España se mantuvo como una roca firme en los siglos XVI y XVII. Se trata de un mundo inmerso en lo religioso, que abarca por igual los diversos estratos de la población y tiñe y da su tono a toda la vida novohispana [...] Para Nueva España [...] la acendrada religiosidad sería un timbre de orgullo. Dos derivados de lo religioso, la beatería y el mundo de lo milagroso, estuvieron siempre presentes en la vida novohispana; los mexicanos de entonces sentían un contacto real y vívido con lo sobrenatural, que se hacía presente en mil formas cotidianas; novenarios [...] el *te deum* [...] la primer lluvia después de la sequía, el cese del granizo, los pocos daños de un terremoto (Manrique, 1978: 1247).

Una religiosidad plena de visiones, reliquias, milagros y santos aparece puntualmente registrada en la obra de Sigüenza y Góngora, cuyo *Paraíso Occidental* se inscribe dentro de la tradición de las leyendas orales y de escritos sobre apariciones, milagros y hechos sobrenaturales.

El más importante antecedente de lo que se convirtió en una gran tradición literaria fue *La leyenda dorada*, escrita en latín hacia 1264 por el dominico genovés Santiago de

la Vorágine, el cual recopiló numerosas vidas de santos, algunos hechos de la vida de Jesús y de la Virgen, así como los milagros por ellos concedidos.

Esta tradición llegó a la Nueva España. Gregorio de Guijo, en su *Diario*, que abarca desde el año de 1648 hasta el de 1664, detalla casos extraordinarios sucedidos con motivo de procesiones, dedicación de iglesias, construcciones de monasterios y conventos y muchos otros más. Antonio de Robles, por su parte, en el *Diario de sucesos notables*, narra numerosos sucesos prodigiosos acaecidos en la Nueva España entre los años de 1665 y 1703. De la misma manera, una muy interesante recopilación mariológica de imágenes milagrosas fue realizada por Francisco de Florencia y Juan Antonio de Oviedo en el *Zodiaco mariano*.

Tanto ricos como pobres ven en el milagro, la profecía, la santidad y las fastuosas manifestaciones religiosas de culto externo una forma de vida cuyos acontecimientos se vuelven más importantes que la vida de la corte o las maniobras políticas de la religión.

Diablos y ángeles aparecen con sospechosa y altísima frecuencia, visibles las más de las veces por hombres o mujeres con fama de santidad. Éxtasis y arrobamientos están a la orden del día, especialmente en la tranquilidad de las celdas claustrales. En el campo y aun en las ciudades el sincretismo de lo cristiano y las viejas creencias religiosas y mágicas es el pan nuestro de cada día entre la población india, mestiza y mulata principalmente [...] es decir, entre los pobres que sujetos siempre a la caridad y limosna para su subsistencia, ponen ahora especialmente su esperanza en el milagro como fuente de bienestar. Los ricos dejan sus fortunas para obras pías y patronazgos [...] las beatas no salen de la iglesia. Y el milagro ronda continuamente [...] capaz de hacerse presente en cualquier momento (Manrique, 1978: 232).

El criollismo se afirma y alcanza su madurez en el siglo XVII, y aunque sin duda fueron muchos los factores que intervinieron para hacer esto posible, el mito guadalupano evolucionó

hasta convertirse en el hecho fundacional más importante de la nueva nación al insertar de lleno a la Virgen de Guadalupe en el proceso evangelizador de los orígenes del reino de Nueva España [...] La aparición de la Virgen no sólo se mostraba como un hecho prodigioso [...] se convertía en la razón de ser de todo lo bueno que había pasado (Rubial 2002: 31-32).

Lo anterior no fue aceptado de inmediato por la Iglesia. Los criollos lucharon denodadamente por imponerlo como una realidad y, por lo tanto, un milagro que señalaba la preferencia de la providencia por los mexicanos, ya que había permitido la aparición de la Virgen a un indígena de estas tierras. Así, aun antes de haber sido aceptada por la Iglesia, la guadalupana se convirtió en símbolo nacional, estandarte y elemento aglutinador de una nación.

Por otra parte, Sigüenza, “en base a sus investigaciones y escritos [...] alcanzó a sintetizar las diversas manifestaciones del patriotismo criollo, uniendo las herencias culturales de los indígenas y de los criollos” (Coddington, 2002: 608). De esta manera, al estudiar la historia de los antiguos mexicanos, se empeñó en encontrar similitudes en la descripción de algunos ritos indígenas y los sacramentos del bautismo y de la confesión cristianos.

Además, el autor tuvo conocimiento de un sacerdote de grandes virtudes llamado Topilzin Quetzalcóatl y

en su obra temporalmente desaparecida *Fénix de occidente*, expresó la hipótesis [...] de que el apóstol santo Tomás había sido el sacerdote Ce Acatl Topilzin Quetzalcóatl. [Así,] el pasado prehispánico perdía la carga demoníaca que le habían dado los misioneros del siglo XVI y se convertía en una civilización equiparable a las del viejo continente (Rubial, 2002: 32-33).

De la misma manera, al componer el *Teatro de virtudes política*, Sigüenza “elige para el texto de su arco triunfal la historia ejemplar de los emperadores aztecas” (Bravo, 1997: 146), lo que de nuevo revalora el pasado indígena.

Pero la mitificación del pasado no le impide al autor exponer en otros textos las terribles condiciones que sufren los indios de su época: denuncia el desarraigo de sus pueblos, la miseria en que se encuentran y el abuso del pulque. Contrasta, entonces, el pasado indígena mitificado y la dolorosa realidad del presente.

El capítulo primero del *Libro primero*, dedicado al “modo con que en tiempo de su gentilidad consagraban los mexicanos a sus vestales vírgenes” (p.51)<sup>1</sup>, es una forma de continuar con esta función de conectar el pasado indígena con el presente criollo. En lugar de remontar el linaje de los mexicanos al de los españoles, traza una línea directa con el pasado prehispánico y así planta las raíces del criollismo en la misma tierra en que éste floreció y no en la que está del otro lado del océano.

Respecto a lo anterior, Josefina Muriel apunta que

la mexicanidad de este criollo novohispano [...] está manifestada ampliamente a lo largo de su *Paraíso Occidental*. El recuerdo de la regia genealogía indígena como antecedente de dignidad y respeto merecido a la memoria del gobierno de un pueblo, los valores de su cultura manifestados a la altura de las más connotadas naciones y aun la sobrevivencia de esos nobles indígenas de *status* en el Virreinato igual al de los hidalgos de Castilla [...] queda dicho [por] don Carlos de Sigüenza y Góngora (2000: 76).

Por otra parte, el *Paraíso Occidental* cumple también con otro objetivo primordial. Dada la multiplicación de hombres y mujeres con fama de santidad, el papado insistió en limitar el culto a aquellos personajes canonizados. En la Nueva España, la difusión de las vidas de venerables mexicanos formaba parte de la promoción para su posible beatificación y posterior canonización. Esto se convirtió en una necesidad vital para los criollos, pues un territorio en el que florecía la santidad demostraba una madurez espiritual igual a la europea (Rubial, 1994: 64). Así, la aportación de Sigüenza fue muy importante para la causa.

En cuanto al criollismo de Sigüenza, existió, además, una razón personal por la cual no estaba satisfecho con las circunstancias de su tiempo. En el *Prólogo al lector* se queja de tener muchos escritos que no pueden ser publicados “(pues jamás tendré con qué poder imprimirlos por mi gran pobreza)” (p.48). Ciertamente en esos tiempos era muy caro imprimir un libro, y se necesitaba de influencias para conseguirlo. Él no las

---

<sup>1</sup> A partir de ahora, todas las citas corresponden a la edición del *Paraíso Occidental*, prol. Margarita Peña. (México, CNCA, 1995), y el número de página aparecerán entre paréntesis.

tenía, pues, aunque a los quince años ingresó a la Compañía de Jesús, fue expulsado de la orden por razones disciplinarias al tratar de escapar.

A pesar de sus múltiples esfuerzos, nunca fue aceptado su reingreso en la poderosa e influyente Compañía. Irving Leonard comenta al respecto que “amargos remordimientos dieron permanentemente a su personalidad cierta melancolía e irascibilidad” (1984: 24).

En realidad su melancolía e irascibilidad debieron ser provocadas por verse excluido de la posibilidad de pertenecer a la elite criolla, la que después de los españoles peninsulares detentaba el poder y la riqueza. La situación de Sigüenza era compartida por un buen número de criollos que se sintieron marginados de los círculos de influencia y de dinero.

Cuando Sigüenza aparece en escena, los adjetivos irascible, colérico, irritable y otros más, generalmente preceden o anteceden su nombre. Esta característica de su personalidad no me parece negativa, Por el contrario, sólo afirma su humanidad. El enojo frecuentemente está asociado a la frustración, basada en la certeza de que merecemos más de lo que la vida nos ofrece en el aspecto económico, social, profesional o familiar. Sigüenza así pensaba, con el atenuante de que él sí tenía razones para su irritación; parece, pues, muy justificable su tan reconocida fama de malhumorado.

## **2.- Los conventos novohispanos**

Los conventos del siglo XVI tuvieron en la Nueva España un origen muy humilde. Eran sencillísimas capillas provisionales, verdaderos cobertizos que servían sólo para resguardar al sacerdote y a los fieles de la intemperie. Muy pronto, sin embargo, se dieron a la tarea de erigir sus moradas definitivas.

Mientras que los conventos de hombres representaban una necesidad religiosa, puesto que administraban algunos sacramentos, los de mujeres constituyen un lujo. “Los beneficios sociales que reportaban únicamente tenían sentido en las ciudades, al dar un quehacer honrado, digno y elevado a las mujeres que no estaban casadas, alejándolas de los peligros y tentaciones del mundo, en una época que tanto consideraba el honor femenino” (Manrique, 1978: 1235-1236).

La fundación de un convento se convertía en un acontecimiento de importancia capital en la Nueva España. Las razones son muchas y conviene detenerse en algunas de ellas.

Los conventos responden, en primer lugar, a una necesidad social. Su ámbito controlado era el único destino posible y seguro para cualquier joven de buena familia que no tuviera como futuro el matrimonio. Sus muros también se convertían en resguardo de las dotes de las jóvenes destinadas al matrimonio. Una hija representaba un capital que se vigilaba mientras llegaba la oportunidad de casarla.

Una mujer sola se consideraba un peligro para ella misma y para los demás, a causa de su debilidad e ignorancia, que la condicionaban a estar siempre bajo la protección de un hombre: padre, esposo, hermano, confesor, director espiritual. Su desprotección era una constante tentación para los hombres. La mujer - húmeda, acuática, lujuriosa - debía de ser apartada para evitar a los hombres la posibilidad del pecado, y a ellas la deshonor que implicaba la de todo su linaje. Así pues, convenía el matrimonio o la clausura, pues un último camino era la prostitución.

Los conventos también tenían una muy importante función espiritual, ya que la ocupación principal de las religiosas era hacer oración por los pecadores y por las ciudades asoladas por terremotos, sequías, epidemias, inundaciones y todo tipo de desastres.



Estas edificaciones otorgaban a los habitantes de la ciudad que las albergaba una sensación de protección en un mundo donde la expiación del pecado, la oración y el arrepentimiento eran tablas de salvación para no caer en los terribles tormentos del infierno, descritos dramáticamente en sermones, libros, pinturas y grabados. Además, las aportaciones para la construcción del convento ofrecían a los donantes la posibilidad de acortar su estancia en el purgatorio que, aunque llena de esperanza por la certeza de que no era eterna, también causaba pavor. Un miedo real ante la única verdad imperante en la época. El pecado necesitaba ser expiado para lograr el perdón y lograr la salvación que los llevaría, eventualmente, al paraíso. La otra opción era el infierno. Las oraciones de las monjas, que eventualmente serían abonadas a la “cuenta” de los pecadores, conferían a estas almas tranquilidad de conciencia y confianza en un futuro celestial.

Sigüenza así lo entiende y, por eso, afirma en la *Dedicatoria* que, gracias a la liberalidad de Felipe II y a su patrocinio del convento de Jesús María, se salvaron muchas almas, y “¡son tantos los que en esta su primera centuria se trasladaron al cielo, que aún no basta este volumen para expresarlos a todos!” (p.35).

La tercera función de los conventos era la económica. El anuncio de los preparativos para la construcción de uno de estos edificios y de su templo adjunto despertaba gran interés en la comunidad, pues requería de una inmensa cantidad materiales, de albañiles, canteros, carpintero y también artistas: pintores, escultores, arquitectos. Una construcción de tal magnitud abría muchas fuentes de trabajo por varios años. Al regocijo espiritual se unía el material, pues proveería de trabajo y dinero a muchas personas.

Además, ya habitados los conventos, estos en sí eran centros económicos muy importantes. Al mismo tiempo que podían ser proveedores de frutas y verduras, por

ejemplo, necesitaban de constante mantenimiento, provisión de comida, telas, zapatos, en fin, de todo lo necesario para sustentar la vida de sus comunidades. Los conventos. a menudo se convertían en verdaderas fortalezas, algunas de las cuales llegaron a tener hasta quinientos habitantes, que incluían no sólo a las religiosas, sino también a sus sirvientas y esclavas y a las niñas que ahí eran educadas. A esta población fija se añadían los trabajadores eventuales, además de parientes de las monjas que, en ocasiones, se quedaban largas temporadas. Eran, pues, pequeñas ciudades con toda la estructura económica que eso significa.

Por último, en este renglón, tal vez la parte más importante para la subsistencia de un convento - además de las dádivas de particulares - eran las dotes de quienes profesaban, las donaciones - a veces de todo lo que poseían, como en el caso de Marina de la Cruz -, más las rentas de las casas que no estaban incluidas en las dotes de las monjas. Josefina Muriel hace un listado muy impresionante, por su riqueza y variedad, de todas las propiedades que tenía el Convento de Jesús María a finales del siglo XVIII (1995: 103-106). Además, Felipe II “dotó [al convento] con liberal mano de copiosas rentas, para esto lo han mirado sus sucesores providentísimos con especial agrado y para esto debe V.M. fomentarlo en lo venidero con su benigno influjo” (p.34).

Los conventos cumplían la triple función de ser guardián de honras, un vínculo propiciatorio con la divinidad y un importante centro económico. Estas construcciones surgen, entonces, de factores espirituales, sociales y también económicos.

Durante los siglos XVI y XVII llegaron a la Nueva España varias órdenes religiosas de mujeres para fundar nuevos conventos que se multiplicaron con rapidez. Las órdenes de concepcionistas, franciscanas de mujeres, jerónimas, agustinas, dominicas de mujeres y carmelitas descalzas fundaron en el siglo XVI diez conventos en México y

ocho en las provincias y, en el XVII, ocho en México y catorce en las provincias, un total de cuarenta. En el siglo XVIII continuaron estas fundaciones (cf. Muriel, 1995).

En el año de 1540 las religiosas concepcionistas fundaron en México el primer convento de toda América: El Convento de la Concepción de la Madre de Dios, de la orden y regla de la Inmaculada Concepción (Muriel, 1995: 32). La fundadora de esta obra en España, la cual posteriormente se afincó también en la Nueva España, Beatriz de Silva y Meneses, ingresó a la corte portuguesa como dama de la princesa Isabel, a quien acompañó a España para casarse con Juan II de Castilla. Posteriormente, ya viuda, ingresó al convento de Santo Domingo el Real en Toledo. Después de treinta años de vivir ahí pidió ayuda a la reina Isabel la Católica para fundar un convento dedicado a la Inmaculada Concepción. El 30 de abril de 1498 obtuvo la licencia del papa Inocencio VII, el cual le dio a la orden concepcionista la regla del Cister y la colocó bajo la jurisdicción ordinaria. Al morir Isabel, tomó su lugar una sobrina de Beatriz, Felipa de Silva. Las concepcionistas abandonaron la regla de Cister para seguir la de Santa Clara y quedaron oficialmente sujetas a los franciscanos por orden de Alejandro VI. Finalmente, en 1511, el papa Julio II les dio una regla particular y las colocó nuevamente bajo la jurisdicción del clero secular (Muriel, 1995: 20-21).

Además del convento de la Concepción, establecieron siete en México: Regina Coelli, Jesús María, la Encarnación, Santa Inés, Nuestra Señora de Balvanera, San José de Gracia y Nuestra Señora de Guadalupe y San Bernardo (Salazar, 1998: 10).

El 21 de enero de 1578, por orden del papa Gregorio XIII, se fundó el tercero de estos conventos, el de Jesús María. Un poco más de cien años después, en 1684, apareció en México un libro con el título de *Paraíso Occidental, plantado y cultivado por la liberal benéfica mano de los muy Católicos, y poderosos Reyes de España, Nuestros Señores en su magnífico Real Convento de Jesús María de México: de cuya fundación, y*

*progresos, y de las prodigiosas maravillas, y virtudes, con que exalando olor suave de perfección, florecieron en su clausura la V. M. Marina de la Cruz y otras exemplarissimas Religiosas da noticia en este volumen D. Carlos de Sigüenza y Góngora Presbytero Mexicano. Con licencia de los superiores/ En México: por Juana de Ribera, Impresor, y Mercader de libros. Año de M.DC.LXXX.IIIJ.*

En ese entonces, la abadesa era la madre Petronila de S. Joseph. Sor Lutgarda de Jesús, hermana de Sigüenza, pertenecía al convento, por lo que pudo haber sugerido el nombre del autor. Como sea, y aun sin tomar en cuenta las posibles recomendaciones de su hermana, Sigüenza fue escogido para exaltar las bondades del convento y de quienes lo habitaron, por ser un escritor de excelencia, ya que el prestigio de las biografiadas dependía en gran medida de la fama de su autor.

## II GÉNESIS

### 1.-Persuadir y convencer

De la misma manera que los conventos responden a diferentes necesidades en la ciudad escogida para su construcción, una obra literaria, como la que nos ocupa, ejerce varias funciones dentro de la sociedad en la que se inserta. En el caso del *Paraíso Occidental* pueden verse algunas muy evidentes.

En primer lugar, otorgar más prestigio al convento. El autor es muy minucioso al hacer el recuento de los recursos empleados en su construcción y en la de su templo. Las monumentales cantidades gastadas para conseguir el esplendor de las construcciones estaban justificadas por la calidad de los huéspedes que los habitarían: en el templo, el cuerpo de Cristo presente en la eucaristía y en el convento, sus virginales esposas. Era el lugar donde moraría la divinidad.

El hombre novohispano mucho [...] suntuoso y ricamente construyó para Dios, inundado como estaba su espíritu de fe intensa. Por lo tanto [...] la parte más sobresaliente y espectacular [...] es el deslumbrante acervo de arte barroco religioso que México heredó de su etapa colonial. En el barroco mexicano la ornamentación es la parte más importante del edificio [...] porque al católico pueblo mexicano y a sus alarifes barrocos les interesaba primordialmente lo simbólico. Así se conjugaba la necesidad religiosa, el lenguaje simbolista y, en la riqueza formal, el anhelo de prestigio social (Vargasluago, 1993: 81-82).

Pero, por una parte, los detalles de este enorme esfuerzo no eran conocidos por todos y, por otra, su recuerdo se hubiera ido perdiendo con el tiempo. Sigüenza escribe: “empresa es ésta que sabe el mundo y aún por eso es conveniente el que no ignore sus circunstancias para elogiarlas” (p.33). De esta manera el libro cumple la función de perpetuar en la memoria la construcción del convento.

Además, de acuerdo con el espíritu de la Contrarreforma, era necesario llevar a un mayor número de fieles la explosión de manifestaciones divinas, la inserción de lo divino en lo humano y, con esto, la proliferación de objetos de culto y reliquias propias.

Las reliquias, indisolublemente ligadas a la santidad, tienen la característica de transmitir físicamente los poderes y dones de un santo o de quién es venerado como tal. Son vehículos de una santidad dinámica. En la retórica del cuerpo santificado, la reliquia es la sinécdoque por la cual el beneficiario puede acceder al todo a través de una pequeña parte: unos cuantos cabellos, una lágrima, una gota de sangre y, en casos extremos, una parte del cuerpo.

No era infrecuente que al morir un hombre o una mujer con fama de santidad, sus devotos se abalanzaran sobre él para hacerse de una reliquia. Por ejemplo, a Sor María de Jesús Tomelín, una de las propias monjas del convento le arrancó un dedo del pie.

La Religiosísima Madre Sor Inés de Jesús [...] deseosa de conseguir alguna reliquia de la Ven. Madre, acudió a la hora, que le pareció oportuna, con el ánimo de cortarla un dedo; y porque su falta se haría visible en las manos, aplicó el cuchillo a uno de los pies. Llevaba en su compañía a otra Religiosa, que entrando a la parte del precioso despojo, unió su cooperación, para la total separación, que se hizo del dedo. (Félix de Jesús María, 1756: 332).<sup>2</sup>

Debido a casos como el anterior, se tomó la decisión de que, ante la inminencia de la muerte de un venerable, sólo a muy contadas personas se les permitía tener contacto directo con el cadáver, el cual se exponía después para su veneración, de tal manera que sus devotos no pudieran alcanzarlo.

Los poderes de las reliquias también podían adquirirse por contacto: un pedazo de la sábana que cubrió el cuerpo de un santo; un puño de tierra donde fue enterrado; el tablón donde dormía; el hábito que usaba; el plato donde comía.

El valor de estas reliquias se confirmaba y se acrecentaba por su efectividad. Rápidamente se propagaban las noticias de, por ejemplo, las curaciones milagrosas logradas gracias al contacto del enfermo con la reliquia.

En 1588 se creó la Sagrada Congregación de Ritos para “aumentar la piedad de los fieles y el culto divino”. Al mismo tiempo se fomentó en tal forma el ritualismo y la veneración a imágenes y reliquias, que facilitó el fortalecimiento

---

<sup>2</sup> La ortografía modernizada es mía.

de un cristianismo mágico lleno de prácticas externas. El decreto XXV del Concilio de Trento insistía en la necesidad de invocar a los santos y de honrar sus reliquias e imágenes como un medio para fortalecer la fe; eran un soporte para que el espíritu pudiera acercarse a las realidades inmateriales a través de los sentidos corporales. La iglesia [...] convirtió a los santos en uno de los recursos más eficaces de la contrarreforma (Rubial, 1999 35-36).

Al prestigio del convento y a la difusión de las vidas de las religiosas que lo habitaban se agrega la segunda función de la obra: didáctica y moralizante. Al proponer las vidas narradas como ejemplos de santidad, pretende provocar en sus lectores, sobre todo en las mujeres, monjas y jóvenes laicas, el deseo de imitar las virtudes de las biografiadas y, eventualmente, despertar nuevas vocaciones.

Existe una tercera función. Las vidas que nos narra Sigüenza en la segunda parte de esta obra cumplen también una finalidad de cohesión social. Un poblado, ciudad o nación afirma su identidad por la presencia de rasgos que lo hacen distinto a otros. El caso más evidente, como ya mencionamos, es el mito guadalupano. La madre de Dios no sólo se dignó a aparecerse a un indígena mexicano, sino que dejó su imagen estampada en su tilma. En *La Estrella del Norte de México*, Francisco de Florencia fue “el primero que encuentra y adapta la famosa cita bíblica atribuida falsamente a Benedicto XI *Non feci taliter omni nationi* (de la Maza, 1953: 64). Esta frase “no hizo tal con ninguna nación” (Salmo 147, 20) afirmó la convicción de haber sido los escogidos por la divinidad y así apartados del resto, por lo que pudimos empezar a ser *otros*.

De la misma manera, los ejemplos de santidad que florecieron en el Convento de Jesús María hacen partícipes a todos los habitantes de la ciudad de sus bondades, no sólo por ser beneficiarios de sus oraciones y milagros, sino por formar parte de la comunidad que dio al mundo tan prodigiosas almas.

Finalmente, no hay que olvidar que el *Paraíso Occidental* es una obra literaria. La lectura de “la vida de los santos aporta a la comunidad un elemento festivo, se sitúa al

lado del descanso, del solaz, corresponde a un 'tiempo libre', lugar puesto aparte, apertura espiritual y contemplativa [...] 'Divierte' [...] La hagiografía oscila entre lo creíble y lo increíble, porque propone lo que es agradable para pensar o hacer" (Certeau 1993: 26).

Estas vidas que se leen y disfrutan tanto en familia como en el refectorio claustral tienen gran difusión por la hiperbólica idealización de unos singulares seres humanos, por los prodigios y maravillas que en ellas se narran y por el placer estético que la prosa del autor proporciona.

Así, la propagación y engrandecimiento del prestigio del convento, la certeza de haber sido un lugar especialmente escogido por la divinidad, el didactismo y la belleza del texto van de la mano gracias a la pluma prodigiosa de Sigüenza.

## **2.-De mujeres para mujeres**

El *Paraíso Occidental* fue una obra por encargo, por lo que el autor siempre tuvo en mente quiénes serían los receptores ideales de ésta. En las mismas palabras de Sigüenza, el asunto del libro es contar "historia de mujeres para mujeres" (p.45).

Su propósito consiste en influir en un núcleo preciso de la sociedad, ya que es posible, y en este caso deseable, que las personas moldeen su vida siguiendo el ejemplo de héroes o heroínas. El estudio de la literatura y de la condición social del escritor va indisolublemente unido al estudio del público al que se dirige y del cual depende económicamente (Wellek, 1996: 119). El *Paraíso Occidental* fue escrito con fines específicos y para un público localizado.

Sigüenza se ajustó a su objetivo principal; sabía quiénes eran los destinatarios de su obra, pero también tenía la intención de que muchos más la leyeran, desde el rey mismo hasta cualquier persona que pudiera seguir beneficiando económicamente al convento.



Además, pragmático como era, aprovechó este espléndido vehículo para promoverse, llamando la atención al hecho de que necesitaba patrocinadores para que sus escritos fueran publicados. En el *Prólogo a lector* afirma que “si hubiera quien costeara en la Nueva España las impresiones [...] no hay duda sino que sacara yo a luz diferentes obras, a cuya composición me ha estimulado el sumo amor que a mi patria tengo [...] y de que me alegrara me mandasen escribir para su remedio” (p.48).

Es necesario recordar que “la retórica no era un arte desinteresado, sus objetivos eran persuadir y convencer. Cuando la oratoria perdió su función pública con el imperio romano, continuó como elemento de la educación tradicional, legando su propia perspectiva a la literatura” (Weinrich, 1993: 201).

Aunque el receptor ideal fue la mujer joven de su época, podemos inferir que, dada su importancia, fue leída por un público mayor y, aún ahora, continuamos leyéndola, más de tres siglos después, debido a que el texto “otorga un margen de posibilidades de actualización, pues siempre ha sido entendido de una manera un poco diferente, en tiempos diferentes y por diversos lectores [y] puede convertirse continuamente en presente” (Iser, 1993: 101).

Así, la lectura no puede ser completamente objetiva. Desde el momento en que optamos por una obra en lugar de otras más, ya nos estamos decidiendo por un autor en especial, por un tema que nos interesa o incluso por una portada que nos llama la atención. Cada nuevo lector actualiza el texto. “La historicidad en la literatura [...] se basa en la experiencia precedente de la obra literaria hecha por el lector” (Jauss, 1993: 56), en el conocimiento previo del género, de la forma y de la temática de obras conocidas con anterioridad por él. Es decir, del horizonte de sus expectativas, tanto de lo que ya conoce y de lo que espera como de lo que desconoce. Como receptor participa activamente de la obra y la completa.

La permanencia de una obra como el *Paraíso Oriental* reside en que no ha sido letra muerta, sino que continúa diciendo algo a cada nuevo lector. No es sólo una crónica de lo que pasó, sino algo que ilumina nuestro pasado y nos dice por qué somos, en parte, lo que somos.

### **3.- El polígrafo irascible**

Wellek afirma que “La causa más evidente de una obra de arte es su creador, el autor; y de aquí que la explicación literaria en función de la personalidad y vida del escritor sea uno de los métodos más antiguos y cultivados de estudios de la literatura” (1996: 90). Lo anterior, sin embargo, no es suficiente ni, en muchas ocasiones, siquiera relevante para el análisis de un escrito. En este caso, sin embargo, podemos encontrar cómo las circunstancias personales y la vida de Sigüenza influyeron en su visión del mundo, confiriéndole al texto algunas particularidades que no se pueden pasar por alto, y que iremos analizando. Ésta, como veremos al leerla con cuidado, es la obra de un criollo que también observa con ojo crítico la sociedad que lo rodea.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, hijo del madrileño Carlos de Sigüenza y Benito, y de la sevillana Dionisia Suárez y Figueroa, fue un personaje excepcional. Intelectual destacadísimo de la segunda mitad del siglo XVII, nació en México en 1645, donde murió en 1700.

Sigüenza tuvo la cualidad de ser un polígrafo, es decir, un personaje dedicado no solamente al estudio de una rama del conocimiento, sino de varias. Fue poeta, historiador y biógrafo de monjas, así como científico, cartógrafo, cosmógrafo, astrónomo y matemático. Fue un erudito con diversas vocaciones en la vida. Sus conocimientos abarcaban una gran cantidad de temas, tanto en número como en la profundidad con la que los trataba.

Ahora bien, independientemente de sus conocimientos en muy diferentes áreas, no hay que olvidar que fue también un hombre de fe. Primero, como ya dijimos, quiso ser jesuita. Al no ser esto posible, fue ordenado sacerdote secular dependiente del obispo. Hasta el final de sus días, y a pesar de sus múltiples otras actividades, fue capellán del Hospital del Amor de Dios, que albergaba a aquejados por enfermedades venéreas. El atender a los sifilíticos revela en él una dedicación extraordinaria. Era, por una parte, catedrático de matemáticas y astronomía y cosmógrafo real y, por la otra, cuidador de enfermos.

El rechazo de la Compañía causó gran frustración a Sigüenza, pues ser jesuita no sólo confería gran prestigio, sino que permitía estar en el centro de las ideas de su tiempo. Paradójicamente, su expulsión le permitió una libertad de la que en una orden regular no hubiera gozado, y así fue como tuvo tiempo y oportunidad de dedicarse a lo que le interesaba.

El estado sacerdotal, especialmente el perteneciente al clero secular, era para la Nueva España de los siglos XVI y XVII una profesión nada despreciable. Venía acompañada de una aureola de respeto y dignidad y permitía un nivel económico que iba de discreto a francamente bonancible [...] el ser clérigo no obligaba en forma tan estrecha como la pertenencia a una orden religiosa y dejaba un margen suficiente para hacer una vida personal (Manrique, 1978: 1237-1238).

Sin perder de vista que fue un hombre de fe, podemos encontrar otras facetas sumamente interesantes de su personalidad. Primero la del científico muy adelantado para su tiempo. Escribió textos sobre cronología, sobre agrimensura y sobre eclipses y cometas. Hizo muchas observaciones astronómicas y fue, además, excelente matemático y catedrático de astronomía en la Universidad.

Carlos II, rey de España, lo nombró cosmógrafo real en 1680, pues a los 35 años ya tenía los méritos suficientes. Levantaba mapas y estudiaba las relaciones de los misioneros en el norte de México. Hizo el primer plano de la Nueva España y, en

1692, con motivo del célebre motín de indios por falta de granos, trazó un plano de la ciudad de México dividida en cuarteles.

El autor fue también un criollo con una gran conciencia histórica. A él se le atribuye haber contratado a unas personas para salvar los archivos del ayuntamiento, después del fuego que se suscitó tras el motín por falta de granos. Se ocupó de estudiar la historia antigua de México con el propósito de fijar las fechas en las que habían sucedido los acontecimientos más importantes de la época prehispánica y empearlos con la historia europea. También se dedicó a estudiar los eclipses y los cometas en los registros europeos y en los prehispánicos para, con base en esos fenómenos astronómicos, establecer una concordancia entre ellos.

Como biógrafo de monjas, en muchas ocasiones las vidas que narra se convierten en una forma de historia crítica. Sigüenza es más que un sacerdote que ensalza a las biografadas en una exaltación hiperbólica. Su mirada atenta se detiene en el mundo que habitan y las rodea.

Además, fue poeta, como se puede ver en la compilación que hizo Irving Leonard de sus poesías (1931). A la llegada del virrey conde de Paredes, le fue encomendada, también, la erección de un arco triunfal.

Imprimió la recopilación del certamen poético dedicado a las glorias de María Santísima, con el título de *Triunfo parténico* (1683), así como la *Primavera Indiana* y las *Glorias de Querétaro* (1668), de tema mariano, y *Los infortunios de Alonso Ramírez* (1690), considerada la primera novela mexicana. También le debemos una epopeya sacropanegírica, *Oriental planeta evangélico* (1700), en honor de San Francisco Javier, que apareció en 1700, año de la muerte del autor (Peña, 2005: 247). Fue un escritor

sumamente prolífico, pero desafortunadamente, una buena parte de su obra está perdida (González y González, 2002: 226).<sup>3</sup>

Un ejemplo muy interesante que pinta de cuerpo entero al jesuita frustrado, que no quiere enemistarse con alguien que pertenece a esa orden, y al hombre en el que siempre imperó la razón, fue su polémica con el padre Kino. En noviembre de 1680 apareció un cometa muy vistoso y grande en México. Como sucedía en esa época, suscitó grandes temores pues se pensaba que era un anuncio de catástrofes: el hambre, las pestes y las guerras que vendrían. La virreina se asustó y le pidió al cosmógrafo real le dijera de qué se trataba. Sigüenza escribió un pequeño libro, *Manifiesto filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*, donde afirmaba que éstos eran como cualquier astro y no presagios, pues tal cosa no tenía justificación científica alguna.

En esa época había llegado a México el padre Eusebio Kino, que venía de Austria e iba hacia las misiones jesuitas. Al leer el libro de Sigüenza, escribió una exposición astronómica que contradecía las tesis del sabio novohispano. Sigüenza, entonces, respondió con la *Libra Astronómica y Filosófica* donde no sólo refuta los argumentos de Kino, sino que pone en entredicho buena parte de la astrología de la adivinación del futuro, con un lujo notable de conocimientos astronómicos, matemáticos e históricos. Es uno de los textos más modernos que hayan sido publicados en México en ese momento.

Y, por supuesto, era un bibliófilo empedernido. Gastaba gran parte de su dinero en traer libros de Europa, lo que sabemos porque en los *ex libris* escribía: “Hice traer este libro de Flandes”, por ejemplo “y me costó tanto”. Además, por medio del hijo de Don Fernando de Alva Ixtlizóchitl, a quien llama “el Cicerón de la lengua mexicana” (p.

---

<sup>3</sup> Una muy completa bibliografía de su obra impresa y también de su obra perdida, se encuentra en *Carlos de Sigüenza y Góngora Homenaje 1700-2000*. México 2002: 226-239 y 151-252.

52), tuvo acceso a los numerosos códices indianos y a las ruedas calendáricas que Ixtlizóchitl poseía. Su biblioteca se convirtió en una de las más importantes de América, no tanto por el número de volúmenes, sino por la riqueza de manuscritos, códices y textos indígenas y libros de ciencia.

Al morir, legó su biblioteca al Colegio de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús. Ahí sufrió pérdidas en diversos momentos del siglo XVIII. Posteriormente, cuando los jesuitas fueron expulsados de todos los dominios de España en 1767, presumiblemente lo que quedaba de su biblioteca fue trasladado a la secretaría del virreinato y, lo que no destruyeron los ratones, lo hicieron la humedad y los robos. Muchos libros desaparecieron, otros se vendieron en el extranjero y, así, sólo quedan algunos fragmentos de esta riqueza dispersos en diferentes bibliotecas.

El contemporáneo de Sor Juana vivió, además, en un ambiente intelectual que abonaba el terreno donde maduró su escritura. En el siglo XVII existía una gran actividad literaria. Hubo otros autores que también se ocuparon de la vida conventual de las carmelitas, de las monjas de Santa Catalina de Siena y de la orden de las franciscanas, como Juan Bautista Méndez, Alonso Franco, Agustín de la Madre de Dios y Agustín de Vetancurt.

Proliferaban los escritores de altura como Bernardo de Balbuena, autor de *Grandeza Mexicana*; Mateo Alemán, autor de *Guzmán de Alfarache*, iego de Galdo Guzmán, quien se ocupó del *Arte mexicano*, Miguel Sánchez, autor de la *Imagen de la Virgen María de Guadalupe*, Juan Antonio de Oviedo, biógrafo de Núñez de Miranda, el mismo Antonio Núñez de Miranda y los ya mencionados Francisco de Florencia y Antonio de Robles. Estos escritores y sus obras, de muy variados contenidos, son únicamente algunos ejemplos de quienes destacaron en la Nueva España en el siglo

XVII. Prosa y poesía; crónicas e historia; investigaciones científicas; vocabularios y gramáticas, y mucho más, fueron los compañeros intelectuales de Sigüenza.<sup>4</sup>

Carlos de Sigüenza y Góngora fue un escritor barroco en quien se anuncia ya el humanista preilustrado. Este autor polifacético, en el cual convive una gran fe con un enorme raciocinio, le infunde al texto que nos ocupa un toque muy particular.

#### **4.- La fábrica de la obra**

El *Paraíso Occidental* está dividido en tres libros. El primero, que consta de trece capítulos, lo dedica el autor a la fundación del Convento de Jesús María y los avatares de su construcción. En los dos restantes recoge las vidas de varias monjas que vivieron en clausura en ese lugar, así como la salida de dos de éstas para fundar el Convento de San Joseph de las carmelitas descalzas. La vida de la madre Marina la Cruz ocupa todo el segundo libro, que consta de 28 capítulos. Casi una tercera parte del último - 7 capítulos - es dedicado a la vida de Inés de la Cruz, y en los 25 restantes narra la vida de 15 religiosas.

Como veremos, el *Libro Primero* permite acercarnos a la ciudad de México, a sus casas y templos, a sus conventos y calles y, sobre todo, a sus habitantes. Nobleza, clero, comerciantes, artesanos, ricos y pobres, y las relaciones que se establecen entre ellos con motivo de la construcción y posterior fundación del convento de Jesús María nos revelan mucho del diario acontecer.

El *Libro Segundo* nos interna en el mundo de una mujer que supo enfrentar circunstancias muy adversas. Un mundo de viajes y de clausura, de matrimonios y de castidad, de sacrificios y de recompensas. Un recorrido que nos lleva de España - y por

---

<sup>4</sup>Nidia Pullés-Linares, ("Nueva España en el siglo XVII" en *Historia de la literatura mexicana*), tomo 2, recoge con gran puntualidad las obras publicadas en este siglo, así como los más importantes acontecimientos históricos y culturales de la época.

el mar - hasta la Nueva España, y desde estos grandes espacios, hacia los rincones más escondidos de la intimidad de una mística visionaria.

En el *Libro tercero*, además de las biografías de las monjas, encontramos las historias de dos indias, una negra y la del capellán del convento.

Las vidas narradas en los dos últimos libros forman un microcosmos, en el cual el Sigüenza inserta los cuatro grupos humanos que dieron forma a la sociedad novohispana: españoles, criollos, indios y negros. La inclusión de un hombre en estas biografías parece confirmar la decisión del autor de hacer del texto un mundo autónomo, donde no sólo cumple con la labor asignada de dar palabra y prestigio a la historia del convento, sino de ofrecernos una mirada que puede sintetizar lo que en su momento fue el entorno de la época que le tocó vivir.

Para la estructura de un libro, como para la del un convento, el artífice hace uso de los materiales existentes - piedras, letras - que mezcladas con su ingenio, imaginación y conocimientos dan como resultado una construcción que se apega al estilo escogido por él. Sigüenza afirma que “por lo que toca al estilo gasto en este libro el que gasto siempre; esto es, el mismo que observo cuando converso, cuando escribo, cuando predico” (p.45). Esto, sin embargo, no se cumple en el texto pues su escritura, lejos de usar el lenguaje cotidiano, utiliza una retórica eminentemente barroca que “se caracteriza por la intensificación del ornamento retórico y de los artificios lingüísticos [...] un léxico y una sintaxis inspirados en el latín [...] una abundancia de metáforas y alusiones eruditas [...] correspondencias y oposiciones” (Quiñones, 2000: 85).

Kathleen Ross en su libro *The baroque narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora. A New World, Paradise*, afirma:

We cannot accept at FAC value Sigüenza’s stated intention [...] to rid himself of literary frills and write an ‘unadorned’ history [...] Moreover, it cannot be accepted that Sigüenza identifies normal, everyday conversation with the “simple and natural”, given that even daily interactions in seventeenth-century New Spain



were governed by an elaborate code of ceremony, particularly among the elite group to which Sigüenza belonged. What the prologue presents is a statement critical of bad poetry, but not one that automatically rejects baroque language in all instances. (Ross, 1993: 12 y 51)).

Finalmente, y en virtud de que en 1619 “el Santo Oficio se adjudicó la aprobación de la literatura religiosa” (Campos, 1999: 23), Sigüenza es muy cuidadoso al aclarar en la *Protesta del autor* que ha seguido las indicaciones del Papa Urbano VII, que prohibía se escribiera sobre personas con fama de santidad como si éstos fueran santos canonizados:

las palabras *santidad santa, bienaventurada, gloriosa, virtud heroica, revelación, visión, profecía, milagro* y otras semejantes, que se hallarán en l vida de la V. M. Marina de la Cruz y en la de otras personas [...] de ninguna manera son para que se les dé culto, veneración ni opinión de santidad, pues ésta sólo la califica la católica Iglesia (p.49).

El libro cuenta, entonces, con las indispensables licencias aprobatorias del ya mencionado Fernando de Valtierra, así como de Diego de Malpartida Centeno, Diego Joseph de Bustos y Francisco de Villena.

## 5.- Historia e historias

Por lo que respecta al género literario, es necesario apuntar que éste no es un simple nombre, pues responde a la convención estética de que una obra participa y da forma a su carácter. “La teoría de géneros literarios es un principio de orden. Debe entenderse como agrupación de obras literarias basada teóricamente tanto en la forma exterior (metro o estructura específicos), como en la interior (actitud, tono, propósito; dicho más toscamente tema y público) (Wellek, 1966: 278).

Al leer el *Paraíso Occidental* parece relativamente fácil determinar a qué género pertenece. La primera parte es una crónica; la segunda es una colección de biografías. Las dos podrían englobarse en el ámbito más amplio de la Historia. Afirmar lo anterior, sin embargo, es simplificar un texto que ejemplifica las complejidades de la literatura

barroca. Así, tendremos que empezar por aclarar algunos puntos. En primer lugar, ¿a que llamamos crónica y cuál es su diferencia con la Historia y la literatura?

De una manera muy simplificada, podemos llamar crónica a una narración de acontecimientos pasados en la que se refieren los sucesos en orden cronológico y los relaciona. Contiene, además, elementos imaginarios o legendarios que condicionan la objetividad de lo narrado.

Por su parte, la Historia incluye elementos historiográficos, tales como documentos escritos o relatos de testigos fidedignos, con los cuales pretende acercarse lo más posible a la verdad. Con frecuencia, sin embargo, y por falta de datos, parte de la historia tiene que ser inferida, cuando no francamente fabulada por el investigador.

Ahora bien, recordemos que durante mucho tiempo la Historia formó parte de la retórica y por lo tanto se consideraba también literatura. Para algunos autores la crónica es una derivación de la Historia y, para otros, un híbrido, producto de dos diferentes disciplinas: la literatura y la Historia. Es Historia porque recoge datos que autentifican lo escrito, y literatura porque crea mundos imaginarios y autónomos. En ocasiones lo híbrido – el producto de dos elementos de distinta naturaleza - tiene la connotación peyorativa de endeble, en cuanto a que la conjunción de dos elementos diferentes debilitaría el resultado. En el caso de la crónica, por el contrario, los diversos ingredientes que la cocinan hacen de ella un producto enriquecido con las mejores especies de cada una de las disciplinas de las que dispone. Éste fue, precisamente, el género inaugural de la literatura novohispana en español.

La prosa literaria en la Nueva España tomó cartas de nacionalización con las historias de Indias, las crónicas conventuales, diálogos, cartas, sermones, biografías, panegíricos, descripciones en prosa de los arcos triunfales, y mucho más.

La literatura que se va a escribir y leer en la Nueva España durante el primer siglo venía ya en las alforjas y en los baúles de los soldados y de los primeros

pobladores antes de que pusieran un pie en tierra americana. Luego, los romances anónimos adaptados a las circunstancias locales van a salpicar las crónicas de Indias. Las novelas de caballerías que alimentarán la fantasía del soldado lector viajan con el conquistador (Peña, 2005: 239).

Con el tiempo, las letras mexicanas irán desarrollando e incluyendo nuevos elementos autóctonos y aparecerán autores novohispanos que, poco a poco, la diferenciarán de lo escrito en España, dándoles una individualidad propia.

Por lo que respecta a la crónica, ésta “surge tempranamente, al calor de la conquista [...] La crónica de Indias brota del impulso de volcar en catarsis escrita la experiencia del Nuevo Mundo y de [...] la necesidad de obtener apoyo material para futuras empresas, deseo de reconocimiento y acrecentamiento de la hacienda y de la fama” (Peña, 2005: 240). En este sentido, se puede afirmar que la primera parte del libro es una crónica que narra la fundación y construcción del convento, tanto con el fin de acrecentar su prestigio, como de seguir obteniendo apoyos materiales. Es una relación histórica con funciones pragmáticas.

Por otra parte, un convento y un templo son más que simples construcciones. Son lugares sagrados donde habita la santidad. Lugares propicios de oración y recogimiento en continua contemplación y acercamiento a la Eucaristía. En este contexto, la narración se inserta en otro género, el de la historia de la cristiandad, que es la de la Salvación.

En la historiografía medieval, que sigue teniendo gran influencia en la época de Sigüenza, la historia salvífica se inicia con la expulsión de Adán y Eva del Paraíso y termina con el Juicio Final. Así, todo lo que acontece al hombre desde entonces y lo que sucederá en el futuro, es sólo un caminar, siempre con la ayuda y guía de la Iglesia, para regresar al lugar del que fue expulsada la pareja primigenia. Por esto, las historias narradas por Sigüenza se insertan también en otro tiempo y lugar, con los ojos puestos en la segunda venida de Cristo y motivadas por la esperanza de la intervención de la

Providencia, requisito indispensable para lograr su propósito, pues el hombre por sí mismo no puede hacer nada. Es un género impregnado de una visión escatológica y apocalíptica (Mendiola, 1995: 65-66).

Pero, también, al leer esta primera parte se nos presenta un amplio panorama de la sociedad novohispana: el desfile de aquellos que detentan el poder y el dinero, y de quienes lo persiguen o necesitan. Los que pueden y dan y los que no tienen y piden. Todos los estratos sociales, tanto de la corte como de la iglesia y del pueblo en general: clérigos, nobles, mercaderes, trabajadores, hombres y mujeres en constante actividad. Se aprecian costumbres y modos de vida, fórmulas de cortesía e intrigas, misterio y bastardía, misoginia y admiración por la mujer. Nos lleva a recorrer las calles de México y de la mano de Pedro Tomás de Denia nos traslada a Europa; encontramos historias de perseverancia y asomos de mezquindad.

Por lo que respecta a la segunda parte, que con tanta facilidad habíamos acomodado en el cajón de las biografías, también es necesario detenerse en algunos puntos.

La intención de Sigüenza es, aparentemente, escribir historia “verdadera” y no sólo verosímil, pues es muy insistente en citar sus fuentes y subrayar su cuidadosa investigación.

En verdad puedo afirmar no haber perdonado para conseguirla diligencia alguna, leyendo cuantos libros impresos podían contener algo para mi asunto [...] ocurrió al archivo del Real Convento, cuyos papeles me entregaron, y también varios cuadernos de autor y cédulas [...] leí las relaciones originales [...] y varias noticias que las de las V.V. Religiosas de quienes se escribe se me dieron. Valíme también de la tradición apoyada de más de cien personas (pp.46-47).

La hagiografía nace con los calendarios litúrgicos y con la conmemoración de los mártires en los lugares de sus sepulcros. Una segunda etapa comienza con las vidas de los ascetas, que dejan el mundo y van al desierto en busca de soledad, para meditar y encontrar a Dios. Después, se comienzan a escribir las biografías de confesores y obispos, así como de los fundadores de órdenes. Los místicos empiezan a ocupar un

lugar cada vez más importante en estas narraciones, ya que no es la muerte, como en el caso de los mártires, sino la vida lo que edifica (Certeau, 1993: 258-259).

En la hagiografía tradicional aparecen elementos modelísticos de la existencia de un hombre o mujer ejemplar, con tópicos invariables con los cuales parece que la vida de los santos, en este caso de las monjas novohispanas, es un modelo a armar con piezas intercambiables donde sólo el nombre, las fechas y algunas circunstancias especiales las distinguen del resto. El modelo por seguir se filtra con los datos reales o biográficos. Estas historias son un medio de propagación del cristianismo y los valores que desea destacar.

Como lo ha destacado Certeau, “a hagiografía es un género literario que favorece a los actores de lo sagrado y tiene por fin la edificación de una ejemplaridad. La vida de un santo se inscribe dentro de la vida de un grupo, Iglesia o comunidad” (1993: 257 y 269), que, en el caso particular de este trabajo, es el Convento de Jesús María, donde podemos ver cómo las narraciones interactúan, se entrelazan y llegan a formar cadenas de proximidad.

Estrictamente hablando, la hagiografía corresponde a un santo canonizado. Las vidas de estas monjas, entonces, son sólo biografías. Sin embargo, no sólo se apegan a la estructura hagiográfica, sino que muchas de ellas fueron escritas con la intención de lograr la beatificación y posterior canonización de las biografiadas.

A la muerte de una monja se le dedicaba un sermón panegírico, que sería el embrión de una biografía trabajada con la materia prima que proporcionaban los cuadernos escritos por ellas mismas, por alguna compañera o por episodios que pertenecían al fondo común de una tradición. “De la retórica de los sermones sobre santos, se pasa a una literatura ‘devota’, que cultiva lo afectivo y lo extraordinario [...] se difunden

mucho y se consagran más bien a contemporáneos muertos ‘en olor a santidad’” (Certeau, 1993: 259).

Al leer estas vidas es muy fácil pasar del asombro a la incredulidad, pero ese es exactamente el género y sus particularidades:

Lo extraordinario y lo posible se apoya uno en el otro para construir la ficción que se pone al servicio de la ejemplaridad [...] es una poética del sentido, no se le puede reducir a una exactitud de hechos o de doctrina sin destruir el género mismo que se enuncia” (Certeau, 1993: 261-262).

Se trata de un discurso de virtudes que no necesariamente tiene una significación moral y se acerca más bien a lo maravilloso. En la tradición medieval aún seguía influyendo la noción de la Historia “al servicio de los demás saberes, nunca era vista en sí misma [...] su tarea principal consistía en educar moralmente a sus lectores [...] tenía por fin exaltar las buenas costumbres de la gente. Antes que la verdad está la virtud” (Mendiola, 1995: 79).

Aunque el modelo hagiográfico se cumple en el texto, es necesario aclarar que esto no sucede puntualmente. Existen diferencias, en algunos casos sustanciales, por lo que solo leyendo las biografías individualmente podemos apreciar hasta qué punto se apegan y cuánto discrepan del modelo. Ésta es la razón por la que analizaremos la complicada vida de Marina de la Cruz.

Las biografías comienzan, generalmente, con la genealogía de la monja, seguida de las eventuales vicisitudes ocurridas a su madre durante el embarazo. Después viene su nacimiento e infancia, una vocación religiosa temprana y su ingreso en el convento. Da enseguida cuenta de su Profesión de Fe y se ocupa luego de su vida cotidiana, oficios desempeñados y rutinas diversas. En esta etapa son muy importante, además, las penitencias, disciplinas, ayunos y oración, la descripción de las visiones que tuvieron y las tentaciones a las que se vieron expuestas. También narra las relaciones de carácter variado con otras monjas, preladas y confesores, así como las enfermedades diversas

padecidas a lo largo de su vida. Finalmente, recoge todos los detalles de su muerte, y tras de ella, los prodigios y milagros concedidos por su intercesión (Peña, 1995: 14).

La crónica conventual constituye un material riquísimo donde las aventuras, las relaciones entre diferentes personajes y la complejidad de su estructura han sido vistas por algunos autores como un texto “closer to literature, particularly that of the picaresque and of Cervantes” (Ross, 1993: 183).

Pero, ¿en qué medida esto es literatura? ¿Es posible marcar una diferencia? Se nos presentan de nuevo las mismas interrogantes que tratamos de responder en cuanto a la diferencia entre Historia y crónica. El ámbito configurado “por la problematicidad de los vínculos entre la historia y literatura se caracteriza por lo ambiguo de sus fronteras [...] No espere entonces quien se aventure en él mapas seguros ni nomenclaturas unificadas y estables, y menos aún ‘métodos’ listos para su ‘aplicación’” (Perus, 1994: 78).

En esta obra se pueden, entonces, distinguir diferentes discursos. El del historiador que se empeña en encontrar documentos que avalen lo que escribe; el del escritor que conoce a la perfección la retórica de la crónica y de la hagiografía y escribe con pulcritud y belleza; el del creador que a través de interesantes y, en muchas ocasiones, muy divertidos relatos nos asoma al mundo novohispano; el del hombre creyente y fervoroso que vivió en una época sumergida en una religiosidad rebosante de milagros, apariciones, santos, místicos y visionarios, y el del narrador exuberante y diverso. En efecto, por un lado, Sigüenza tiene los pies bien plantados en la realidad de su entorno y de los conocimientos a su alcance y, por el otro, como católico devoto y poseedor de una gran fe, aspira a la trascendencia y está convencido de la inmortalidad del alma y la fragilidad del cuerpo que la alberga.

La dificultad para situar este texto dentro de un género literario confirma que el *Paraíso Occidental* es un ejemplo perfecto de literatura barroca, un mosaico caleidoscópico de costumbres, vidas, aventuras, Historia e historias, biografías, crónica y más, cuya narración se ve constantemente interrumpida, enriquecida y complicada, como si fuera el diseño de la línea que sigue una planta de altar barroco, siempre en movimiento, siempre sorpresiva y cambiante.



### III UN JARDÍN NOVOHISPANO

#### 1.- El Jardín del Edén

Si ya desde el título quedaba establecida la comparación del Convento de Jesús María con el paraíso, en su *Dedicatoria* a Carlos II el autor desarrolla esta idea al afirmar que éste mejora “aquel delicioso Paraíso, con que en las niñeces del mundo se engrandeció el Oriente” (p.33). También Diego de Malpartida Centeno asegura que “nada falta en este Paraíso de lo que tuvo el primitivo” (p.41).

La idea de un paraíso terrenal en América fue muy difundida por los cronistas del descubrimiento y la conquista el Nuevo Mundo. El propio Cristóbal Colón estaba convencido de que las Nuevas Indias se encontraban en las cercanías del Edén.

Ahora bien, es importante intentar aclarar ¿en qué paraíso estaba pensando el autor? El Paraíso Terrenal, el Jardín del Edén, el Jardín de las Delicias, ha sufrido a través de los siglos muchas transformaciones en el imaginario universal.

Dios colocó a Adán y Eva en un lugar privilegiado, dándoles dominio sobre todas las plantas, animales y cosas, con una excepción: “Del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás, porque el día que comiereis de él, morirás sin remedio” (Génesis, 2, 17). Por su trasgresión fueron expulsados de este paradisíaco lugar y desde entonces estamos tratando de encontrarlo de nuevo. ¿Dónde? Donde la imaginación poética lo ha situado a través de los siglos: en la tierra, en las esferas del cielo, en el cielo de la luna, en la luna misma, en lo alto de una montaña, en una isla, en Asia, en África, en América. El hombre ha persistido en la búsqueda de este lugar idílico donde no hay muerte ni sufrimiento y todo es perfección y felicidad.

Numerosas civilizaciones creyeron en un paraíso primordial donde reinaba la perfección, la libertad, la paz, la felicidad, la abundancia, la ausencia de violencia, de tensiones y de conflictos. Los hombres se entendían y vivían en armonía con los animales; se comunicaban sin dificultad con el mundo divino. De

aquí nace la profunda nostalgia en la conciencia colectiva, por el paraíso perdido, pero nunca olvidado, y el deseo poderoso de volver a encontrarlo (Delumeau, 2003: 23-34).

Para las antiguas mentalidades existía un lazo muy estrecho entre felicidad y jardín. En las tradiciones grecorromanas, durante la Edad de Oro el hombre vivía en un lugar donde el campo era fértil y el clima siempre templado. De esta manera fueron descritos los Campos Elíseos por diferentes autores.

A partir del siglo II, estos mitos se cristianizaron progresivamente y se construyó el topos de *locus amoenus*. Un lugar ideal y seguro donde el hombre sería inmortal y no sufriría enfermedades; un paisaje admirable y espléndido provisto con todas las riquezas de la creación y favorecido todo el año por una temperatura templada; una tierra fértil regada por aguas abundantes provenientes de una fuente que se encontraba en el centro y de la cual salían cuatro ríos. Ahí corría la miel y la leche y existía todo tipo de árboles siempre verdes y plenos de dulces frutos. Además, el campo estaba lleno de flores, por lo que se aspiraban fragancias deliciosas. Lo anterior parece estar muy presente cuando el ya mencionado Diego de Malpartida dice del Convento de Jesús

María:

En él florecieron sublimes árboles cuantas sagradas vírgenes lo ilustraron esparciendo fragancias de las flores de sus ejemplo admirándonos con los sazonados frutos de sus virtudes [...] que parece que las cuatro fuentes del Oriental Paraíso han vertido sus caudales todos en el suave y corriente estilo de la obra (pp.41-42).

En un principio el Jardín del Edén estaba localizado en algún lugar de Oriente, en la tierra más alta del mundo - razón por la cual no llegaron hasta él las aguas del Diluvio - y circundado de llamas que lo hacían inaccesible al hombre expulsado de él. Además, estaba separado del resto de la tierra por el mar o por tierras inhóspitas. A este Paraíso se le consideró una etapa intermedia antes de llegar al cielo donde los justos permanecerían hasta el día de la resurrección. Después del Concilio de Florencia este

lugar sería convertido en el purgatorio donde las almas sufren, pero sin perder la esperanza de llegar al cielo.

Para algunos, el Paraíso fue identificado con el seno de Abraham, con la Jerusalén Celestial o con el Paraíso Celestial que estaba por encima de nuestra atmósfera, pero debajo del firmamento, y también con el cielo, ese lugar a donde irían los justos a gozar de la gloria por toda la eternidad, después de la resurrección. El hombre, sin embargo, no perdía la esperanza de encontrar paraísos que no estuvieran por completo fuera de su alcance.

En el siglo XVI, y a partir del descubrimiento de América, el paraíso fue transportado al Nuevo Mundo. Los conquistadores creyeron en una región rebosante de oro y de otras riquezas, por lo que esta promesa de unas tierras paradisíacas jugó un papel muy importante para incitar los viajes de descubrimiento de los siglos XVI y XVII:

La nostalgia del jardín del Edén [...] y el deseo de encontrar oro, piedras preciosas y otros productos raros en abundancia se conjugaron para impulsar a los viajeros, los religiosos, los marinos y los conquistadores hacia horizontes lejanos.” (Delumeau, 2003: 201).

Antonio de León Pinero, historiador de las nuevas Indias, llegó al extremo de afirmar que el fruto del árbol del bien y del mal sólo podía ser el maracuyá, cuyo aroma y sabor habían sido capaces de excitar el apetito de Eva, y en cuya flor se podían ver las insignias de la pasión, de donde proviene el nombre cristiano de “fruta de la Pasión”, también atribuido al ananás, una palabra guaraní que según un piadoso franciscano quería decir *Anna nascitur*, es decir, la madre de Dios que nació de Ana (Delumeau, 2003: 202-205). La imaginación desbordante iba a la par del asombro ante los nuevos descubrimientos.

En general los cronistas de esos tiempos hacían alusión tanto a la fertilidad de la tierra, la diversidad de sus flores y sus frutos, lo sorprendente de sus animales, la variedad de olores y colores, como a la riqueza de oro, plata y piedras preciosas que en

ella se encontraban. A lo anterior se añadía la supuesta longevidad de los indios que vivían hasta una edad avanzada porque habían conservado el estado de inocencia de Adán y Eva, fuente del mito del buen salvaje. Sin embargo, ni los colonos ni los misioneros en general compartían esta visión del hombre americano, Bartolomé de las Casas escribió: “Todas estas universales e infinitas gentes *a toto genero* crió Dios las más obedientísimas, fidelísimas [...] humildes [...] pacientes, [...] pacíficas y quietas. Son [...] delicadas, flacas y tiernas” (1927: 46). Por la descripción que a lo largo de su libro hace Sigüenza y Góngora de las monjas, parece que ellas fueron dignas sucesoras de estos habitantes de América.

Por lo que respecta a la distribución del paraíso, el jardín ideal del Medievo fue un *hortus conclusus*, un lugar cercado, en tanto que el Paraíso Terrenal de la Biblia aparentemente era un lugar abierto. El concepto del recinto cerrado se inspiró en el Cantar de los Cantares: “Huerto eres cerrado/ hermana mía, novia,/ huerto cerrado/ fuente sellada./ Tus brotes, un paraíso de granados/ con frutos exquisitos” (:4, 12).

Este *hortus conclusus* evolucionó hacia el simbolismo mariano y a la evocación de la virginidad de María, jardín cercado en donde Cristo descendió como el rocío; un lugar florido, con flores que nunca se marchitan. También derivó en un simbolismo erótico que es la imagen del sexo de la mujer.

Tiempo después, el arte del Renacimiento sacó al paraíso de su encierro y lo convirtió en un lugar abierto en armonía con el paisaje y las construcciones circundantes.

El paraíso llegó a significar el alma del cristiano, la conciencia pura, la virginidad, la vida monástica, el claustro, la Iglesia irrigada por los cuatro ríos del Evangelio y, finalmente, la Jerusalén Celestial.

Desde una óptica cristiana, sin embargo, el jardín cercado seguía sugiriendo un espacio de felicidad protegido contra el mundo. Dice Sigüenza respecto, del convento

de Jesús María: “Siendo entonces la populosísima ciudad de México el mayor teatro de abominable impiedad, ¿cómo no había de ser ahora un delicioso Paraíso de religión y virtud?” (p.57).

Actualmente es difícil tener una perspectiva justa del lugar que el Paraíso ocupó en las mentes más brillantes de los siglos XVI y XVII, pero sabemos que generó una inmensa cantidad de literatura, pues siendo el pecado original el centro de la cultura occidental, era lógico que el paraíso también lo fuera.

Ahora bien, regresando a Sigüenza y Góngora y a su comparación del paraíso con el Convento de Jesús María y con las vidas de las monjas que ahí vivieron, es claro que no existen muchas coincidencias entre lo narrado en el libro y la visión que del primero se tenía. Tampoco, por otra parte, el convento fue el infierno con los que algunos autores lo han relacionado, es más, ni siquiera pudo ser el mediocre purgatorio.

Resumiendo, el Convento de Jesús María era un *hortus conclusus* con jardines floridos y huertos frutales, donde, si bien es cierto que no siempre prevalecían la paz y la felicidad, considerándolo desde la óptica del siglo XVII, sí podía ser un lugar relativamente agradable. Desde luego, habrá que matizar esta aseveración, pero hay que recordar que muchas mujeres, viudas o parientes de las monjas, se quedaban de visita por largas temporadas – hasta de un año - para encontrar ahí la paz.

## **2.- La construcción del paraíso**

El *Génesis* relata cómo creó Dios los cielos y la tierra de donde todo “era caos y confusión”. El primer día hizo la luz, el segundo el firmamento, el tercero la tierra y el mar, y después, los vegetales y los árboles; el cuarto el sol y la luna, y el quinto los animales. Al sexto día, cuando todo estaba listo, creó al hombre “y plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado”.

El hombre fue creado, entonces, después de haber dispuesto Dios un universo ordenado y bello, para habitación de quien había creado a su imagen y semejanza.

De la misma manera, la construcción de un paraíso en la tierra, el Convento de Jesús María, necesitó de muchos pasos antes de ser terminada. El *Libro Primero*, que describe esta construcción, fue estructurado por Sigüenza y Góngora para crear un sólido edificio que permita al lector conocer sus inicios; notar sus avances; pasear por sus habitaciones en construcción; enterarse de los avatares de la edificación; oír las negociaciones para llevarla a cabo; contar el dinero; enfrentarse a los problemas; perseverar en su esfuerzo, y verla, finalmente, acabada.

Sigüenza estructura esta obra desde los cimientos. Primero, los más profundos, insertando un pasado glorioso e independiente de España y de Europa en general. Deja a un lado, según él mismo aclara, los ejemplos de las doncellas que en Palestina cuidaban el templo, o de las vestales romanas, es decir las alusiones bíblicas y clásicas, para colocar en su lugar el pasado prehispánico.

Las primeras piedras del edificio descansan en las mujeres prehispánicas. En los “indianos conventos” (p.52) el autor encuentra diversas similitudes con los de su época, como por ejemplo el destino de las jóvenes nobles, siempre sometidas a sus padres, cuyas dos únicas opciones eran el matrimonio o el convento: “Muchas eran las doncellas, que, por impulsos de su devoción se dedicaban a la estrechez de esta vida, pero muchas más las que la seguían por voluntad de sus padres” (p.52) donde se quedaban “hasta el tiempo en que gustaban sus padres de que tuviesen marido” (p.56). El templo como lugar de resguardo de su honra.

Es particularmente interesante la similitud de la ceremonia seguidas por estas doncellas cuando entraban en clausura, y por las monjas cuando profesaban: “se les volvía a sus padres [...] y habiéndose determinado el tiempo de la esta función [...] la

conducían al templo, coronada de flores y vestida a su usanza galanamente, donde era recibida por el sumo sacerdote. Seguía a esto desnudarla de los vestidos ricos que había traído y quitarle el cabello” (pp.53-54).

A partir de entonces, se dedicaban a una rutina de oración, trabajo, ayunos y vigilia, observando gran obediencia, pobreza y clausura, además de comportarse siempre con modestia y compostura, prácticamente de la misma forma en que se nos describe fue la vida de las religiosas modelos de santidad que aparecen en la obra de Sigüenza. Así pues, la base de la estructura de este texto son estas mujeres, ejemplo de virtudes desde antes de la llegada de los españoles.

Más adelante, Sigüenza traza otra línea que conecta lo anterior con la mujer indígena que probablemente más influencia tuvo en la conquista: la Malinche. El convento fue construido, en su mayor parte, en lo que había sido la vivienda del capitán Juan de Jaramillo y de su mujer, doña Marina Tenepal, quien convertida al catolicismo, y como intérprete de Cortés, permitió a la Iglesia agregar “indefinido número de almas” (101). El autor concluye que el hecho de que la casa que ella habitara fuera ahora convento no es coincidencia, sino designio divino, que inserta la vida de esta extraordinaria indígena en la crónica del convento. Esa primera mujer que con su lengua facilitó a los mexicanos la libertad “de la muerte del alma a que los tenía condenados la idolatría [...] quiso que otras mujeres [las monjas del Convento de Jesús María] continuasen esta acción” (pp.101-102).

Una vez plantados los cimientos que lo afirman en el pasado, la construcción de la estructura de piedra necesita de una argamasa que la haga posible: el dinero. El historiador es muy cuidadoso en anotar, siempre que tiene los datos, los nombres, las fechas, los lugares y las situaciones. Sin embargo, existe un elemento que sobresale entre todos, por la obsesiva atención que le presta: los recursos económicos empleados

para la construcción del convento: quién, cuándo y cuánto dio, en que se gastó, que tanto faltó y qué se desperdició. Así, paralelamente a todos los acontecimientos que llevan a la consecución del Convento de Jesús María, aparecerán rigurosamente anotadas las cantidades de dinero que fueron donadas, gastadas, ofrecidas o negadas.

Sigüenza se convierte en un personaje de novela decimonónica, a quien no es difícil imaginar encorvado sobre su escritorio, a la luz de la velas y con sus quevedos a media nariz, anotando casi religiosamente cada número y cada cifra. Así, ante nuestros ojos van desfilando pesos, copias de monedas de plata y oro, pesos en reales, ducados de Castilla, precisiones: “20,000 ducados, que son 27 500 pesos de los novenos” (p.94), pesos mexicanos, compras, ventas, dotes, capellanías, herencias. Cada peso que llegaba, cada peso gastado, cada peso invertido.

Durante toda la obra mantiene esa mirada excepcionalmente atenta a lo concerniente al dinero o a la falta de éste: qué novicia era de familia rica y cuál no; los testamentos que consultó; las dotes de las novicias, el dinero que se gastó. Lo anterior cumple el propósito de dar un fundamento histórico que exalta su cuidadosa investigación en torno a la materia del libro, pero también nos deja ver esa otra parte de la personalidad del autor, que se acentúa conforme avanza la lectura, y que indica su difícil relación con respecto al dinero.

Ya concluido el convento, el autor deja atrás las preocupaciones materiales para alabar el entorno en el cual fue construido:

Ciudad verdaderamente gloriosa y dignamente merecedora de que en los ecos de la fama haya llegado su nombre a los más retirados términos del universo, aun no aun no tanto por la amenidad deleitosísima de su sitio, por la incomparable hermosura de sus espaciosas calles, por la opulencia y valor de sus antiguos reyes, por la copia y circunspección de sus tribunales, y por las prendas que benignamente les reparte el cielo a sus ilustres hijos y por las mejoras con que en tiempo de su cristiandad ha conseguido ser la cabeza y metrópoli de la América, cuando porque, a beneficio de éste y de otros innumerables templos con que se hermosea su dilatado ámbito, se puede equivocarse con el cielo empíreo (p.113).



Es interesante notar cómo en *Grandeza Mexicana* Bernardo de Balbuena, también adorna con cualidades femeninas a la ciudad de México, bella y joven doncella, bella, primorosa, peregrina, jardín de Venus, madre del placer, flor, centro de amor, reino de honor, esfera de virtud, cielo, primavera y templo (1992: 19).

Entonces, la ciudad de México, famosa, bella, deleitosa y de incomparable hermosura, es la figura femenina con la que Sigüenza culmina la narración de la construcción del templo y convento de Jesús María.

Dentro de este marco triangular Sigüenza desarrolla la primera parte de su libro que une tres importantes etapas de la historia de México: el pasado prehispánico, la conquista y el esplendor contemporáneo de la ciudad de México.

El triángulo se convierte entonces en un prisma que refracta el texto en diversas facetas: crónica, historia y literatura, lo que me permitirá llegar al objetivo que me interesa en este capítulo: rescatar la profusión de relatos que nos acercan a las costumbres, nos muestran los contrastes y paradojas, el esplendor y la miseria y, desde luego, al ser humano - siempre ante la presencia de Dios - como motor de todos los acontecimientos.

### **3.- El artífice**

La fundación de un convento, como cualquier gran tarea que se proponga el ser humano, surge primero del ideal de un hombre. Éste fue Pedro Tomás de Denia: “cuyo origen y sucesos de su vida [...] me los ha negado el tiempo, sin esperanzas de hallarlos” (p.57). A pesar de la falta de información, o tal vez precisamente debido a ello, el autor construye un muy sabroso relato, que nos narra la tenacidad y perseverancia de Pedro Tomás para llevar a cabo su propósito, los problemas a los que se enfrenta y las múltiples aventuras que le acontecen.

La inquietud del iniciador y motor del proyecto surge cuando se da cuenta de “la grande facilidad con que los hombres, por distraídos que sean, pueden conseguir el entrar a servir a Dios [...] sin que la pobreza les sirva de estorbo [y] lastimábase de que excesivo número de virtuosas doncellas [...] se hallasen frustradas de tan loables intentos por faltarles la dote, que es lo primero que el monasterio les pide” (p.57).

El historiador, al reconocer que no sabe nada de los orígenes de Pedro Tomás, se convierte en un narrador omnisciente que nota al menos dos particularidades: una, la desventaja en la que se encontraban las mujeres de su época cuando se aceptaba aun al más “distráido” de los hombres al servicio de Dios, y la otra, muy casualmente apuntada, la importancia del dinero para las mujeres que anhelaban acceder al estado religioso. De nuevo, Sigüenza tiene un comentario que nos revela su mirada atenta a estos asuntos materiales.

Otra de las más grandes preocupaciones de Pedro Tomás era que, muchas de estas doncellas, se casaban con hombres de inferior calidad o, peor aún, “otras, cuya hermosura, siendo la piedra de escándalo en que caían muchísimos, era la ruina de las que [...] sólo servían de pervertir con su ejemplo a las que, entre los afanes de la pobreza, las contenía el recato” (p.58). Esta sociedad tan estratificada se comienza a preocupar por la desclasificación que acompaña a las mujeres pobres o sobradas de belleza, pues “muchas doncellas o viudas [...] tuvieron que conformarse con el recurso suficientemente lucrativo, de venderse a los pretendientes ocasionales [...] orilladas por la miseria y orfandad” (Gonzalbo, 2000: 78).

Las vicisitudes del personaje principal para conseguir recursos son el comienzo de la historia dentro de la Historia que Sigüenza escribe. Como todo buen relato, para incitar su lectura, necesita proponer un obstáculo: Pedro Tomás era pobre y la construcción de un convento sumamente onerosa. Hace entonces su aparición en la historia el segundo

de muchos personajes que irán surgiendo y que ayudarán en su propósito a Pedro Tomás: Gregorio de Pesqueira, a quien se acercó “pareciéndole [...] que con ninguna otra persona podía mejor comunicar sus intentos” (p.58). Pesqueira se convence de la bondad de la idea y le promete 4,300 pesos.

Pedro Tomás continúa la búsqueda de apoyos y limosnas, involucrando a muchísimos personajes de la nobleza, importantes familias, agrupaciones, alcaldes, piadosas damas y caballeros y, desde luego, a virreyes, virreinas y arzobispos. La sociedad colonial se abre, en el relato, como un abanico que nos permite observar sus adornos y sus pliegues, sus falsedades y sus contrahechuras, al mismo tiempo que su generosidad y gran religiosidad.

Respecto a esto último, es necesario aclarar que en todas las transacciones siempre existía el *quid pro quo*: dinero a cambio de intercesión, dinero a cambio de misas a la muerte de donador, dinero a cambio de oración: “yo te prometo si tú me das”, “yo te doy si tú me concedes”. El trueque cotidiano con la divinidad. Un ejemplo de lo anterior son las capellanías

que eran un medio [...] de establecer una relación armónica con el más allá. Había que pensar en la salvación del alma [y] para negocio de tanta importancia [...] lograr que los bienes materiales contribuyesen a la consecución de la bienaventuranza eterna” (Gonzabo, 2000: 138).

Finalmente, y tras muchos avatares, se termina la construcción y así se funda el Convento en la calle de Tacuba, lugar escogido con la anuencia de Pedro Tomás. Tiempo después, mientras él se encontraba en España, deciden trasladarlo a otro sitio más conveniente.

Pero ¿qué hace en España un hombre que desde el principio es descrito como pobre? Para el protagonista de este relato no existen trabas y consigue lo medios para ir a buscar, nada menos, que el patrocinio real. Sin embargo, “aunque había presentado las informaciones con que se calificaba su utilidad y las cartas de creencia en que se

recomendaba la fundación” [no consiguió nada] por estar remitidos sus papeles al tribunal del olvido” (p.70). Esta misma triste experiencia la tuvo en Roma.

Ahora bien, toda aventura contiene un elemento sorpresivo que puede dar un giro dramático a los acontecimientos. En este caso es una carta. Desde que salió de México, Pedro Tomás llevaba una “carta del Arzobispo D. Pedro Moya de Contreras, sobrescrita al rey nuestro señor en sus reales manos, con advertencia de que sólo entonces la pusiese en ellas, cuando reconociese no conseguía sus intentos con los papeles restantes” (p.71). Pedro Tomás era un hombre honorable. Sólo al ver agotadas todas sus esperanzas decide mostrar la carta al rey.

Felipe II se encontraba en Lisboa, y hasta allá va Pedro Tomás. El rey, “después de haber leído la carta del arzobispo” (p.71), da su patrocinio real al Convento de Jesús María, dotándolo de renta anual vitalicia, además de pedir a su embajador en Roma “solicitase al sumo pontífice copia grande de reliquias [y] fueron tantas las que le donó en esta ocasión [...] que bastaron a ennoblecer el resto de santuarios con que se ilustra la América” (p.73).

El manejo de los tiempos y el suspenso que el autor crea en el lector son impecables: ¿Qué decía la carta? ¿Por qué es un último recurso? El lenguaje que Sigüenza ha empleado en todo momento para persuadir a sus lectores de la necesidad y conveniencia de la fundación del Convento, lo utiliza ahora con elegancia, pero también con precisión, para desentrañar el misterio que él mismo, cuidadosamente, nos ha planteado. “Faltara a las leyes de la historia, si omitiera la enodación del misterioso enigma que contenía la carta del arzobispo de México, cuya eficacia recabó en casi sólo seis días, lo que no pudieron tantas informaciones en muchos meses” (p. 74).

En 1572 había llegado a la Nueva España el arzobispo D. Pedro Moya de Conteras, quien traía a una sobrina de dos años,

a quien se trató en el modo de su crianza aun con más altos respetos de los que la nobleza merecimientos del tío se le debían. Atribuíase a efectos del cariño, los que no eran sino debidos aprecio a su real sangre. Y aunque los motivos de su traslación a estos reinos serían muy superiores, no fueron tan ocultos que se ignorasen después; con que finalmente se llegó al casi verdadero conocimiento de lo que era, y más viendo la majestuosa abundancia con que se criaba doña Micaela de los Ángeles (p.74).

Doña Micaela, hija ilegítima de Felipe II, iba a ser educada por la abadesa misma en el Convento de Jesús María. A pesar de que pierde el juicio y muere muy joven, Sigüenza afirma que el convento le debe a ella su gran fama.

Los hijos ilegítimos de la realeza, de la nobleza, o de la sociedad en general, no eran infrecuentes. En la Nueva España tampoco.

Los hijos ilegítimos son [...] la expresión manifiesta de las formas de convivencia no bendecidas por la Iglesia, aquellas en las que se desarrolló la vida de un importante número de novohispanos de todas las categorías sociales” (Gonzalbo, 2002: 175).

Sin embargo, es paradójico que “la única causa de la grandeza que hoy tiene” (p.75) el convento, refugio de honras, salvaguarda de la virginidad y fortaleza contra las tentaciones, haya sido el fruto de una joven mujer que sí sucumbió a ellas, la madre de Micaela.

Cuando regresó Pedro Tomás de España y se enteró de que el Convento había sido cambiado de lugar, no se atrevió a decir nada, pues “temía propalar sus sentimiento y enojo, por no caer en la desgracia del arzobispo” (p.76). A partir de este momento, Sigüenza nos trasmite la complejidad de un ser humano. Aquel hombre que de la nada logró la fundación de un convento gracias a su perseverancia y tesón, ahora nos muestra otra cara que permite ver una faceta más de su personalidad.

Son de notarse las primeras palabras que escoge el autor para describir el estado de ánimo de Pedro Tomás, muy parecidas a las utilizadas en experiencias místicas, sólo que en este caso con propósitos completamente diferentes: “Abrazándose Pedro Tomás en el fuego interior que le atizaba su enojo, pasó notable disimulo, hasta que salió de

México y se embarcó para los reinos de Castilla el arzobispo D. Pedro Moya de Contreras” (p.76). Como alguien de su posición siempre se granjea enemigos, “procuró Pedro Tomás atraerlos a todos éstos a su opinión” (p.76).

La misma dedicación y artes persuasivas que Pedro Tomás utilizó para fundar el convento, las usa ahora para apuntalar su soberbia, muy adolorido por haber sido pasado por alto, cuando él había estado entre los que decidieron el lugar original de la construcción. “Esto es lo que quería y a lo que - sólo por oponerse a los dictámenes del arzobispo ya ausente - coadyuvaron varios sujetos no sólo con dineros [...] sino agenciándolo personalmente en la Real Audiencia de México, que conoció esta causa” (p.76).

La Real Cancillería de México ordenó que se pasase de nuevo el convento al lugar original, pero, poco después, se pronunció un nuevo auto prohibiendo que se cambiara de sitio.

Por otra parte, además, el objetivo del convento había sido albergar a doncellas pobres y desvalidas, hijas y descendientes de conquistadores, que entrarían en él gracias a las limosnas recaudadas. Sin embargo, en ese momento lo estaban ocupando las hijas de personas acaudaladas, gracias a las dotes que ofrecían. Finalmente, los conventos terminaron por aceptar sólo a aquellas doncellas cuyas familias podían pagar su dote o a quienes, como Sor Juana, tuvieran un benefactor.

No aparece más Pedro Tomás en esta historia. Sin embargo, gracias a la pluma de Sigüenza, tenemos el retrato de un hombre excepcional que hace realidad un sueño, pero que al final de su vida se siente defraudado porque no se cumplió su voluntad. Esto lo hace enfrentarse, no con los Dioses, como los héroes clásicos, sino consigo mismo y con sus debilidades.

El relato es tejido con una gran eficacia narrativa, apoyándose en elementos históricos, un misterio, engaños, viajes y desilusiones, pasión y generosidad, en los que participó un ser humano tan complejo y con tantas diferentes facetas, como el mismo Templo y Convento de Jesús María, que tanto se empeñó en fundar.

La historia se sostiene por sí sola. Es autosuficiente y podría formar parte de un *corpus* de relatos incluidos en crónicas y biografías novohispanas.

#### **4.- El recinto de la santidad**

El convento - como el “mundo” - estaba cuidadosamente jerarquizado. La abadesa era la cabeza del mismo y quien otorgaba los diferentes cargos de portera, tornera, ecónoma, etc. Ella velaba por el orden espiritual y económico. Por otra parte, entre las religiosas existían alianzas, amistades, enemistades, rumores y envidias.

El espacio del convento en sí, también estaba dividido. Algunas monjas gozaban de aposentos particulares y comida especial, mientras que otras dormían y comían en comunidad.

Además, se formaban relaciones amorosas y familiares. Muchas religiosas tenían sus devotos a los que escribían cartas y con quienes intercambiaban regalos. También, entre ellas surgían amistades íntimas, sumamente censuradas, pero comprensibles en el enclaustramiento de mujeres jóvenes.

La familia conventual estaba formada por la primera persona de la Trinidad, el Padre, la abadesa como la madre y las monjas como sus hijas. Las religiosas, por su parte, eran hermanas entre sí y, cada una, además, esposa de Cristo. Esta aparente confusión de parentescos constituía, sin embargo, el reflejo de la familia nuclear que había alcanzado su mayor grandeza con la formada por la Virgen, san José y el niño: la Sagrada Familia.

Un convento es un lugar sagrado que debe propiciar la comunión con la divinidad. Pero, éste “nunca es ‘escogido’ por el hombre; es simplemente ‘descubierto’ por él; dicho de otra manera, el espacio sagrado *se revela* a él” (Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, 1998: 330). Sin embargo, la decisión de fundar el convento en el sitio original, en Tacuba, tuvo razones absolutamente pragmáticas: El lugar indicado

pareció serlo[...] la casa que fuera de Diego Arias Sotelo [...] que estaba en la calle de Tacuba, lindando por la parte del Occidente con la Iglesia Parroquial de la Santa Veracruz, de que se dividía con una callejuela [...] y aunque el sitio era bastante dilatado y con hermosas huertas, no sólo era esto lo que lo hacía apetecible, teniendo por la iglesia otras conveniencias mayores [...] siendo la principal, entre todas, ofrecerla graciosamente los curas y caballeros cofrades a la insigne archicofradía de la Veracruz [y] dándole la ciudad la callejuela que mediaba (pp.59-60).

Los conventos se planeaban tanto para que tuvieran el ambiente necesario para el recogimiento y la oración, como para que fueran funcionales.<sup>5</sup>

No era infrecuente que las monjas de un convento salieran para trasladarse a otro y, en esas ocasiones, se pedía el permiso para romper la clausura. En el caso del Convento de Jesús María esto sucedió en tres ocasiones. La primera, cuando se decidió que las “preladas y fundadoras del de Jesús María saliesen del de la Limpia Concepción [...] El arzobispo [les] dio facultad para que saliesen a perficionar la fundación del nuevo convento” (63). La segunda fue motivada por las incomodidades que el nuevo convento presentaba, y así las religiosas se trasladaron de Tacuba a la calle de la Acequia. La

---

<sup>5</sup> Existían básicamente los siguientes elementos: el templo, la sacristía, el chocolatero, la portería, el torno, los locutorios, el claustro con su fuente, el refectorio, la cocina, la despensa, los dormitorios, los retretes comunes y la huerta. Aparte de los dormitorios estaban las celdas particulares que en general constaban de sala, recámara y cocina. Estas celdas, junto con ermitas, oratorios, lavaderos, pozos y fuentes, se sumaron poco a poco al conjunto, como resultado del incremento de la comunidad. La Iglesia [...] permitía el acceso al público por dos puertas gemelas que daban directamente a la nave. El uso de los coros alto y bajo fue privativo de las enclaustradas [...] Las monjas comulgaban a través de la retícula, especie de postigo en una puertecita del coro bajo [...] Los confesionarios se encontraban adosados al muro colindante con el convento. El sacerdote confesaba a las monjas a través de un hueco que se abría en el muro; sólo ingresaban a la clausura para administrar los sacramentos a las religiosas enfermas o imponerles los santos óleos [...] Todo el abasto necesario para el vestido y sustento de las monjas ingresaba por el torno y la portería siempre bajo estricta vigilancia de la tornera y de la madre portera (Salazar, 1998: 11-12).



tercera fue cuando salieron de ese segundo convento quienes fundarían el de las carmelitas descalzas.

Estas mudanzas nos dan la oportunidad de disfrutar de otros tantos relatos, donde el autor nos presenta las triquiñuelas y manipulaciones de las cuales se valían el clero y la nobleza para conseguir sus propósitos, y de la paradoja que se presenta entre el voto de pobreza que las religiosas debían cumplir y la insistencia en que los lugares por ellas habitadas fueran convenientes y cómodos.

El primer cambio del convento se debió a que las “incomodidades fueron tan desde luego notorias [...] expuestas al peligro de ladrones [...] Los aires se experimentaban poco sanos, el suelo muy húmedo y todo tan desacomodado para los menesteres de religiosas que sólo era capaz de remedio con una nueva fábrica” (p.65).

Los menesteres de las religiosas incluían, en primerísimo lugar, hacer oración y, en el caso de las más santas, sacrificios, ayunos, vigiliias y mortificaciones, por lo que resulta paradójico que “suplicaran al arzobispo las fundadoras que, reconociendo personalmente lo que causaba sus penas, se dignase de proveer de remedio para que no se perdiese aquel seminario de tiernas vírgenes, cuya salud necesariamente había de peligrar, en tan incómodo puesto” (p.66). Era necesario, pues, mantener a las religiosas en óptimo estado de salud y confortablemente alojadas, para, cien años después, encargarse un libro que recogiera las memorias de todas las incomodidades, sufrimientos y falta de salud de aquellas religiosas que merecieron ser consideradas ejemplos de santidad. Aunque el propósito del autor no haya sido “oponer, para burlarse, el significado a la forma de las palabras, declarando una idea de tal modo que, por el tono, se pueda comprender otra, contraria” (Beristáin, 2006: 277), la ironía de la situación salta a la vista. Por otra parte, es necesario aclarar que las paradojas que encontramos constantemente en esta obra no son un recurso literario utilizado por el autor, sino la

única forma de describir las contradicciones de la sociedad novohispana que Sigüenza nos narra.

Al aprobar el segundo de estos cambios, las monjas escogieron un lugar cercano “a la iglesia Catedral, plaza mayor, palacios del virrey y del arzobispo, casa de la Real Cancillería y de la Audiencia ordinaria” (pp.66-67). A pesar de ser un lugar de clausura, en muchas ocasiones convergían en él todo tipo de personajes de la nobleza, el alto clero, la burocracia y la alta sociedad en general, a quienes convenía tener cerca del convento.

En el relato de la segunda mudanza aparece de nuevo el narrador eficaz, que es Sigüenza, para contarnos las circunstancias en que se llevó a cabo. Los personajes principales son el arzobispo Pedro Moya de Contreras y el virrey D. Martín Enríquez.

Primero se convino el precio de compra con el propietario Lorenzo Porcallo de la Cerda, quien debido al lugar privilegiado en que se encontraban sus casas, sentía [...] notablemente desposeerse de lo que le era tan útil [...] pero como quien lo agenciaba era no menos que el arzobispo de México, condescendió. Luego al instante empeñó el ilustrísimo arzobispo el todo de su eficacia y autoridad para que con extraña diligencia, y disimulado recato, se dispusiese en la casa las divisiones y oficinas que pareció convenir (pp.66-67).

En poco más de dos meses estuvo listo el nuevo convento. El traslado de las religiosas se hizo en la noche, sólo avisándoles a las más calificadas personalidades. “Notable espanto causó en la ciudad tan no prevenido suceso, pero como a nadie se le ocultaban las molestas incomodidades que habían padecido las atribuladas monjas en el primer convento, aplaudían todos la provista resolución del arzobispo, siendo en ella lo más digno de estima lo acelerado y secreto” (p.70).

Aparentemente existe una contradicción en lo que nos narra Sigüenza, pues si todos aplaudían lo hecho, ¿por qué la prisa y el secreto? ¿Por qué el traslado de las monjas en la noche, cuando esto debió de haber sido motivo de gran fiesta en la ciudad, como en el caso de los otros dos cambios para fundar el primer Convento de Jesús María y cuando

salieron las religiosas a fundar el de las carmelitas? Porque de nuevo el autor prepara el terreno para insertar la intriga que da color al relato.

Ciertamente existieron circunstancias problemáticas. El arzobispo, quien estaba consciente de que el primer “sitio había sido de la elección de Pedro Tomás y Gregorio de Pesqueira [...], se recelaba prudentemente de la contradicción que les harían al ver se trasladaba a otro lugar” (p.66). El cambio, pues, no fue sino una forma de ejercer el poder que tenía como arzobispo: “D. Pedro Moya de Contreras [miraba] al monasterio de Jesús María, no sólo como a obra de sus manos, sino como al único empleo de su atención y cariño” (p.66). Finalmente, el convento se quedó definitivamente donde actualmente se encuentra: en el lugar escogido por el arzobispo, hoy la calle de Corregidora, que con las calles de Jesús María, Academia y la Soledad, comprendía toda una manzana.

Una vez instaladas las religiosas, el siguiente paso era la construcción de la iglesia. Tuvieron que pasar catorce años para que el virrey colocara la primera piedra, pero al poco tiempo tuvo que suspenderse por falta de dinero.

El interior de un Convento no es inmune ni a las calamidades de la naturaleza ni a la codicia del hombre, y sucedió que en un momento dado las religiosas se encontraron en “estrechísima pobreza [...], originada por haber quebrado su primer mayordomo con mucha hacienda” (p.82). A esto es necesario agregar que la ciudad se había inundado varias veces y finalmente fue azotada por “uno de los mayores terremotos que ha estremecido a la América [...] que éste bastaba para arruinar el convento, fue tal el estrago que se quedó sin clausura, por haberse venido al suelo las más paredes (p.83).

Lo que Sigüenza nos narra son las calamidades de la naturaleza, inundaciones y terremotos, pero es muy significativo que aproveche la contingencia de estos terribles sucesos para compararlos con la situación en la que en ese entonces se encontraban los

indios. A medio párrafo, y justamente entre las inundaciones y el terremoto, el autor nos muestra otra cruda realidad, la “calamidad penosa de aquellos tiempos [...] la gran mortandad de indios que destruyó estas provincias, causada de querer congregarlos a nuevos sitios, quemándoles para esto sus pobres casas, desposeyéndolos de sus bienes, tan lastimosamente cuanto lo publican” (p.82). Si bien fueron grandes las tragedias naturales, más conmueven al autor las causadas por el hombre. Con fino sentido crítico analiza las causas de la miseria de los indios y las expone en un contexto donde el contraste entre lo impredecible - los desastres naturales - y el daño hecho por el hombre al hombre se hace más evidente. Sigüenza sabe que “la guerra, las epidemias, la esclavitud, la pobreza, los movimientos, voluntarios o forzados, de pueblos enteros o de individuos aislados, determinaron cambios drásticos en la población mesoamericana. Catástrofe demográfica [...] fragmentación de los hogares [y] desintegración de las grandes familias” (Gonzalbo, 2002: 122-123).

Después de muchas diligencias, y ya reparado el convento, se prosiguió con el intento de construir la iglesia pero - y aquí de nuevo vemos cómo Sigüenza saca a la luz el engranaje de corrupción que se manejaba cuando había tanto dinero en juego - en lugar de ir acelerando su construcción se tuvo que destinar una gran cantidad para componer lo mal hecho “debido a la falta de ciencia del primer arquitecto [...] Cuando para su perpetuidad [estas construcciones] debían encomendar a los artífices más consumados, se fían de los menos inteligentes o por la baratura grande con que las hacen o por los empeños y regalos con que las solicitan” (p.84).

Como colofón de esta historia nos encontramos que la construcción fue inaugurada antes de ser acabada, pues el virrey de Guadalcazar, que había sido promovido para virrey del Perú, “no quiso privarse del regocijo que había de resultarle en dedicarse la iglesia queriendo coger el fruto de su trabajo, aunque reconocía le faltaba todavía sazón

para cogerlo a este tiempo” (p.84). Así pues, se inauguró la iglesia sin torre, sin el retablo del altar mayor y otras cosas más, y entonces el virrey “quiso que lo que faltaba de perfección a la iglesia se supliese en su estreno y dedicación con singular aparato” (p.85).

A lo largo de su crónica Sigüenza, ha sido muy puntilloso en cuanto a dejar anotado todo el dinero invertido en el convento y después, en la iglesia. Por esto, una vez inaugurado lo inacabado, insiste el autor en que “de poco servía haberse gastado hasta este punto 109 745 pesos en la fábrica de la iglesia del Convento Real de Jesús María, si haciéndose pausa por los temores del gasto, quedara imperfecto el retablo del altar mayor” (p.88).

La construcción continúa y se necesita dinero. Éste se consigue con misas ofrecidas después de la muerte de algún benefactor, dotes de novicias, donaciones en testamentos, aniversarios por las almas, novenarios, misas cantadas a perpetuidad, para sufragio de las almas del purgatorio o cirios para alumbrar el templo. Hubo quien donó 16,000 pesos para “que los lunes perpetuamente se les cante una misa a las ánimas dichosas del purgatorio” (p.92) y para darle cada año 600 pesos de dote a dos nobles doncellas huérfanas. También recibieron donaciones de casas.

En su minuciosidad por anotar todas las cantidades de dinero, Sigüenza llega incluso a darnos la relación del tipo de cambio en ese momento. Siendo el rey el principal patrono, su largueza fue proverbial: “¡A quién no espanta la liberalidad verdaderamente regia, que en la primera se admira, dándose en un solo renglón suyo 60 000 ducados de Castilla de a once reales de plata, que fueron 82 500 pesos mexicanos!” (p.94).

El patronazgo real era muy generoso, pero no siempre con su dinero, por lo que solía mandar instrucciones como: “Os encargo y mando procuréis buscar con la mayor verdad que os sea posible algún medio, sin que salga de mi real hacienda, y que les

apliquéis la porción que pudiéres y tuviéres por conveniente necesario para hacer el dormitorio.” El puntilloso Sigüenza también aclara de dónde procede el dinero, que en este caso fue obtenido por el virrey “de tributos de nuevas leyes” (p.96).

Ahora bien, el autor no podía pasar por alto lo más importante: el estado del convento en lo espiritual. Este capítulo, que deja atrás los aspectos materiales de la construcción, comienza también con un cambio en el discurso. Desde el primer párrafo se advierte el discurso latinizante, con imágenes sorprendidas, como los “rationales vivientes” y las “espirituales fábricas”: aseveraciones teológicas sobre la “iglesia militante” y la “celestial triunfante Jerusalén” y, desde luego el uso del hipérbaton y la hipérbole, pues el “barroco se caracteriza por la intensificación del ornamento retórico y de los artificios lingüísticos [...] un léxico y una sintaxis inspirados en el latín. Además, destaca una abundancia de metáforas y alusiones eruditas” (Vaíllo, 1983: 288-289).

Así, al cambiar su mirada del “mundo” que intervino para la construcción del convento y adentrarse en el recinto privado de recogimiento y oración es necesario leer más pausadamente la parte que se refiere a lo espiritual.

Sigüenza se aboca a ensalzar las virtudes de las monjas, exalta el recogimiento y las penitencias, pero, muy especialmente, la obediencia que es “en ellas lo que se admira [pues] negando el oído a razones [...], abrazan y ejecutan lo que por instantes en todas materias intiman los superiores” (p.101). A las religiosas se les aconseja, entonces, despojarse del libre albedrío, don otorgado Dios a los hombres, que les dio absoluta libertad de decisión, para dejarlo en manos de los confesores y directores espirituales.

## **5.- Un paso más**

La caída del hombre y su expulsión del paraíso se debió a su desobediencia a los mandatos de Dios al comer la fruta prohibida, y a su soberbia de querer ser “como

dioses, concedores del bien y del mal” (Génesis 3, 5). En este nuevo paraíso novohispano “la mayor prueba de la bondad del árbol que los produce es la generosidad suavísima de sus frutos” (p.102), es decir, las monjas de Jesús María.

Sin embargo, no les bastó este convento para ejercer sus virtudes, sino que las madres Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación se dieron a la tarea de fundar un convento de carmelitas descalzas, pues deseaban un lugar menos relajado y más observante de las reglas.

Es paradójico, de nuevo, que, por un lado, el autor se dedique a ensalzar las virtudes de las santísimas mujeres que tanta fama dieron al convento de Jesús María y, por otro, nos informe del deseo de dos de ellas de fundar uno más, en donde no tengan cabida las conductas de relajamiento. Así, el prestigiado convento y los suavísimos frutos que lo ocupan quedan muy mal parados. Por otra parte, si no hubiera trasgresiones, ¿a quién podrían servir de ejemplo las realmente santas? El pecado de los otros es un ingrediente necesario para acceder a la santidad.

Para lograr la fundación del nuevo convento, las dos religiosas tuvieron que enfrentar los problemas que siempre conlleva una obra de esta magnitud., desde la primera promesa de dejarlas herederas en su testamento, por parte de Juan Luis de Ribera, que murió antes de hacer esto, hasta los sucesivos obstáculos de albaceas, de más muertes, de falta de testigos y de promesas incumplidas. D. Alonso de Ribera, que también había quedado heredero de su tío, fue su principal opositor, por lo que tuvieron que “ponerle pleito” (p.105), hasta conseguir las licencias de Madrid y Roma.

Esto no doblegó a las dos fundadoras, a pesar de que se les presentó un problema más. En Puebla ya existía un convento de religiosas carmelitas y cuando llegó a esa ciudad la noticia de que Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación, que eran concepcionistas, pretendían fundar un convento carmelita en México, Francisco de S. Joseph, franciscano

descalzo, llegó al locutorio del convento de Jesús María y habló con las dos religiosas para persuadirlas de que a las religiosas de Puebla les correspondía fundar el convento en México, pues

ya habiendo religiosas carmelitas en este reino [el que] quisiesen fundar convento de ese instituto, [...] cedía en deshonor de las de Puebla, supuesto que se atribuiría a falta de religión y de perfecta observancia en el instituto que profesaban el no valerse de ellas para esta empresa, y conjuntamente argüía bastante soberbia, mucha presunción y poca humildad de las mexicanas (p.106).

Una pugna más entre las “capitales económicas y políticas” del país, (Rubial, 1996: 81) Puebla y México, por la primacía del número y esplendor de sus templos, la fundación de conventos y la santidad de sus habitantes. De estas dos ciudades “Puebla fue la que desarrolló con mayor fuerza un sentimiento de orgullo local, quizá por la necesidad de demostrar su grandeza e importancia frente a la indiscutible preeminencia de la capital” (Rubial, 1996: 81).

A pesar de todos los obstáculos, las dos religiosas no cejaron en su empeño, ganaron el pleito al sobrino de Juan Luís de Ribera y, finalmente, les entregaron las casas y los 4,000 pesos prometidos.

Es ahora cuando el autor nos lleva por el camino de un relato donde la Iglesia de nuevo hace uso de su poder, convencida de que el fin justifica los medios. “Mientras las fundadoras se regocijaban [...] se afligía el arzobispo, no sabiendo el modo con que se introduciría en las casas que estaban ocupadas por haberseles dado en arrendamiento a diferentes personas” (p.109). Entonces, se pone de acuerdo con uno de sus pajes que rentaba la principal sala de la vivienda, y durante la noche del 3 de julio de 1615, disponen en ésta “con la mayor diligencia, secreto [...] y silencio” (109), un altar para decir misa. La oscuridad y el secreto hacen su aparición, anunciándonos un acontecimiento inesperado. De madrugada, cuando todos dormían, tocaron una



campanilla y golpearon las puertas de los aposentos para avisarles a los vecinos que se levantaran a oír misa nada menos que con el arzobispo.

El autor nos permite oír el inmenso alboroto que suscitó esta noticias entre los adormilados moradores: “la campanilla [...] los golpes [...] las voces [...] el ruido [...] el horroroso estruendo de los domésticos [...] el vocerío de las mujeres [...] los aullidos de los perros y los alaridos y llantos de los muchachos” (p.109). Ni la autoridad del arzobispo lograba calmarlos. Finalmente se tranquilizaron y oyeron misa, así como “una breve plática en que les propuso haber querido tomar posesión de aquellas casas de esta manera para santificarlas con la venerabilísima presencia del mismo Cristo, como habitación que había de ser de las carmelitas descalzas, sus esposas” (p.110), por lo que era necesario que al otro día las desocuparan. Lo hicieron, aunque con “repugnancia y desazón de los inquilinos; y así era preciso que hubiese sido, pues para conseguir fines grandes siempre han sido necesarios violentos medios” (p.110). Buen ejemplo de esto es la violenta conquista justificada por la conversión de los idólatras mexicanos.

Además, el obispo estaba muy alegre, pues veía “en el suceso de aquella mañana alguna semejanza a las gracias con que solía tomar posesión de sus conventos Santa Teresa” (p.110).

Efectivamente, así lo parece demostrar un pequeño relato que la santa hace en su *Libro de Vida* y que tiene muchas similitudes con lo narrado anteriormente. Para la fundación del Convento de San José de carmelitas descalzas, Santa Teresa se enfrentó a muchos obstáculos debido, entre otras cosas, a que las religiosas del convento de la Encarnación, donde ella estaba, no querían que se fuera al de San José. Hasta el mismo día en que se terminó de acondicionar la casa en la que se alojarían tuvo que andar con gran misterio.

Todo se hizo debajo de gran secreto, porque a no ser así no se pudiera hacer nada, según el pueblo estaba mal con ello, como se pareció después [...] Pasé harto trabajo [...] con oficiales para que se acabase la casa a mucha priesa [...] Y mi compañera no estaba aquí, que nos pareció era mejor estar ausente para más disimular. En [la casa] que se hizo el monasterio era la que estaba mi cuñado que, como he dicho, la había comprado para disimular mejor el negocio (Teresa de Jesús, 1998: 422).

El primero de marzo de 1616, Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación, renunciaron al hábito concepcionista, vistieron el carmelita, se descalzaron y con gran pompa y solemnidad, acompañadas por el virrey y la Audiencia y el arzobispo con el cabildo, además de la nobleza, salieron hacia Catedral, donde después de misa se llevó el Santísimo Sacramento hacia la nueva Iglesia, “y concluidas cuantas ceremonias se practican ordinariamente [...] se encerraron en clausura” p.113).

Las estampas del misterio y disimulo con que se llevaron a cabo las obras de los dos conventos de San José, tanto el de España como el de México, no parecen ser casos aislados, pues con frecuencia se encuentran ejemplos similares en los que miembros de la Iglesia manipulan situaciones para llevar a cabo sus fines. Sólo recordaremos un caso especialmente interesante por ser el protagonista don Antonio Núñez de Miranda, confesor de Sor Juana, quien solía ir de vacaciones al ingenio de azúcar de Malinalco, donde se encontraba una milagrosa imagen de la Purísima Concepción de María. El sacerdote, “paradigma moral de una sociedad [y] uno de los más influyentes y poderosos dictaminadores de conciencias de su contexto social” (Bravo, 1997: 57),

Cautivo de la extraordinaria belleza de la imagen, quisiera con piadoso atrevimiento robarla<sup>195</sup> [...] Para tal efecto y habiendo ya entrado a ser rector del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, empezó a idear la traza que podía observar para la translación de la imagen, que grandemente deseaba y que se hiciera con el mayor recato y secreto posible, por evitar la resistencia y alboroto que podrían levantar los esclavos del ingenio [...] Fue al ingenio, llevando consigo un escultor y en un cajón una estatua de la Concepción de la Virgen, pero sin cabeza ni manos, aunque en otro pequeño las llevaba ocultas [...] y echó la voz que quería componer y renovar la imagen de la capilla [...] y dispuso que el hermano administrador diera a los esclavos una tarde de afuera. Mientras ellos se divertían, sacó el escultor la cabeza y las manos que llevaba [y] las unió al cuerpo de la estatua (Florencia, 1995: 99 y 151).

Y así fue como, sustituyendo el rostro y las manos del cuerpo del armazón de madera de la imagen, pudo el reverendísimo padre Don Antonio Núñez de Miranda, quien “preservó de la corrupción y los vicios su bendita alma y la de otros muchos, que edificados de su religioso trato y su santa conversación, siguieron fervorosos la estrecha senda de la virtud” (Bravo, 1997: 42), lograr su piadoso robo.

Una última observación muy sugestiva del ambiente que reinaba en los conventos, es la presencia del cariño que se tenían algunas religiosas.

Cuando a Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación les preguntaron si renunciaban al hábito y regla del la Concepción [y] pedían el de Nuestra Señora del Carmen [...] se percibieron los gemidos y sollozos de sus queridísimas compañeras que [...] ayudaban a esta acción con lastimable ternura [además] de los suspiros acompañados de lástimas y ternuras con que, abrazando a sus amantísimas hermanas y compañeras de tantos años, se despidieron de ellas (p.112).

Una escena similar ocurrió cuando años antes se trasladaron algunas religiosas del Convento de la Limpia Concepción al de Jesús María, pues al verlas partir se derramaron “tiernas lágrimas de sus queridas hermanas” (p. 63).

Independientemente de los conflictos que pudiera haber entre las religiosas de un convento de clausura, no puede descartarse el afecto que unas y otras se tenían, con un auténtico apego amoroso de hermandad. Para muchas, su congregación era la única familia que habían conocido y, para todas, el imprescindible contacto real con otros seres humanos que compartían con ellas no sólo un espacio físico, sino también confidencias, alegrías, temores, intercambio de pequeños regalos, ayuda cuando alguna se encontraba enferma y solidaridad ante los problemas de la comunidad.

Una de las más grandes riquezas que se pueden encontrar en un texto barroco como el que nos ocupa es precisamente la inserción de relatos y viñetas de la vida diaria, sean en el ámbito religioso o en el laico, que nos permiten otra visión más colorida de muy diferentes aspectos de la cotidianidad de la vida colonial en la Nueva España.

Es el nuestro un corto recorrido donde podemos ver paraísos y templos; religión y milagrería; claustros y casas; fiestas y muerte. Es como una pequeña representación teatral que resume una historia en pocas palabras y diversos gestos; en vistosos personajes y colorida ropa; en música y estruendo; en paz y en pleitos, en hombres y mujeres.

Pero todos los personajes, los trabajos, los dineros, las oraciones y las peripecias necesarias para la construcción del Templo y el Convento de Jesús María van más allá de los aconteceres de una construcción de piedra, ladrillo y argamasa. Es éste

el lugar santo por excelencia, casa de los dioses [...] el templo que resantifica continuamente el mundo porque lo representa y al mismo tiempo lo contiene [...] donde lo sagrado se manifiesta en el espacio [...] donde existe la posibilidad de entrar en comunicación con los dioses [...] ahí donde se está lo más cerca posible de los dioses. (Eliade, *Lo sagrado...*, 1998: 48 y 51-52).

Unos hombres construyeron un paraíso en la tierra. Sigüenza, cien años después, lo reconstruye con palabras, nos hace partícipes de él y nos lo entrega en forma de perla irregular, pulida y brillante como el lenguaje del autor.

#### **IV MARINA DE LA CRUZ, UNA MUJER REINVENTADA**

Desde las primeras comunidades cristianas comenzaron a ser veneradas algunas santas mujeres mártires. Tiempo después, durante la Alta Edad Media, se escribieron biografías de santas virtuosas como la monja Radegunda. Sin embargo, el modelo principal imitado por las mujeres continuaba siendo la Virgen María.

A finales del Siglo XIII se presentó el fenómeno de una feminización de la santidad. Los conventos femeninos proliferaron, y un gran número de mujeres crearon un nuevo tipo de santidad. Su clausura propició una religiosidad interior muy grande que se representó en la forma de un gran ascetismo.

En este trabajo analizaremos la vida de Marina de la Cruz, quien, de acuerdo con Sigüenza, merece inaugurar esta sección de biografías “por la antigüedad de su profesión o por lo sobresaliente de sus virtudes” (p.115).

Efectivamente, como iremos viendo, las virtudes de Marina fueron muchas, pero una de ellas ocupa un lugar primordial entre todas: su capacidad de adaptación en los altibajos por los que la vida la llevó.

Para escribir esta biografía, Sigüenza asevera haberse basado en los escritos del licenciado Pedro de la Mota, confesor de Marina, de quien hace una breve semblanza y, aclara, se trataba de un hombre corto de palabras: “Quéjome cuando aquí llego a confesar de la V. M., porque pudiendo darnos materia para muchos capítulos en este asunto, ocupándose en digresiones impertinentes, escribe no querer referir lo mucho que de esto sabe” (p.173).

Las fuentes adicionales son las noticias que las monjas del convento tenían en ese momento, parte de la tradición oral transmitida por generaciones anteriores de religiosas. Menciona, además, la gran utilidad que tuvieron algunos manuscritos de la madre Inés

de la Cruz, compañera de Sor Marina y a quien dedicaría la segunda extensa biografía de este libro. Finalmente, leyó “cuantos libros impresos podían contener algo para mi asunto [...] y así ocurrió al archivo del Real Convento [...] a varios cuadernos de autos y cédulas [...] relaciones [...] y gran copia de papeles sueltos. Valíme también de la tradición apoyada de más de cien personas a quienes examiné” (p.46).

El autor cuenta, entonces, con varios testimonios, pero lo que en la Historia se narra como pasado “real” (es decir que el acontecimiento referido por el historiador ha podido ser observado por personas que supieron de ella), no es lo más importante. Lo que realmente hace valiosos estos recuerdos de Marina es el hecho de que hayan sido memorables, es decir, dignos de conservarse en la memoria por testigos del pasado. (Ricoeur, 1994: 222-223).

La polifonía del texto - “pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles [voces autónomas]” (Bajtín, 1986: 16), nos permite oír la extraordinaria vida de Marina en la voz de Pedro de la Mota y en la del propio Sigüenza; en las expresiones del Dios vengador, del Padre dulce y del celoso Esposo; en las suaves palabras de la Virgen y en los discursos de Santa Teresa, de Gregorio López y de muchas otras personas y, desde luego, en la propia voz de Marina, sus diálogos interiores, sus meditaciones, sus dudas y sus experiencias en arrobamientos, visiones y éxtasis.

Además, la escasez de datos - de lo que tanto se queja el autor – le permite imprimir, aún más, su sello personal al ofrecernos una vida que en muchas ocasiones, como veremos, difiere del modelo hagiográfico tradicional. Ahora bien, estas inclusiones no son gratuitas, pues al aceptar que no tiene toda la información y agregarle “los numerosos [...] ‘desgraciadamente’, ‘sabemos muy poco’, ‘no recuerdo’, etc., obtenemos una imagen del procedimiento de relato directo que da a todo el relato las

apariencias de una historia verídica” (Eichenbaum, 1995: 169). La falta de información, recalcada insistentemente durante toda la narración, proporciona verosimilitud.

Las biografías de personas con fama de santidad contienen los elementos, con tópicos invariables, de la existencia de un hombre o mujer ejemplar. Generalmente comienzan con su genealogía y el embarazo de su madre. Por esto llama la atención que, en la narración de la vida de esta religiosa, en el capítulo titulado “Nacimiento y buenos principios de Marina hasta tomar estado” (p.121), el primer - largísimo - párrafo lo dedique Sigüenza a reflexionar sobre la pobreza.

Todavía no se sabe ni dónde ni cuándo nació la monja, ni que su nombre era Marina de Navas, ni quiénes eran sus padres y sus hermanos, cuando Sigüenza presenta la primera condición que la define: es pobre. Nació pobre, de padres pobres “aunque españoles y muy limpios por todos sus abuelos, no sólo humildes en el linaje [...] sino pobrísimos de los bienes temporales” (p.122). Así, desde el inicio de la narración, el autor reflexiona sobre este tema que lo inquieta. Discurre sobre la gran desigualdad con que “por inescrutables disposiciones divinas [...] la providencia distribuye [la riqueza] a los hombres según el beneplácito de su gusto” (p.121). Asimismo, parece que el autor considera su vida cuando se pregunta: “Darlo Dios todo con manos llenas a algunos y negarles a otros al mismo tiempo lo propio, no sé si los atribuya a misterio oculto” (p.121).

Las preguntas de Sigüenza continúan siendo una constante en la vida de muchos otros seres humanos que han considerado o sufrido las consecuencias de este oculto misterio.

### **1.- Los nombres de la pobreza**

Aunque el objetivo de este trabajo no es hacer una historia de la pobreza, tarea por demás ya emprendida por diferentes estudiosos, y siempre en proceso de investigación,

es necesario localizar al menos los más importantes hitos que la han definido, para, así, tratar de entender el momento y las circunstancias en que ésta aparece en la obra que nos ocupa y donde su presencia es fundamental.

La pobreza es carencia y es despojo, por lo tanto el primer hombre fue también el primer pobre.

Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo [...]. “Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirán, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelva al suelo, pues de él fue tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás (*Génesis 3, 17-18*).

Este discurso que definió el destino del hombre desheredado y expulsado, presenta, en primer lugar a la culpable del castigo: Eva, la mujer, como causante de la caída del hombre. Enseguida, cuando Dios despoja a la pareja primordial del sustento, los castiga con el trabajo al que se enfrentarán para conseguir el pan - la comida - indispensable para la supervivencia. Finalmente, los condena a la muerte del cuerpo. Así, entre el Paraíso y la muerte está el pan, la comida, el sustento básico. Después, con la venida de Cristo, el pan en la Eucaristía aparecerá entre la vida y el Paraíso.

De esta manera, el destino del pobre, esa abstracción que designa a la masa informe de los desheredados, hizo su aparición en la vida del ser humano siempre sujeto a los avatares del clima, de las plagas, de los desastres naturales y, desde luego, de los otros hombres, para conseguir casa, vestido y sustento.

El medioevo - como referente a la época que nos ocupa - unificado durante casi diez siglos bajo el signo de la religión, fue un período en que la palabra “pobre” adquirió diferentes matices, y donde aparecen las circunstancias que marcaron la pobreza, los paliativos que se intentaron aplicar y las reflexiones que, al ser una realidad imposible de ignorar, suscitó, así como las respuestas personales que algunos hombres ofrecían hacia ella.



A raíz de la caída del Imperio Romano,

las miserias de las sociedades romanas en decadencia y las deficiencias de los jóvenes pueblos bárbaros acumularon sus debilidades a costa de los pequeños [...] En su sentido usual de carencia, la pobreza fue permanente a lo largo de la Edad Media. El vocabulario que expresa la diversidad de sus aspectos revela las actitudes y los sentimientos que la misma suscita (Mollat, 1988: 9 y 21).

Aunque *pauper* y “pobre” tuvieron siempre una connotación religiosa, aparecieron nuevas palabras que definieron la pobreza: insolvencia, carencia en general, deficiencia alimentaria, vestimentaria o física, enfermedades - especialmente la lepra - así como los huérfanos, los cautivos y los desterrados. Las nociones paganas de humanidad fueron filtradas y acomodadas al principio de la caridad. (Mollat, 1988: 11-25)

Pero los pobres no se pensaban como tales, mucho menos como grupo social o como comunidad. Sus necesidades vitales inmediatas los hacían incapaces de examinarse a sí mismos; esto siempre lo hicieron quienes los veían desde el otro lado.

San Pablo, la primera y más grande personalidad cristiana, comparó a Cristo con el pobre: “Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriqueciérais con su pobreza” (II Corintios, 8-9).

El pobre es, entonces, la imagen de Cristo al mismo tiempo que el despojado. Estas formas de pensamiento se irán alternando, mezclando y matizando a través de los siglos, pero siempre serán las fundamentales para el cristianismo.

Fue por medio de las homilías, las vidas de los santos, los relatos de milagros, los Ejemplos y las instituciones caritativas, ofrecidas como modelo a los ricos y abiertas para uso de los pobres que, lentamente, muy lentamente, se formó la conciencia de la existencia de la miseria y del deber de aliviarla (Mollat, 1988: 28).

Los pobres necesitan ayuda. Algunos se las dan y otros no. Hay quienes dan mucho y quienes no dan casi nada. Es básicamente opcional. Entonces interviene la Iglesia y la limosna deja de ser algo excepcional para convertirse en un requisito de salvación. La

caridad es una forma de asegurar el cielo. En cuanto a la palabra *pauperes*, cubrió dos formas de vida; por un lado la de la indigencia y, por el otro, la de los *puapueres Christi*, inclinados a la carencia voluntaria. Este último fue el caso de los eremitas que recordaron el valor purificador de todos los sufrimientos, incluido el de la pobreza. Fue la buena nueva de la cual, a finales del siglo XI, se hicieron mensajeros y, además de acercarse a los pobres, adoptaron su condición. Al obedecer el mandato de Cristo con una extremada austeridad, el eremita se convirtió en un ejemplo de lo que podía ser la pobreza como opción personal.

El impulso inicial del movimiento eremítico, que arrastró multitudes, vino generalmente de hombres y mujeres instruidos quienes, inspirándose en san Pablo, quisieron imitar a Cristo y de rico volverse pobres. El eremita quiso anunciar la salvación mediante la pobreza, por los pobres y mediante los pobres. La condición fundamental de todo esfuerzo sincero en favor de los pobres era la participación de su pobreza.

Por otra parte, la preocupación egocentrista de la salvación personal a cambio de ayuda a los más desamparados no dejó de estar presente entre los laicos, que participaron en una especie de relevo del cuerpo monástico para hacerse cargo de los establecimientos de asistencia, cuya multiplicación caracterizó al siglo XII (Mollat: 84-95). Se consideraba al pobre sólo en función del rico. Aparece como creado y puesto en el mundo para la salvación de éste.

Al final del siglo XII y durante el siglo XIII se desplegó una gran actividad intelectual. Los contactos con la España musulmana y las Cruzadas en el oriente abrieron a Europa una gran gama de posibilidades e hicieron posible un renacimiento cultural que convirtió estos siglos en la era dorada de la historia medieval. Por otra parte, estos fenómenos tuvieron como telón de fondo una situación socioeconómica

compleja. El feudalismo inició su decadencia y la burguesía comenzó a desarrollar el capitalismo, pero - como siempre - la prosperidad sólo alcanzó a algunos. Fue ésta una sociedad donde el hambre, las calamidades y las nuevas estructuras económicas crearon gran cantidad de mendigos (Rubial, 1996: 13).

El tema de los pobres y de la pobreza tomó un nuevo cariz. En este siglo XII hace su aparición un hombre extraordinario con una mirada diferente: Francisco de Asís, quien quiso compartir un género de vida y una pobreza real, vivir como y con los pobres y ser uno de entre ellos.

A Francisco no le gustaba que se le mostrara “inclinándose” hacia los indigentes, sino elevándose hacia ellos. Con deliberado propósito [...] escogió para designar a los suyos la palabra con la que el lenguaje común y corriente calificaba a las capas inferiores de la sociedad: *Minores* [...] los Menores [...] que se pierden en la multitud anónima de los pobres (Mollet, 1988: 113 y 155).

El ejemplo de Francisco de Asís y sus seguidores se concretó en la regla de San Francisco, que con el tiempo tuvo cambios y evoluciones, se extendió por Europa y llegó a España y de ahí a América.

Pero el pobre seguía siendo un bien a comprar por los poderosos. Los mercaderes hacían ostentación de sus riquezas y de sus pobres. Tenían lacayos como tenían pobres que intercedían para la remisión de sus pecados y de su salvación. Preocupados por el más allá daban limosna o dejaban en sus testamentos dinero para los pobres, como una letra de cambio extendida a cargo del Cielo. Pronto, sin embargo, el pobre fue sustituido por una manera más confiable de asegurar su salvación: las misas.

Durante esos diez siglos, los pobres fueron ayudados, defendidos o ignorados; ejemplo de santidad; moneda de cambio para la salvación y, al mismo tiempo, imagen de Cristo. El pobre, a los ojos de quienes no lo son, es una contradicción y una paradoja, es el desprecio y la necesidad de amparo y protección, así como el espíritu de la verdadera caridad y de la humildad personal.

Ya sea que la pobreza fuera vista como virtud o como maldición, al final, la noción de pobre, imagen del Cristo sufriente, permaneció viva. La inspiración fue tanto la pasión de Cristo como su vida, pero, especialmente, sus palabras: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme” (Mateo, 19,2).

Ciertamente, Jesús habló de la innecesaria acumulación de bienes temporales: “Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes” (Lucas12, 15) y “no amontonéis tesoros en la tierra [...] amontonad más bien tesoros en el cielo” (Mateo 6, 19-29), e hizo advertencias en contra de las riquezas, pues “no podéis servir a Dios y al dinero” (Mateo 6, 24). Pero, sin duda, las palabras al respecto que han quedado inscritas en el imaginario colectivo son: “Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos” (Mateo19, 23).

Sin embargo, Jesús no fue realmente pobre. Lo último que nos dice la Biblia de su niñez es que “progresaba en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lucas 2, 52), y la primera vez que lo vemos de adulto es en una boda, donde se come y se bebe. Poco antes de ser hecho prisionero se encuentra en una cena acompañado de sus discípulos. Pero, sobre todo, sabemos que “después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre” (Mateo 4, 2). Es necesario detenerse en la palabra “ayuno”. El verdadero pobre, siempre hambriento, no puede ayunar, pues para esto se necesita tener la opción contraria; Jesús sí la tenía.

La pobreza de Jesús no fue la del miserable, sino la del desprendimiento que su misión de anunciar la venida del Reino le imponía como predicador ambulante. Su túnica inconsútil, signo de elegancia en el vestido, le fue quitada cuando lo hicieron prisionero: “Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con

los que hicieron cuatro lotes [...] y la túnica era sin costuras [...] Por eso se dijeron ‘No la rompamos, sino echemos a suerte para ver a quien le toca’” (Juan 19, 24), y entonces, sólo después de su pasión y muerte, quedó despojado del todo.

Esta última imagen del Cristo pobre, sufriente, lastimado y sacrificado será el principal modelo que seguirán quienes desean unirse a él y, por lo tanto, las santas venerables del Convento de Jesús María y de Marina de la Cruz.

## **2.- Marina esposa. De la pobreza real a la riqueza.**

Marina de Navas nació en Alcalá la Real, en el Reino de Granada. Fue “el año de su nacimiento, a lo más que he podido investigar el de 1536” (p.122). Sus padres fueron Bartolomé Sánchez de Peraleda y Juana de Navas. En cuanto a sus hermanos, el autor menciona a cinco, “entre los cuales absolutamente ignoro el lugar que tuvo nuestra Marina” (p.13). No abunda en el tema por “la falta de papeles y de noticias [que] me niegan muchísimas circunstancias” (p.122).

Por lo que se refiere a la relación de la niñez y juventud de Marina, el autor confiesa que se encuentra ante un gran problema, pues a pesar de sus investigaciones, no tiene suficiente información. Por lo tanto, se limita a deslizar los tópicos indispensables del modelo hagiográfico: padres virtuosos, madre devota, una precoz sabiduría y un espíritu de oración, piedad y recogimiento que la marcan desde niña. Ya en su juventud se introduce el rezo del Rosario y comienzan las disciplinas.

Tiene que existir, sin embargo, algo que la haga excepcional desde la cuna. Sigüenza encuentra una conexión entre el año del nacimiento de Marina con la fecha en que comenzó Calvino “a enseñar a los de Ginebra su falsa secta y se concordaron las dos mortalísimas pestes del universo, Burero y Martín Lutero” (p.122).

La señal más distintiva de esta comparación es el tópico que opone a Eva con María. El autor contrasta la vida de Ana Bolena, la “mujer sacrílega” (p.122),” segunda esposa de Enrique VIII, con la de Marina de la Cruz, “otra mujer en cuyo celo de la salvación de las almas tuviese el [...] mundo un nuevo modelo para enmendar sus acciones” (p.122). La primera, es la mujer pecadora y, la segunda, la redentora que con su ejemplo atraerá nuevas almas para resarcir al mundo de las pérdidas sufridas por la Reforma protestante en Europa.

Estas mujeres, además, comparten algo excepcional. Ambas fueron partidas en dos. Ana Bolena fue decapitada justamente en el año en que nació Marina. La cabeza, lugar en donde se alojan los cinco sentidos, es separada de su cuerpo y así son apartados los conductos por donde entraron todos los pecados al cuerpo de la mujer que fue culpable de la separación entre la Iglesia e Inglaterra. Ana Bolena es degollada provocando una mutilación que, no sólo asegura la muerte, sino que aleja al débil cuerpo del lugar por donde entró el mal en él.

La vida de Marina también está partida en dos: antes y después del convento. La historia de su nacimiento, juventud, casamientos, maternidad y viudeces ocupa únicamente la quinta parte del espacio dedicado a su vida, a pesar de que cuando murió, a los 60 años, sólo “había gastado nueve [años] y seis meses cabales en religión” (p.190). El tiempo en el relato se apresura cuando narra su vida en el siglo y se dilata al enterarnos de la transcurrida en el convento. En su *Diccionario de Retórica y Poética*, Helena Beristáin asevera que

tanto la historia, como el discurso que da cuenta de ella, se desarrollan paralelamente sobre la instancia temporal; pero mientras el tiempo discursivo se desarrolla linealmente, el tiempo de la historia es pluridimensional. La correspondencia entre ambas dimensiones temporales no es constantemente exacta; sus desajustes afectan [...] la *duración*. Entre el momento en que se inicia la historia y el momento en que termina, tienen lugar las acciones que la constituyen. Entre esos dos momentos transcurre su duración [...] y la duración del discurso. La relación de paralelismo entre ambas duraciones no es exacta ni constante (:488).

Se comprime el tiempo transcurrido durante la muy larga historia, plena de acontecimientos, que relata los múltiples avatares de la vida de Marina antes del convento, y se extiende durante su estancia en él. Así, el autor marca un ritmo que acelera la lectura de lo mundano y demora la de lo trascendental, distingue lo pasajero de lo eterno, el cuerpo del espíritu y los asuntos del hombre de los de Dios.

Una última coincidencia, por oposición, comparten Ama Bolena y Marina de la Cruz. La primera perdió la cabeza, mientras que, de la segunda, sólo se conservó ésta. A su muerte fue enterrada en clausura y no en “honorificentísima sepultura” (p.191), tal vez porque siendo el coro bajo muy pequeño ya no hubo lugar para ella o, más probablemente, por la necesidad de prohibir entierros públicos o una lápida que identificara a quienes morían con fama de santidad, para evitar la profanación de las tumbas en busca de reliquias. Por esta razón, cuando después de 24 años sus restos fueron trasladados al coro bajo del convento, éstos se confundieron con los de otras religiosas.

Sin embargo, su calavera y la de otras dos religiosas no corrieron esta suerte y se depositaron “con distinción de sus nombres” (p.223) al cuidado de una devota, quien los dejó en un cajón de la sacristía por otros 53 años. Al reedificarse la iglesia en 1674, “se dejó cavidad en uno de los arcos del coro alto, donde hoy se hallan; ocupando la de la V.M. Marina de la Cruz, entre tafetanes y vidrieras, una caja forrada de brocado con cubierta de terciopelo carmesí tachonada curiosísimamente con clavazón dorada” (p. 223). Así, la que en su vida religiosa vistió con extremada pobreza, terminó a su muerte adornando su cabeza con las galas que Ana Bolena no llevó en su decapitación.

La última imagen que el autor nos presenta de Marina, quien vio la luz en la pobreza económica, adquirió riquezas y terminó muriendo en la pobreza extrema, pero en la riqueza espiritual, es la de su calavera rodeada de oro.

Para continuar con el modelo hagiográfico y una vez demostrado el nacimiento excepcional de Marina, Sigüenza retoma su vida a partir del vientre materno. Marina tuvo una madre virtuosa: “la ejemplar Matrona Juana de Navas [...] devota de la Purísima Virgen [y] fácilmente me persuado serían en sus alabanza las primeras palabras que quiso pronunciase de su hija la balbuciente lengua y pueriles labios” (p.123). El autor no sabe, pero infiere. Tiene como modelo las hagiografías de los santos y así le es posible cubrir las lagunas que se le van presentando en la vida de la monja. El autor omnisciente decide y recrea lo que sucedió.

Es necesario hacer un alto para reflexionar sobre las circunstancias en las que se escribían las vidas de las mujeres con fama de santidad. Como ya mencionamos anteriormente, quien primero escribió sobre Marina fue su confesor, Pedro de la Mota. Sin embargo, él sólo la conoció los dos últimos años de la vida de la religiosa. Por lo tanto, cuando ella le relató las circunstancias de su existencia, ya había pasado mucho tiempo desde su nacimiento. Así, no es difícil imaginar cómo el sacerdote la pudo ir guiando para que los acontecimientos que recordara se ajustaran al modelo de santidad. Además, debido a la abundancia de falsas místicas - muchas enjuiciadas por el Tribunal del Santo Oficio - los confesores ponían especial cuidado en cernir lo ortodoxo de lo que pudiera no serlo, por lo que la ejemplaridad de Marina no tuvo tropiezo alguno.

Por lo anterior, algunos académicos han insistido en hablar de la manipulación masculina de la escritura femenina o de la apropiación de la experiencia femenina. Por ejemplo, Kathleen Ross en su libro *The baroque narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora: A New World Paradise*, con mucha frecuencia usa la palabra *manipulate*, que tanto en inglés como en español significa “manipular” y tiene una connotación negativa: “the manipulation of texts”; “Sigüenza’s manipulation of Marina’s dreams” “Sigüenza manipulates his audience”. La autora también fundamenta la apropiación de



la voz de Marina por Sigüenza con algunos ejemplos como: “Finding himself once again with a missing text, invents one for Marina”.

Efectivamente, Sigüenza manipuló y se apropió de todo lo que tuvo a su alcance para escribir la vida de Marina y de las otras monjas biografiadas, pero lo hizo precisamente porque era un gran escritor y ése era su oficio: apropiarse de todas las experiencias, las propias y las ajenas; de los libros leídos; de los Clásico y de la Biblia; de lo que le dicen y de lo que escuchó; de lo que ve y de lo que oye y, una vez que los ha hecho suyos, manipular las palabras y los silencios para que su texto sea efectivo y elegante: decidir el largo de los párrafos; la puntuación; el orden en que presenta los acontecimientos; las imágenes que mejor reflejan las situaciones; las figuras retóricas. Cada vocal y cada consonante de un texto es resultado de la manipulación del lenguaje por el autor.

En cuanto a inventar palabras y ponerlas en boca de Marina, entre la Historia y la historiografía - los hechos comprobables por documentos, los aceptados como reales por testimonios de terceros o, en épocas recientes, con la ayuda de diversas disciplinas como la antropología o la química -, siempre existirán grandes lagunas que el historiador completa, no con inventos, sino con hipótesis fundamentadas. La apropiación de una experiencia ajena significa que la naturaleza del texto permite añadir algo, hasta ahora desconocido, a la propia “historia de experiencias” (Iser, 1993: 119).

Para nombrar el fenómeno de la escritura de estas vidas de mujeres, tal vez sería mejor utilizar el término “inducir”, ya que cuando notaban rasgos de santidad, ellas eran exhortadas, o más bien casi obligadas por sus confesores - pues muchas veces decían que les era molesto y hasta repugnante escribir -, a llevar un libro de su vida y, si esto no era posible, les asignaban a otra monja para que escribiera lo que le platicaban o ella observaba directamente. Una vez comprometidas a escribir o a contar su vida,

ésta era recogida en cuadernos a los que se les daba forma de libro, que en muy contadas ocasiones llegaba a publicarse. De ahí el valor de este conjunto de biografías.

Por lo que respecta a la vida de Marina el sufrimiento voluntario aparece muy temprano, pues desde niña ya usaba “asperísima disciplina que atormentaba sus delicadas carnes” (p.123). También desde entonces deseaba entregarse a Dios. Sin embargo dejó a sus padres la decisión de su vida futura.

Al no poseer dote, acepta casarse con Luis de la Peña, quien también era pobre, por lo que deciden salir de España para tratar de encontrar en el nuevo continente una vida mejor. La joven no repara en la inferioridad de su esposo, pues ésta no sólo se debía a su “cortísimo caudal [...] y a su alcurnia muy inferior a la suya” (p.125), sino a que el esposo que ella realmente anhelaba era nada menos que el Hijo de Dios.

Marina, que había sido pobre cuando vivió en casa de sus padres, siguió pobre al casarse con Luís de la Peña. En la segunda mitad del siglo XVI se presentaron varias situaciones que vinieron a agravar la situación, tanto de indios como de criollos y españoles:

Una recesión económica general que se dio entre España y el Nuevo Mundo debido a la terrible epidemia que diezmo la población indígena, la imposición del repartimiento, el inicio de la disolución de la encomienda y el cambio de la política tributaria española (Rubial, 1996: 89).

En estas circunstancias fueron muchas las parejas de jóvenes peninsulares que se atrevieron a hacer el viaje a la Nueva España en busca de mejores horizontes. No era infrecuente, sin embargo, el caso de los españoles casados que venían a la Nueva España sin su esposa. “Tan numerosos como los solteros eran los casados en España cuyas esposas no los habían acompañado [...] Cientos de españoles [...] habían abandonado a sus esposas desde hacía más de diez y quince años y vivían amancebado” (Gonzalbo 1998: 66). No fue este el caso de Marina pues ella atravesó el océano con su esposo a pesar de “los trabajos y penalidades del camino y navegación tan prolija, a

que se añadía el dejar a sus padres y lugar de su nacimiento, por avecindarse en tierras extrañas” (p.126).

Durante el viaje, su recogimiento y devoción atrajeron tanto la atención que pronto se vio recompensada: “Viendo el dueño del navío y otros muchos [...] las admirables virtudes de Marina - a cuyas oraciones atribuían la felicidad del viaje -, le acudían con lo que era necesario y preciso para el sustento [y] le hacían repetidos regalos” (p.126). Por primera vez se presenta el fenómeno que acompañaría a Marina toda su vida: fama de virtuosa a cambio de medios para una vida mejor.

Los jóvenes esposos llegaron a San Juan de Ulúa en Veracruz y continuaron su viaje a la ciudad de México, donde “algunas señoras principales [...], admirando tanta perfección en tan cortos años, recabaron con instancias las visitase [...], y como personas a quienes sobaban los bienes temporales, le acudían a Marina con suficiente abundancia, retornándoles ella por estos beneficios [...] oraciones [...] penitencias [...] y pláticas espirituales [...] a sus bienhechoras” (p.127). De nuevo se repite el patrón. Sus virtudes le permitieron ser aceptada en sociedad y favorecida con regalos.

Empieza otra etapa de su vida. Marina se va a Zacatecas, donde su marido hace fortuna. Por primera vez ya no es pobre. “No le faltaban en este tiempo a la venerable señora las alhajas necesarias para que se adornase su casa con cortesana decencia y le sobaban joyas de perlas y oro” (p.136). Sin embargo, ella casi no salía salvo para ir a la iglesia. Esto contribuyó a que su fama de virtuosa - la fama indispensable para que su ejemplo alcanzara a los demás - se fuera extendiendo.

Así, paso a paso, Marina va prosperando en riqueza espiritual y material. Las dos siempre de la mano y, generalmente, la segunda como consecuencia de la primera. En el barco consigue lo necesario para su subsistencia, en México la regalan y en Zacatecas tiene ya dinero propio.

Sigüenza nos informa de manera muy sucinta, debido a su falta de información, que después de algunos años y a pesar de su buena fortuna regresan a México. Poco después muere el marido y Marina se queda viuda, sola y sin parientes que la aconsejen, por lo que comienza a experimentar “considerables quiebras en su caudal, que también se extendieron a su salud” (p.132). Al ver su desamparo, algunas buenas conciencias le aconsejan casarse por segunda vez, con “persona que no sólo la sustentase y le aumentase la hacienda, sino que supiese estimar a Marina por sus virtudes” (p.133). Se casa con Benito de Vitoria, el cual de nuevo recupera su fortuna.

De esta manera se cierra el primer círculo de la vida de Marina, quien habiendo nacido muy pobre en España, termina con dinero y casada por segunda vez en México. En el siguiente eslabón la cadena la riqueza y la pobreza seguirán su ciclo.

### **3.- Marina madre. De la pobreza relativa a la riqueza de la maternidad**

Desde que tuvo uso de razón, Marina se consagró a Dios, aumentó sus virtudes, se impuso penitencias, ejerció la caridad y fue ejemplo de obediencia y humildad.

El primer matrimonio se llevó a cabo por la obediencia que ella debía a sus padres y porque su extrema pobreza no le permitía otra opción. Pero, ya en la Nueva España, específicamente en Zacatecas, su esposo hace fortuna. Al enviudar, y antes de que empiece la merma de su hacienda, Marina tiene más que suficiente dinero para pagar su dote y entrar a un convento. ¿Por qué no lo hace? Las segundas nupcias no eran nada frecuente para las mujeres. Pilar Gonzalbo asevera que sólo el 7% de las viudas volvían a casarse (1998: 184). ¿Por qué ella se vuelve a casar? La respuesta tiene un nombre: Juana. En este segundo matrimonio tiene una hija.

Así, y a pesar de su gran deseo de unirse a Cristo, se casa dos veces y puede ejercer plenamente su sexualidad, pues, en términos canónicos, la satisfacción sexual dentro

del matrimonio era aceptada como remedio de la concupiscencia. Una vez viuda, y aunque sigue anhelando un enlace divino, se vuelve a casar y, en esta ocasión, le es concedido el ser madre, alcanzando así el gozo de la maternidad. Marina tiene dos vidas paralelas: una interior de santidad, oración, sacrificio y entrega a Dios, y otra que se ve recompensada con el ejercicio pleno de su condición femenina.

Los avatares de la vida de Marina en el mundo son muchos y muy interesantes, pero a pesar de que Sigüenza se empeña en introducir alguna información que ya apunta hacia su futura santidad, ni su niñez - de la que se ignora todo - ni su juventud y madurez concuerdan con el modelo hagiográfico. Por lo tanto, el autor, que no olvida ni por un momento el objetivo principal de esta biografía, detiene su historia para dedicar los capítulos sexto y séptimo a abundar sobre su espiritualidad. A pesar de que acepta que no sabe ni tiene noticias, “cree”, “le parece” o “no duda que”. Esta parte de la vida de Marina transcurre en oración, sacrificios, ayunos, cilicios, azotes, humildad y pobreza, acompañados de sueños, visiones y favores recibidos de Dios,

Desde el nacimiento de Juana, Marina la destinó a ser monja, pues deseaba - como muchos padres - que su hija consiguiera lo que hasta ese momento a ella le había sido imposible obtener. Cuando la niña tuvo edad de entrar al convento, se afligió enormemente por no poder acompañarla. Dios, que tanto la quería, le facilitó “los medios [...] quitándole el necesario inconveniente que le estorbaba [y] y le envió a su esposo Benito de Vitoria una gravísima enfermedad” (p.138), de la cual muere.

Marina, quien comienza esta segunda etapa viuda y con sus riquezas en peligro de extinción, termina viuda por segunda vez, pero acompañada de una hija y con su capital recuperado. Se cierra otro círculo para dar sustento a un eslabón más.

#### **4.- Marina monja. De la pobreza voluntaria a la riqueza interior**

Soltera, casada dos veces, viuda en otras dos ocasiones y madre. Toda una vida. Pero aún le faltaba a Marina un tercer matrimonio, el que la llevaría a la santidad.

Al poder al fin realizar su sueño de entrar al convento junto con su hija, Marina pidió el hábito en el Convento de Santa Clara de México. Éste les fue negado, por lo que decidió solicitar su entrada al Convento de Jesús María, donde fueron aceptadas.

Además de las dotes requeridas, donó todo lo que tenían al convento, tal vez considerando que por su avanzada edad necesitaba ofrecer más. Queda, pues, de nuevo, en la más absoluta pobreza, esta vez voluntariamente.

Al enclaustrarse en el convento, anexo a la iglesia que guardaba el cuerpo del amado en la Eucaristía, la edificación del mismo toma su sentido final. El trabajo y dinero invertidos; las ambiciones personales que se disputaron la consecución de su factura; los misterios y las estratagemas del poder; la corrupción y el desprendimiento; el interés y la devoción, se hacen uno con la presencia de Marina - aun si fuera ella la única razón - para que la edificación se convierta en el lugar sagrado. “Basta confrontar el comportamiento de un hombre no religioso con respecto al espacio en que vive con el comportamiento del hombre religioso con respecto al espacio sagrado para captar inmediatamente la diferencia que los separa” (Eliade, 1998: 51).

El hombre santifica el espacio tanto cuanto el espacio santifica al hombre. Pero la santificación requiera más que de oraciones y sacrificios corporales. Para Marina, como para Abraham, la gran prueba de su entrega total a Cristo fue la vida de su hija, con la diferencia de que Dios no detuvo el cuchillo al último momento, sino que él mismo fue el verdugo. Al considerar que el amor por Juana la ocupaba tanto que no dejaba espacio suficiente para dedicarse a él, decide alejarla para siempre. El Dios misericordioso, compasivo, amoroso y dulce que Marina conocía, cambia su cara.

Ahora se presenta como el esposo celoso, como un Dios temible y severo. El mismo Sigüenza expresa su horror ante lo sucedido, pues “con una de aquellas espantables acciones en que se veneran con miedo sus ocultos juicios [...] levantando el temerosísimo azote de su poder” (p.143) le mandó a Juana una enfermedad súbita y mortal:

Demudándosele las facciones y atronando todo el convento con alaridos comenzó a desbaratarse a bocados las tiernas carnes y a herirse con las uñas su hermoso rostro; quebráronsele los ojos [...] y, padeciendo los más fieros síntomas que jamás vieron los mortales, en breves instantes, sin podérsele administrar sacramento alguno, entre espumarajos y borbotadas de sangre le faltó el alma (p.143).

Doble fue el castigo de quien osó distraer el amor de Marina: la muerte del cuerpo y la posible muerte del alma, al no haber podido recibir auxilio espiritual. Dios no admite el menor desvío en las almas que favorece con su amor y responde con fiereza ante cualquier negligencia.

Marina finalmente profesa, con las desventajas de ser muy grande de edad y sumamente pobre, además de haber sido casada. Lo primero despertaba desprecio y lo segundo, envidia entre las demás religiosas.

Su primer trabajo en el convento fue de albañil, pues debido a su edad y su modestia, no corría peligro al tratar con los otros obreros. Ayudaba en todo lo que se necesitaba, “daba las piedras, ripiaba las paredes, batía la mezcla, disponía los andamios” (148).

De esta forma tan humilde comenzó Marina su vida de monja. Al decidirse a entrar al convento era rica en dinero y en el amor por su hija. Al profesar se encuentra sola, vieja, despreciada y pobre. La rueda del destino parece dar una vuelta al revés. Su matrimonio con Cristo, sin embargo, le permitirá riquezas enormes en los dos últimos tramos de su vida que completan la cadena.

## V MARINA DE LA CRUZ, MÍSTICA Y ASCETA

El camino de la santidad no es recto. Es una senda difícil y farragosa con paradas obligatorias, vericuetos, piedras, pozos y pérdidas. Implica perseverancia y sufrimiento. Por otra parte, es un viaje donde se encuentran posadas para el descanso, regalos, amistades y, sobre todo, grandes prodigios y maravillas. Para llegar al final es imprescindible un puente entre el hombre y su destino, una guía firme que lo conduzca. Marina de la Cruz tuvo dos mujeres extraordinarias que la dirigieron.

### *1. Ejemplos de santidad*

Aunque existían varios modelos a para quienes aspiraban a una vida de santidad,<sup>6</sup> la Virgen era presencia constante en las oraciones de Marina, consejera en sus momentos difíciles y consuelo en sus penas.

María fue el modelo y la religiosa el espejo que imitó sus virtudes desde pequeña:

Comenzó Marina a mamar en la leche materna las loables costumbres y virtuoso recogimiento de la ejemplar matrona Juana de Navas, y siendo ésta cordial devota de la Purísima Virgen, fácilmente me persuado serían en su alabanza las primeras palabras que quiso pronunciarse de su hija la balbuciente lengua y pueriles labios (p.123).

Para los hombres, la Virgen sólo ocupa la posición de mediadora principal por ser la madre del Salvador y no haber compartido el pecado original con el resto de la humanidad<sup>7</sup>. Sin embargo, paulatinamente empezó a ascender en la jerarquía de la devoción popular hasta llegar a colocarse en un mismo plano que Dios.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Doris Bieñko, del Colegio de Historia, está trabajando este tema en su tesis de doctorado que pronto podremos consultar.

<sup>7</sup> El dogma de la Inmaculada Concepción proclamado en 1854 por el Papa Pío IX asevera: “La bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano.” (*Catecismo de la Iglesia Católica*: 115).

<sup>8</sup> María es titular de un culto especial, la *hiperdulía*. Los santos de *dulía* (veneración) y Dios de *latría* (adoración).



Sigüenza así lo entiende al decir que María es “el arcaduz por donde desde el cielo se nos comunica todo lo bueno” (p.164). La Virgen es el puente por el cual transitó Marina, y su ejemplo marcó los principios de la religiosa y promovió sus progresos.<sup>9</sup>

La Virgen fue modelo de muchas de las conductas que se esperaban de las monjas enclaustradas, como son la obediencia, la humildad, la prudencia y el silencio, los cuales también fueron observados por Marina con gran perseverancia.

El principal ejemplo de la obediencia y absoluta entrega de María a la voluntad de Dios fue la aceptación de su maternidad a pesar de ser virgen. Cuando el ángel Gabriel le anunció que iba a ser madre ella se conturbó y “respondió al ángel ‘¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?’ El ángel le respondió: ‘El Espíritu Santo vendrá sobre ti [...] por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios [...] Dijo María; ‘He aquí la esclava del señor, hágase de mí según tu palabra’” (Lucas 1, 26-38).

San Irineo afirma al respecto que María “por su obediencia fue causa de la salvación propia y la de todo el género humano. El nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María” (*Catecismo...*:116).

La obediencia era constantemente recordada a las religiosas enclaustradas, a quienes se les insistía en dejar todas sus decisiones en manos de su confesor. Esto contradecía el principio del libre albedrío, principal don que Dios dio al hombre para discernir y

---

<sup>9</sup> El culto a María tuvo un lento desarrollo y no fue sino hasta el siglo V cuando empezaron a venerarse sus reliquias. De hecho, María es mencionada muy pocas veces en las Sagradas Escrituras, por lo que el conocimiento que tenemos de ella sólo lo podemos encontrar en las narraciones del nacimiento y de la infancia de Jesús en *Mateo* y *Marcos*, aunque como afirma Warner (p.24) estos textos fueron añadidos tardíamente, escritos más de 80 años después de que los acontecimientos que describen tuvieran lugar. Así, el *Libro de Santiago*, y todos los evangelios apócrifos que se derivan de él, son las fuentes principales de donde se nutrió el mito mariano. En el Concilio de Éfeso, en 432, se le proclamó *Theotokos*: Madre de Dios y Esposa del Espíritu Santo, pues se había convertido en un personaje fundamental para sostener la doble naturaleza de Cristo: hombre porque fue concebido por una madre terrenal y Dios porque nació de una virgen impregnada por el Espíritu Santo. Su virginidad fue proclamada en el II Concilio de Calcedonia. La más antigua *Vida de María* de que se tenga noticia fue escrita por el monje bizantino Epifanio de Constantino que vivió entre finales del siglo VIII y principios del IX. Después proliferaron distintas versiones de su vida que, aunadas a las advocaciones populares que se fueron añadiendo a su nombre, y a los diferentes reconocimientos de la Iglesia que fueron proclamados como dogmas, conformaron su leyenda. (Warner, 1991)

elegir por sí mismo. Sigüenza ve esta situación claramente cuando dice que no somos dueños sino del “albedrío, de cuyo bueno o mal uso nos resulta la alabanza o el vituperio” (p.200). La contradicción, sin embargo, era pasada por alto en el convento, pues daba a confesores y directores espirituales el control absoluto sobre las monjas.

Marina, como la Virgen, obedece a Dios en todo. Al decidirse su primer matrimonio ella obedeció, pues “en la voluntad de sus padres reconocía la de Dios” (p.125). Consiente también en su segundo matrimonio, propuesto por quienes temen por su soledad y fortuna. Al darle “parte a la humilde viuda de lo que habían tratado [con Benito de Vitoria] y, como no tuviese otro mejor consultor sino Dios, en cuya voluntad se resignaba la suya [...] reconociendo ser gusto suyo, dio asenso a lo que le proponían” (p.133).

Después, en el convento, fue un constante ejemplo de obediencia. “Aunque había profesado de velo negro<sup>10</sup>, se le dio el ejercicio de oraciones y salterios que, en vez de las horas canónicas, se les asignaban a las legas. [Ella] obedeció al instante” (p.148). Toda su vida acató con sumisión los dictados de la abadesa y de sus confesores.

Además de la obediencia, la Virgen fue también un ejemplo de la humildad. “Dios mi salvador [...] ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava” (Lucas 1, 47-48). Esta virtud, capital en Marina, merece que Sigüenza dedique un capítulo completo - que veremos más adelante - a reflexionar sobre ella.

Respecto a la religiosa, el autor afirma “y que de una y otra manera fuese perfectísimamente humilde la V.M. es tan evidente [que] desde el tiempo de su niñez hasta el de su muerte cuantos la comunicaron íntimamente hicieron concepto [...] de

---

<sup>10</sup> El derecho de ser monja de velo negro se adquiría al pagar la dote completa y así podían las religiosas gozar de la plenitud de su estado. Las monjas que no llegaban a reunir el dinero suficiente, no podían aspirar a profesar como monjas de velo negro y coro y quedaban, por lo tanto, como monjas de velo blanco y se ocupaban de las labores más humildes y no podían votar en las elecciones de la abadesa.

que, si fuera posible perderse la humildad en el mundo, sólo en ella se había de hallar en eminente grado” (p.201). La prudencia y el silencio respecto a sus pensamientos eran otras cualidades compartidas por Marina con la Virgen.

Después del nacimiento de Jesús, de la adoración de los pastores y de todos los acontecimientos de los que fue testigo, María, en silencio, “guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lucas 2, 19). Para Marina, por su parte, “callar y sufrir era lo ordinario” (p.155). Se retraía a su torre para que sus hermanas no vieran los sufrimientos a los que se doblegaba voluntariamente y nunca hablaba de ellos. “Procuró con todo desvelo andar continuamente en la presencia de Dios, adorándolo en espíritu, recogiendo para ello sus potencias y sentidos allá en lo más silencioso y secreto del corazón” (p.164).

En una época de su vida especialmente difícil, cuando la mayoría de las monjas, inclusive la abadesa, no estuvieron de acuerdo con su actitud y la ofendieron, Marina salió airosa con su mesura: “¡Cuántas veces subieron a su celda algunas religiosas [...] y cuántas veces bajaban admirando la prudencia con se había portado la V.M.!” (p.209).

Por otra parte, además del ejemplo de la mujer por excelencia, la Virgen, muchas religiosas, y Marina de igual manera, seguían el modelo de la mística por antonomasia, Santa Teresa de Jesús. Teresa de Ahumada, paradigma de la religiosa mística, nació en Ávila el 18 de marzo de 1515. Al igual que Marina, desde pequeña su comportamiento se ciñó al modelo de precoz oración, sacrificios, devoción a la Virgen y deseo de consagrarse a Dios, tema hagiográfico del *puer senex*, el niño anciano que no tuvo infancia. Pero, al contrario que ésta, profesó muy joven recibiendo el hábito de las Carmelitas de la Encarnación. Muy pronto comenzó a tener visiones y revelaciones.

Así mismo, a Marina recién llegada a México “la ilustró Nuestro Señor con admirables favores, los cuales ignoramos por haberle mandado entonces su divina

majestad el que no los manifestase, como lo ejecutó, hasta los últimos años de su vida, que fue cuando tuvo permiso para decir algunos” (p.128). Esta cita es especialmente interesante, pues nos revela cómo el escritor comienza relatando la presencia de Dios en la vida de Marina mediante “favores” que no especifica, pues reconoce ignorar. Sigüenza va develando paulatinamente la santidad de la religiosa.

En ese sentido Marina, como Jesús, tuvo una vida oculta de la cual no conocemos nada. Algunos autores, como Sigüenza en el caso de Marina, infieren lo que pudo haber pasado en ese tiempo. De la misma manera existen evangelios apócrifos que dan cuenta de esa época perdida de Jesús. Así, además de algunos datos sobre sus primeros tiempos, ambas vidas comparten el hecho de haberse hecho públicas sólo en los últimos años de su vida: tres en el caso de Jesús y diez en la vida de Marina. Sólo fueron recogidos por escrito los años del descubrimiento de la misión de sus vidas excepcionales

Pero la falta de información respecto a los años que Marina gastó en el mundo, favorecen la estructura que el autor elige para el *Paraíso Occidental*. Comienza con lo más evidente y superficial, la construcción del Templo y Convento de Jesús María, para terminar con lo más íntimo y secreto, la espiritualidad de las monjas que vivieron en él. En la biografía de Marina sigue un orden contrario. Comienza con lo más insignificante y cotidiano como son su vida en el mundo y las primeras manifestaciones de Dios, para ir avanzando en los prodigios narrados hasta culminar, después de su muerte, con el recuento de los más grandes dones que poseía y milagros que concedió, lo cual nos deja, al final, con la certeza de la gran santidad de Marina. Sigüenza construye el lugar físico de afuera hacia adentro mientras que el espiritual lo va develando de lo privado hacia lo público.

Regresando a Santa Teresa, este indispensable modelo de santidad para Marina, al ver la relajación que existía en los conventos, decidió llevar a cabo una reforma del Carmelo y con otras tres monjas fundó el convento de San José en Ávila. Ahí se observaba estricta clausura, silencio casi perpetuo, vida de gran pobreza y abstinencia total de carne. Las religiosas vestían toscos hábitos y usaban sandalias en vez de zapatos. Por ello se les llamó descalzas. Fue en este aspecto donde Marina siguió su ejemplo con más puntualidad. Como veremos más adelante, su corto paso por el Convento de Jesús María estuvo marcado, principalmente, por su gran empeño en evitar la relajación del mismo. “Ya había sentido interiores mociones para que procurase la enmienda de los defectos de algunas religiosas [...] Hasta el Señor mismo se lo insinuaba ser gusto suyo el que le celase su honra en aquel convento, así manifestándoles a las preladas los defectos y relajaciones que en él hubiese” (p.150).

La santa fundó conventos, tanto de hombres como de mujeres que deseaban abrazar la reforma. Marina, por su parte, fue intercesora para la fundación del convento de las carmelitas descalzas en México.

Una de las “diligencias de que se valieron para que se perficionase la fundación de las carmelitas descalzas fue acogerse al patrocinio de algunos santos [...] Eligió para esto la M. Mariana [de la Encarnación] a la gloriosa virgen Santa Teresa [...] y la M. Inés de la Cruz a la V.M. Marina de la Cruz”(193), que ya había muerto. Tiempo después se le apareció Marina a Inés de la Cruz y le informó: “la Virgen Maria, Nuestra Señora, ha alcanzado de su Hijo preciosísimo el que se haga la fundación (p.193).

Finalmente, Santa Teresa predijo su muerte, que aconteció el 4 de octubre de 1582. Así mismo, a Marina le fue concedida esta gracia, pues Dios le señaló “también el día en que, muriendo, había de comenzar a vivir en el cielo perpetuamente” (p.187).

Teresa de Ávila escribió varias obras místicas de carácter didáctico. El *Camino de la perfección*, dirigidas a las monjas descalzas de Nuestra Señora del Carmen de la Primera Regla; *Castillo interior* o *Las moradas*, dirigido a las Carmelitas Descalzas, un manual para alcanzar la perfección espiritual; el *Libro de las Fundaciones* y otras más entre las que se encuentran su *Vida*, y *Relaciones Espirituales*, escritas por mandato de sus confesores. Junto con Catalina de Siena, se convirtió en la primera mujer elevada a la condición de Doctora de la Iglesia. Las experiencias de Santa Teresa, gran escritora, alcanzaran a un gran número de lectores y, por lo tanto, su extraordinaria vida se convirtió en el ejemplo máximo para las religiosas que emprendían el camino de la santidad.

Marina de la Cruz conoció sus libros pues “por ese tiempo corrían ya impresas las obras y admirable vida de la iluminada virgen Santa Teresa. El anhelo de toda su vida fue imitar los ejemplos de penitencias y perfección de las antiguas santas [por lo que] se empeñó en seguir sus huellas” (p.159). De esta manera, Marina tuvo en sus manos los textos/guía para alcanzar la santidad.

Así, la Madre de Dios y la santa religiosa fueron las guías de Marina en su camino hacia la perfección. Además, existe un aspecto muy significativo que comparten: las tres mujeres son también modelos de valentía. María se enfrentó a las dudas de José cuando le anunció su maternidad, Santa Teresa a la oposición de quienes no querían que fundara conventos, y Marina se expuso a los enojos de las religiosas cuando se decidió a luchar contra la relajación en el convento.

Las tres mujeres, también, viajaron para conseguir sus propósitos: María a Egipto, huyendo de la matanza de los niños por Herodes, Santa Teresa a diferentes lugares para conseguir sus fundaciones, y Marina a la Nueva España en busca de una mejor vida.

Finalmente, la Virgen y Marina, además, sufrieron con entereza las terribles muertes de sus hijos: crucificado Cristo, para la salvación de los hombres y expuesta Juana a terribles sufrimientos, para salvar a su madre, pues el excesivo amor que le mostraba, obligaba a la religiosa a dividirlo con el que debía a su celoso esposo, Cristo.

Los grandes santos comparten con Marina la constante oración, el amor a Dios, los sacrificios, la humildad, la dedicación al prójimo y el don de hacer milagros, entre otros. Pero existe una diferencia entre la mayoría de éstos con la religiosa. Aunque no alcanzó la santidad, ella era, además, una mística, es decir alguien que logra la unión perfecta con Dios.

## **2.- *Mística y ascetismo***

Tal como lo observa Margo Glantz, el término místico suelo producir confusiones, pues

se utiliza el término místicas aplicándolo a las monjas que tenían arrebatos y visiones causados por prácticas disciplinarias. Quizá se trate más bien [...] de un fenómeno de ascetismo. San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús no necesitaban de flagelaciones ni de cilicios para su unión espiritual con Dios (1992: 139).

Tomando en cuenta lo anterior, trataremos no sólo de tener un acercamiento a estos dos fenómenos, sino, principalmente, aclarar si - y en ese caso cómo - los experimentó Marina.

La mística designa un tipo de experiencia en que se llega al grado máximo de unión del alma humana a lo sagrado durante la existencia terrenal. No sólo se presenta en el cristianismo, sino en las otras dos grandes religiones monoteístas: islamismo y judaísmo; algo parecido también se muestra en el budismo, donde se identifica con la mayor perfección y conocimiento.

El misticismo pretende salvar el abismo que separa al hombre de la divinidad, mediante una rígida disciplina de oración, reflexión e introspección, para purificarse

mediante las vías purgativa e iluminativa. Al alma perfeccionada por la gracia se añade la experiencia de la unión directa con Dios, la que se obtiene por la vía unitiva, y se manifiesta mediante un tipo de experiencias llamadas éxtasis místicos.

A éstos éxtasis los preceden dos etapas. El primer paso, la vida purgativa, consiste en el desprendimiento de los apegos sensitivos que provienen del cuerpo. La vía iluminativa o contemplativa, en cambio, comienza donde termina la purgativa. El alma se halla ya limpia y en un desamparo y angustia interior, sin contacto con Dios. El demonio aparece y, para poder soportar todo los tipos de tentaciones que sufre, mediante una continua introspección en busca de Dios, el espíritu debe seguir la luz de la fe confiando en ella y sin engañarse.

La vida unitiva es el éxtasis místico. Dios se une a su criatura y le revela un conocimiento y un placer sin límites. El místico no puede describir su experiencia, sino sólo aproximadamente, porque el pobre instrumento del lenguaje, aun en forma poética, no puede expresar lo inefable.

San Juan de la Cruz, uno de los más grandes místicos del cristianismo, dejó plasmadas sus experiencias en un puñado de poemas y en unos extensos comentarios a éstos: *Subida al Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Llama de amor viva* y *Cántico espiritual*. En uno de las estrofas de éste último, el poeta describe su experiencia unitiva de la siguiente manera: “Entrando se ha la esposa / en el ameno huerto deseado / (1960: 740).

Santa Teresa, por su parte, afirma que

acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza. Entiéndese que se goza un bien, adonde juntos se encierran todos lo bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado, para poder estar en otra cosa, exterior ni interiormente (*Las moradas*. 1998: 164).



Así, este “acá” donde se da la unión con Dios no se encuentra ni en el entorno físico ni aun en la parte más íntima del espíritu, sino en el vacío interior del alma que permite la entrada de la divinidad.

Marina de la Cruz, al expresar sus experiencias de la unión con Dios, se encontraba “en aquella sabrosa y profunda paz que es consiguiente a esta unión” (p.166).

Cuando Sigüenza relata los éxtasis místicos de Marina se enfrenta a un escollo difícil de superar. ¿Cómo explicar un éxtasis si a quienes lo han experimentado no les han sido suficientes las palabras para hacerlo? Aun la poesía no basta para contener lo inexpresable. Santa Teresa lo describe como un “glorioso desatino”, una “celestial locura”. San Juan también experimenta: un “cautiverio suave”, una “regalada llaga”, una “música callada”, algo que “matando, muerte en vida la has trocado”. Estos términos contradictorios que permiten convivir al dolor con el placer, son una constante en la época barroca, cuando, en vista de que “la verdad es compleja, [...] ciertas clases de verdad han de enunciarse por negación o por distorsión deliberada. De aquí que, en la religión barroca, la verdad de Dios pueda expresarse mediante [...] parejas de contrarios” (Wellek, 1966: 236).

En la *Fábula Mística*, Michel de Certeau investiga el fenómeno del misticismo. Afirma que a partir del siglo XIII una lenta desmitificación religiosa pareció acompañarse con una progresiva mitificación amorosa: el amor cortés. Al mismo tiempo que la mística se desarrolla y después decae, en Europa aparece una erótica que se refiera a la nostalgia que responde a la desaparición progresiva de Dios como único objeto de amor. La configuración mística, que se extiende del siglo XII al XVII, cree poder arreglárselas con esta pérdida. Sin embargo continúa una lenta transformación de la escena religiosa en escena amorosa, o de una fe en una erótica; cómo un cuerpo tocado por el deseo reemplazará a la palabra reveladora y enseñante.

Para fundamentar lo anterior, el autor cita una estrofa del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz: “Acaba de entregarte ya de vero,/no quieras enviarme/de hoy más ya mensajero,/que no saben decirme lo que quiero” (1960: 738).

San Juan le habla a Dios porque ya no quiere intermediarios, pero también es posible cuestionar a quienes han escrito sobre el éxtasis. Certeau, como muchos otros, analiza pero no experimenta, y quienes lo han experimentado, como Marina, no tiene más vocabulario que el del hombre para hablar de Dios, por eso nunca será suficiente. Dejemos que éste hable por ella.

En sus éxtasis a Marina se le embriagaban las potencias y se le suspendían los sentidos. Tras de ellos quedaba muy adolorida. Algunas veces “se quedaba extática o suspensa por muchas horas, tiesa y sin movimiento alguno. Otras, la arrebatava el espíritu por esos aires” (p.169).

En varias ocasiones su celda se transformaba en el cielo donde veía a Cristo, a la Virgen, a María Magdalena, o a Santa Teresa de Jesús. “Hacíase fuerza para resistir el éxtasis y arrobamiento que le causaba lo que en el cielo veía” (p.177). Se defendía de lo que tanto anhelaba.

Otra de las formas en que el amor a Dios se manifiesta al exterior es bajo la forma de fuego que quema. En el caso de Marina, “continuamente ardía su corazón en amor divino, no eran sino palabras de fuego cuantas hablaba. [Además] cuando se recogía de propósito en la oración, era tanto el incendio el amor divino en que se ardía, que manifestándose por el rostro no era posible se le acercaran” (pp.168 y 175).

Muchas veces, las vivencias de la religiosa son expresadas en forma erótica pues, como ya dijimos, “el limitado lenguaje de que disponemos propicia que religión y sexualidad forcejeen por la posesión del lenguaje” (Franco, 1989: 49). El máximo placer físico se asocia al sexo, al orgasmo; el máximo placer espiritual produce similares

sensaciones. ¿En dónde encontramos las palabras que los diferencien? Veamos el siguiente ejemplo:

En una ocasión Marina fue llevada a la presencia de Dios, quien se la acercaba cariñosamente, y “atrayéndola hacia sí con unas caricias amorosísimas, comenzó a regalarse con ella pasándole por las mejillas y rostro sus divinas manos” (p.175). Regalarse. Ella con él y él con ella. Dios también disfruta de estos encuentros con el hombre.

Un estudioso del simbolismo místico hace notar que hay tres tipos de experiencia mística: 1) Unión entre objetos inanimados: el alma en el fuego de Dios como chispa, leña, cera, hierro; Dios como agua o como el mar o río 2) Dios [...] representado por esas cosas de las que no podemos privarnos completamente; la luz, el aire, el agua. Dios es el alimento y bebida del alma, su Pan, Carne, Agua, Leche Vino. 3) Relaciones humanas: la del hijo con el padre, la de la esposa con el esposo. (Wellek, 1966: 244).

En las experiencias de Marina se encuentran muchos ejemplos más que respaldan lo anterior, pero, finalmente, no dejan de ser enumeraciones que no tienen cabida en la teoría literaria, histórica o sociológica. El éxtasis está más allá. Es lo inaprehensible.

Ahora bien, por lo que respecta al asceta, éste pretende llegar a la perfección mediante la destrucción del cuerpo. Para los ascetas el castigo corporal es el principal medio para lograr el desprendimiento de lo material.

Entonces, la principal diferencia entre un místico y un asceta es que el segundo añade el dolor físico al arrepentimiento, la introspección y la meditación.

Las prácticas del asceta encontraron su modelo en el doliente Cristo de la Pasión. Marina, para quien “todo su estudio era Cristo crucificado [...] aprovechaba en seguirle de la manera que mejor podía en sus penas y en sus tormentos” (p.197).

Ignacio de Loyola escribió unos ejercicios espirituales basados principalmente en la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, que consisten en oración y meditación, pero que también son ejercicios corporales que describen las diferentes formas de castigar la

carne y despojar al cuerpo de placer. La ruta que lleva a la perfección es la que destruye el cuerpo.

The post-Trident concept of [...] behavior retained much of the patristic and dialect of flesh and spirit as two antagonistic forces engaged in a constant battle. The prevalence of the flesh could mean eternal condemnation for the demands of their bodies (Lavrin, 1989: 499).

Sigüenza advierte en su libro que, para imitar a Cristo con perfección, es necesario negarse a sí mismo. Marina, deseosa de la unión con Cristo y por su gran amor a él, se dedicó con más ahínco a la oración cuyos efectos

recabaron de ella el que se descuidase de sí misma para deponer en todas sus acciones su voluntad [...] tan enemiga de su cuerpo que a fuerza de rigores lo dominaba el espíritu. Se obligó a añadir cilicios a sus cilicios, continuar con los ayunos meses enteros y desbaratar muchísimas disciplinas en su extenuado cuerpo. Aunque [...] le llegó a faltar el vigor, no por eso se le minoró, antes si se la aumentó la valentía de su esforzado espíritu con que llegó a conseguir la total abnegación y aniquilación de sí misma (pp.153,165 y 167).

La vida de Marina es un catálogo donde se encuentran todos los pasos necesarios para mortificar y destruir el cuerpo, ya que “habiendo sido eminente en las virtudes todas, no había por qué no lo fuese también en el sufrimiento” (p.154).

La monja, entonces, fue una asceta pues se expuso a grandes penitencias físicas y experimentó arrebatos y visiones. Pero también fue una mística que practicó la meditación y la introspección y que alcanzó la etapa unitiva. Así, sólo se diferenciaría de San Juan y de Santa Teresa en la manera de llegar al éxtasis, pero no en el resultado.

### ***3.- Retórica del sufrimiento***

En la Nueva España floreció una religión del sufrimiento, por la cual el dolor es una ofrenda para la expiación de los pecados propios y de la humanidad. Así, el ascetismo fue la vía preferida para purificarse, perfeccionarse e intentar la unión con Dios.

Pero, los pasos que sigue el asceta para llegar al sufrimiento no son arbitrarios, están marcado por una serie de “recetas” para mortificar al cuerpo. Una de ellas es el ayuno.

La comida significa varias cosas para los cristianos. La más importante es el pan de la Eucaristía. El ayuno, por otra parte, ocupa también un lugar preponderante. Hombres y mujeres han expresado su amor a Dios y reconocido sus pecados por medio del ayuno - la privación voluntaria de la comida - elemento vital para la conservación del cuerpo. Por otro lado, en la Eucaristía reciben el alimento que fortalece el espíritu. El pan, o la falta de éste, vigoriza el alma y debilita el cuerpo. “The deliberate and extreme renunciation of food and drink seemed [...] the most basic ascetism, requiring the kind of courage and holy foolishness that marked the saints” (Walker Bynum, 1988: 3). Ciertamente, para el ser humano que sobrevive gracias a su instinto de conservación, el ayuno es el extremo de santo disparate que significa prescindir de lo imprescindible.

El ayuno era una parte fundamental en la vida de Marina, quien negaba al cuerpo lo más indispensable para su existencia y se sustentaba con lo mínimo posible.

Tomás de Aquino tiene una opinión muy peculiar respecto a la comida. Cuando discutió “fasting and abstinence in his *summa theologiae*, he carefully examined the patristic notion that humankind fell from paradise through the sin of gluttony” (Walker Bynum, 1988: 33).

Si los primeros hombres perdieron el paraíso por comer, los santos lo ganan ayunando. Aunque es generalmente aceptado que fue la soberbia - “seréis como dioses” (Génesis 3, 5) la responsable de la caída del hombre, el comentario tomista es muy significativo de esta obsesión por la comida que es placentera y satisface, pero que, una vez asimilada, se expulsa como desecho inmundo.

Marina de la Cruz, como todo el que aspira a la unión con Dios, encontró el camino directo para conseguir no sólo la limpieza del alma, sino también la del cuerpo, pues al no comer tuvo menos suciedades que sacar de su naturaleza. Ella “reducía su ordinario sustento a un poco de chocolate que distribuía en mañana y tarde pasándose tres o

cuatro días con mortal hambre. Como una concesión a su viejo cuerpo en sus últimos años solía tal vez comer una cebolla, un pedazo de calabaza y algunas yerbas [...] siendo todo de su abstinencia nimia y continuo ayuno” (p196). Ésta práctica, menos rigurosa, pervive. Hasta hace relativamente pocos años, el ayuno de los viernes era obligatorio para todos los católicos y, aun ahora lo sigue siendo durante el Miércoles de Ceniza y los viernes de Cuaresma. La Iglesia, como comunidad, acepta que este sacrificio es imprescindible cuando se intenta un acercamiento con la divinidad.

Otra expresión muy importante de sacrificio que se añadía al ayuno era la vigila, la privación prolongada del sueño. El largo tiempo dedicado a la oración sólo le permitía a Marina si acaso algunas horas de descanso a la semana. Durante la noche “rezaba oraciones y salterios [...] así como ofrecía vigiliyas y penitencias” (p.158). Incluso desde antes, cuando vivía en el mundo, Marina, que ya tenía la posibilidad de vivir con holgura, esperaba a que se durmiera su marido y “se pasaba a un tablón en que sin más abrigo que sus fervores pasaba la noche” (p.137).

El tercer paso, una vez debilitado el cuerpo por el ayuno y la vigilia, era desbaratar la carne. Esto se consigue con instrumentos diseñados especialmente para tal propósito, como los cilicios y las disciplinas, que eran obligatorios para todas las monjas durante determinado tiempo en el día, pero que las más santas, como Marina, llegaron a usar constantemente:

las piernas, brazos, cintura y muslos los condenó a un perpetuo cilicio de mordientes rallos [...] condenándose todos los días a tres rigurosísimas disciplinas, siendo las dos con instrumentos de cuerda y nervios y la ora con los ramales delgados de una cadena (p.195).

Además, existían las opciones de azotarse contra las paredes, ceñir la cabeza con coronas de espinas, dormir en el suelo y muchas más. Para castigar el cuerpo se utilizaba cualquier método al alcance, sugerido por la imaginación.

Pero, Marina no sólo atormentaba el cuerpo, sino que rebajaba su persona a tal extremo que en ocasiones entraba al refectorio “andando con pies y manos como si fuese bestia y arrastrando unas pesadas piedras” (p.195). El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, en su afán de imitar al Cristo de la Pasión, termina remedando un animal.

Es más, los ayunos, viglias, disciplinas y cilicios que atormentaban el cuerpo y las humillaciones a las que ella misma se exponía, no eran suficientes. Se necesitaba, también, doblegar el espíritu. En el convento Marina sufrió “tropel de persecuciones e injurias (p.153), además de mandarle que

por su mano y sin ayuda alguna, matase, desollase y descuartizase los carneros que se traían de provisión cada semana [...] y, pareciendo juguete esta ocupación se le añadió el que barrieran los corrales, limpiase los gallineros y aun el que purgase los lugares comunes y los inmundos vasos (pp.152-153).

Por otra parte, algunas monjas murmuraban en contra de ella, refiriéndose principalmente a su condición durante el tiempo que estuvo en el mundo. Como la mayoría de las religiosas procedían de familias de abolengo, miraban en poco la procedencia de Marina. Así mismo, la envidiaban enormemente por haber sido casada, mientras casi todas ellas se encontraban en clausura desde muy jóvenes y eran vírgenes: “motejábanle por su primero y segundo matrimonio de incontinente” (p.155).

El resentimiento de estas mujeres se derivaba de que, excepto en el caso de las viudas, no habían tenido la oportunidad de ejercer una sexualidad madura, cuyo desarrollo depende de sus experiencias en la vida, de la cultura en la cual vive y de la familia en que se educa” (Pines, 1991: 121). Las monjas enclaustradas no tenían más experiencia cotidiana de vida, cultura y familia que las contenidas dentro de las cuatro paredes del convento.

A lo anterior se añade un factor más en contra de Marina: su vejez. Aunque algunas religiosas envejecían en el convento, ella había entrado en él, y profesado, siendo vieja.

En la vejez la mujer ya no menstrúa y de acuerdo con la concepción medievalista que aún permeaba la época de Marina, esto podía tener consecuencias muy perjudiciales. Al no poder expulsar de su organismo la sangre superflua, considerada impura, perniciosa y con un poder destructivo, el cuerpo envejecido podía producir veneno (Shahar, 194: 163).

Así, su condición social, su experiencia sexual y su vejez se combinaban con las gracias que Dios le confería, cada vez con más frecuencia, para provocar toda clase de reacciones adversas contra ella: “Se acompañaban los desaires con risadas, con los empujones, las mofas y con los apodosos los vituperios” (p.155).

Las privaciones, el maltrato del cuerpo, las humillaciones y un estado mental alterado por arrobamientos y raptos, no podían quedar sin consecuencias. Las místicas visionarias eran víctimas constantes de enfermedades, las cuales se convertían en una forma más de ofrendar sus sufrimientos a Dios. En el caso de Marina, quien desde que entró al convento fue condenada a las más pesadas tareas, al trabajar como albañil “su edad mucha, su debilidad bastante, sus fuerzas ninguna [...], le llegó a faltar la salud con achaques graves” (p.148).

Conforme crecía su santidad, las enfermedades se multiplicaban a tal grado de no dejar resquicio a la salud. La religiosa así lo sufría, pues “lo menos era estar enfermísima lo más del año, hinchado el cuerpo y atormentado de pies a cabeza con indecibles dolores” (p.155).

Marina pasó gran parte de su vida con inmensos sufrimientos. Sin embargo, éstos no fueron la causa de su mayor dolor. Existió para ella, como para todos aquellos que aspiran a la santidad, un tormento aún mayor: las sequedades del alma, cuando Dios desaparece de su vida, le falta la oración y se siente abandonada. La monja experimentó encontrarse “totalmente desamparada de los favores del cielo y de los consuelos



suavísimos de su amado; faltóle después su continuo ejercicio de la oración [...] hallándose cuando más lo deseaba en una oscura noche, de que se le originaban a su alma congojas y sequedades” (p.156).

Por otra parte, casi todos los grandes santos han tenido, también, fuertes cuestionamientos respecto a su fe. Marina fue una excepción, pues a pesar de la ausencia de Dios, salió airoso de estos trances gracias a “su grande fe - acerca de la cual jamás padeció tentación alguna toda su vida -” (p.156).

San Juan de la Cruz, quien también experimentó estas sequedades, compara el desamparo que siente el alma ante la ausencia de Dios con la relación madre-hijo: “porque, como he dicho, sintiéndolos ya Dios aquí algo crecidillos, para que se fortalezcan y salgan de mantillas, los desarrima del dulce pecho y abajándolos de sus brazos, los deja a andar por sus pies” (de la Cruz, 1960: 489)

El Cristo destrozado de la pasión era la meta para quienes, como Marina, iban marcando en su cuerpo atormentado los sufrimientos por él experimentados. Ella, a diferencia de San Juan y Santa Teresa, no dejó libros escritos, pero sus experiencias quedaron igualmente grabadas. Para las místicas, “su largo padecer sólo termina cuando logran esculpir en su corporeidad la imagen acabada, prístina de la crucifixión” (Glantz, 1992: 147). Al final de su vida el cuerpo de la religiosa mostraba todas las marcas que la identificaron con el sufrimiento de su divino esposo.

Son muchos los castigos a los que se expuso y los sufrimientos que se infligió, pero en la vida de Marina también hubo grandes recompensas a sus padecimientos.

#### **4.- Portentos, maravillas y prodigios**

A causa de su estado de salud y a su necesidad de oración, a Marina se le concedió vivir en una torrecilla, “lugar muy a propósito para que, mediante su soledad, únicamente se

emplease en él a contemplar al amado” (p.158). Pronto comenzó a experimentar hechos extraordinarios:

una maravilla [era que] venían unas tras otras innumerables tropas de pajarillos y, formando entre las flores de las macetas una breve idea del terrenal Paraíso, le entretenían continuamente con su no aprendida y armoniosísima música. Quédase la ponderación de tan extraños prodigios a los que acertaren a expresar la fuerza del amor [de] Dios. Horrorizábanse aun sus mayores émulas con estos y otros no menores portentos (p.160).<sup>11</sup>

Como vemos, Dios le alegraba la vida con pequeños detalles, reproduciendo en su celda un microcosmos del paraíso que, de acuerdo con Sigüenza, era el convento de Jesús María.

Por otra parte, una constante en la vida de esta religiosa fueron las visiones que le permitieron acercarse a lo inaccesible para los demás mortales. Las visiones son experiencias en las que realidades invisibles, tales como Dios, la Virgen, los ángeles, los santos, el infierno, el purgatorio o el cielo, se vuelven accesibles a los sentidos físicos. Esto incluye también hechos distantes en el tiempo tanto pasado como futuro.<sup>12</sup>

Las visiones pueden ser místicas o proféticas. Las primeras se refieren exclusivamente a una persona en particular y a su crecimiento espiritual e individual, aunque no excluye el aspecto de la fama que tales visiones acarrear y, con esto, la posible veneración pública. Las visiones proféticas, por su parte, se dan para beneficio de la Iglesia en general.

Desde el punto de vista del vidente, la visión mística es siempre más intensa, pues influye más poderosamente en el cambio de su vida personal. Sin embargo, el efecto

---

<sup>11</sup> Algunos de los otros portentos a los que se refiere Sigüenza son la ciencia infusa universal, que permite a sus elegidos poseer un vasto conocimiento. (Rubial, *La santidad*, 1999: 101) Además, en ocasiones, se hace presente la bilocación, que consiste en la presencia simultánea de una persona en dos lugares diversos. Así mismo, puede haber levitaciones, la elevación espontánea del suelo y el mantenimiento en el aire del cuerpo sin ningún apoyo y sin causa natural visible.

<sup>12</sup>La iglesia católica acepta que la Revelación Pública concluyó con el *Nuevo Testamento*, pero Dios retuvo para sí la libertad de actuar en la historia humana bajo la dimensión escatológica. Así, él puede influir inspirativamente en la realización de la salvación en el momento presente de la historia. Una de estas formas es su comunicación con los hombres en imagen y palabra. La esencia de las apariciones y revelaciones privadas después de Cristo corresponde sustancialmente con una realidad salvífica (*Catecismo*, 1992: 27-29).

de ambas visiones debe ser la transformación de los creyentes a quienes los portadores del mensaje - los visionarios - dirigen su mensaje.

Lo anterior se cumple puntualmente en las visiones de Marina, que influyeron tanto para su crecimiento interior y el acrecentamiento de su fama, como para la mejora de la Iglesia, especialmente dentro del convento.

Para tratar de entender una visión, debemos considerar que la imagen visual es una sensación o percepción que refiere a muchos símbolos, los cuales, en el contexto religioso tienen la característica de transparentar lo eterno en lo temporal.

En una de sus primeras visiones, Marina es llevada a un lugar en el que se encontraban “innumerable ejércitos de escorpiones, serpientes, basiliscos y cuantos todos animales son temidos de los hombres por su veneno mortífero” (p.128).

La aparición de animales del bestiario medieval es un primer elemento que se repite, pues tiene una misión moralizante. Estos seres, tanto reales como imaginarios, proceden del mundo grecorromano, bizantino y persa. Posteriormente, son sacralizados, convirtiéndolos en portadores de virtudes o perversiones interpretadas alegóricamente y simbólicamente. La imagen lleva a cabo una transposición. Así, existen animales de signo positivo, como las aves; de signo negativo como las serpientes, o animales fantásticos como grifos, dragones, arpías, basiliscos y muchos más.

Igualmente, en estas visiones los sentidos se agudizan e intensifican. Marina oye “silvos y bramidos espantosos” (p.128) o la voz de Dios que la habla “con amoroso cariño” (p.129) y le da una vara para que hiera a los animales. Unas gotas de sangre de éstos le caen en las manos lastimándola como fuego. En otra, no sólo oye “armoniosos coros de ángeles [sino que aspira] olores y fragancias [y ve] variedad de vestidos” (p.182). Así, en estas experiencias se hacen presentes la vista, el oído, el olfato y el tacto.

Las visiones tienen alguna o varias constantes: ser transportada a otros mundos; la presencia de animales bellos o aterradoros; conversaciones con la divinidad y otros seres celestiales, y la percepción sensorial del entorno. Esta última llega acompañada de cánticos y estruendos; perfumes y olores nauseabundos; belleza y animales monstruosos; suavidades y asperezas de roca, azúcar o hiel. Sin embargo, la vista y el oído son privilegiados.

Como apuntamos, las experiencias referidas estrictamente al sentido de la vista son percepciones mediante los ojos corporales donde se distingue una realidad naturalmente invisible al hombre. Por ejemplo, durante las festividades del santísimo sacramento, Marina “no veía [...] las especies sacramentales, sino al mismo Cristo que se le manifestaba algunas veces como si fuese niño de cinco o seis años [...] pero muchas más [...] en su edad perfecta, con la misma apariencia y traje con que vivió en el mundo” (p.175-176).

El intento por precisar la edad del niño es un efectivo recurso literario que confiere verosimilitud al relato. Además, se advierte la influencia de la iconografía de la época, pues aunque no se describe ni el traje ni la apariencia de Jesús, ya adulto, ni aclara cuál es su edad perfecta, se acepta un modelo ideal como el verdadero.

Por lo que respecta al oído, las locuciones poseen gran importancia, pues permiten entablar diálogos. Las conversaciones de Marina con la Virgen son muy frecuentes. En éstas, generalmente, la Virgen le habla como la madre que ofrece ayuda o consuelo. En una ocasión en que se encontraba enferma, la monja vio a María, quien “inclinó sus misericordiosos ojos hacia la ella, diciéndole al mismo tiempo con cariño grande: ‘Marina, ¿quieres que yo te cure?’” (p.149). Esta es la voz de la madre pendiente siempre del bienestar de sus hijos.

En los diálogos con Dios, con María o con algún santo, se aprecian las distintas voces de los personajes involucrados. El narrador omnisciente da expresión a cada uno de ellos, otorgándoles diferentes registros y tonos. Dios Padre puede expresarse con gran ternura. En la visión ya referida, cuando se encuentra rodeada de animales, Marina ve en medio de ellos unos resplandores que "procedían del amado [...], el cual le dijo: 'Hija, no temas que aquí estoy'" (p.129). Cuando Dios habla a Marina con cariño, como en el caso anterior, se oye directamente su voz: "Marina, hija mía" (176). Sin embargo, cuando aparece el Dios temible y castigador, el narrador nunca cita sus palabras textuales: "Con una de aquellas espantables acciones con que se veneran con miedo sus ocultos juicios [y] levantando el temerosísimo azote de su poder" (p.143), le mandó la muerte a Juana, después de una terrible y súbita enfermedad. El autor evita darle voz a este Padre amoroso convertido en vengador. En otra visión, san Francisco llevó de la mano a la religiosa y le dijo: "Este lugar en que estás es el purgatorio". No parece el santo demasiado conmovido ante lo que ve, a pesar de que Marina se sobrecoge de espanto.

Sigüenza, pues, presta sus palabras a diversos personajes y confiere diferentes voces a quienes aparecen en su discurso, aunque aclara no estar siempre al tanto de lo que se dijo. Por ejemplo, cuando la religiosa se dirige a la prelada, el autor aclara que "sin no fue con las siguientes, serían sin duda con mejoradas razones" (p.151) con las que Marina habló. Después comienza un largo párrafo, escrito con belleza y oficio, que tiene la marca y la voz del gran escritor que es Sigüenza.

Por otra parte, cuando se oye la voz de Marina, el discurso empieza, generalmente, con exclamaciones: "¡Oh, quién fuese mártir!" (p.145); "¡Y qué mayor tesoro [...]" (p.162); "¡Oh, bien de mi alma! [...] ¡Oh, fuego suavísimo [...]! ¡Oh gloria mía!" (p.167); "¡Qué es aquesto!" (p.169). "¡Oh, inmenso amor! ¡Oh, soberano Padre de

amor! ¡Oh, imán efficacísimo de nuestras almas!” (p.169). Es más, aun las expresiones anteriores se repiten en todo el texto, presentando a la monja en un estado de amor exaltado, cuando se dirige a Dios, y con gran energía, cuando habla a las otras monjas para alentarlas a una mayor observancia. El celo por proteger a su amado, y sus palabras de amor hacia él, son expresadas con impetuosidad y arrebatamiento.

Aun los animales hablan. En una ocasión y ante la duda de estar haciendo lo correcto, un hermoso pájaro blanco y negro “le dijo con sus silvos: ‘Marina, Marina, sí, sí, sí.’” (p.183).

En las visiones de Marina se presenta, además, una situación muy interesante: aparecen diferentes personajes que atestiguan la estratificada sociedad colonial.

Aunque se le adormecieron los sentidos, velaba el alma, vio con ella una procesión de todas las religiones, a cuyas comunidades presidían sus fundadores; seguíanse innumerables multitudes de confesores subdivididos en coros según sus gremios, precediendo a éstos los profetas, los patriarcas y los mártires, y terminando todo con la Santísima Virgen y Cristo Nuestro Señor asistido por sus apóstoles (p.182).

Para las visionarias como Marina, los viajes místicos eran la única posibilidad de salir del encierro. Éstos les permitían transportarse a lugares distantes, conversar con otras personas y aprender diferentes cosas que hubieran sido impensables en su enclaustramiento. Así, el beneficio era doble. Por un lado, significaban un don especial de Dios, que las señalaba como ejemplo de santidad y, por el otro, las liberaba por momentos de la asfixiante confinación en la que se encontraban.

Ahora bien, los sufrimientos, las humillaciones, el sentimiento de abandono por Dios, las visiones, los raptos, no son experiencias aisladas. Una vez caminadas las etapas purgativa y contemplativa, la unitiva no está garantizada. El éxtasis de la experiencia unitiva es momentánea y no asegura su futura aparición, por lo que, una vez probado, se redoblan los esfuerzos para alcanzarlo de nuevo. Ya se conoce el placer inefable y su

búsqueda es más insistente por anhelada. Entonces, en medio de esta situación desesperada, aparece el enemigo.

El demonio, que incita a los hombres al pecado y busca su mal, está presente de una manera muy insistente en la vida de los místicos, necesitados de la tentación para probar su lealtad a Dios. “Bástele a cualquiera el ponerse solo en el camino de la virtud, para que desde ese punto se le declare el demonio por su enemigo” (p.170). A Marina se le presentaba constantemente. La distraía de sus oraciones; tocaba a su puerta; se reía de ella; le hacía gestos y visajes; le gritaba en los oídos, y enviaba a las monjas a su habitación para quitarle el tiempo de oración<sup>13</sup>.

También, el demonio le mandaba fuertes dolores, castigándola con la disciplina o tirándole el chocolate que era lo único que tenía por comida. Se le aparecía en el infierno, le pegaba hasta que se desmayaba y, en una ocasión, le dio un golpe con un jarro que le partió la frente. Intentó, inclusive, manchar su honra. En las noches se aparecía como un mancebo que se paseaba por la torrecilla para provocar rumores: “Parecía galán en extremo y cargado de plumas y relumbrones, comenzaron a escandalizarse y murmurarlo” (p.172). Pero su artimaña no resultó en contra de Marina, quien por su edad era inmune a este tipo de habladurías, sino más bien en contra de las otras monjas jóvenes.

Si el demonio fue un escollo en la vida espiritual de Marina, Dios, que siempre estuvo pendiente de ella, le concedió un aliado aquí en la tierra: Gregorio López.

---

<sup>13</sup> En esta último ejemplo se puede apreciar cómo la condición de Marina es similar al de Sor Juana, quien se quejaba de estar “escribiendo y venir una amiga a visitarme [...] Los ratos que destino a mi estudio [...] esos mismos les sobran a las otras para venir a estorbar; y sólo saben cuánta verdad es ésta los que tienen experiencia de vida común” (1994: 451). Marina responsabiliza al demonio; Sor Juana a las circunstancias. Un mismo suceso para dos religiosas muy diferentes: la mística y la escritora que anhelan un espacio vital para seguir sus vocaciones.

En el siglo XVI, a raíz de los excesos místicos de los alumbrados e iluminados<sup>14</sup> [se recomendó] el ingreso de los ermitaños a una de las familias regulares aprobadas” (Rubial, 1999: 94-95). Algunos vinieron a la Nueva España, donde la obediencia era más laxa. Uno de ellos fue Gregorio.

Es extraño que Sigüenza dedique a este personaje un capítulo entero. Su presencia, como guía y maestro de la monja, parece excesiva. Tal vez, entonces, la intención del autor criollo fue rescatar a otro peninsular aculturizado, quien, como Marina, alcanzó en estas tierras fama de santidad.

El anacoreta llevó una vida virtuosa, pues se dedicó a la contemplación y a las lecturas bíblicas y piadosas; ejerció la pobreza interior y exterior, la caridad, la fortaleza, la magnanimidad y la paciencia. Qué mejores cualidades podían pedirse para quien habría de convertirse en el amigo más cercano de Marina en este mundo.

A pesar de que casi siempre vivieron en lugares diferentes, se dio una gran comunicación entre ellos, pues cuando ya no pudieron visitarse físicamente continuaron viéndose en espíritu. Fue tan cercana su amistad que cuando murió, el

sábado 20 de julio de 1596, entre las 11 y las 12 horas del mediodía [...] en el mismo instante se le mostró a la V.M” (p. 182). Le avisó que ya se iba al cielo y platicó con ella de varias cosas. Al bajar al claustro una de las religiosas le dijo que Gregorio se encontraba muy malo y a punto de expirar. ¡Qué expirar ni que malo! - le replicó - nunca ha estado mejor que ahora que nada le duele (p.182).

Gregorio también se le apareció a Marina para decirle el día que ella iba a morir, lo que sucedió poco tiempo después. En uno de sus ordinarios arrobamientos, Marina vio a Dios con su

divino rostro tan en extremo airado y encendido, que bastara a quitarles súbitamente la vida a todas las criaturas si así le vieses, quejóse del poco caso que hacían los hombres de sus finezas y le manifestó que los muchos pecados de la

---

<sup>14</sup> Los iluminados o alumbrados aparecieron en Europa en los siglos XVI y XVII, pero fue en España donde florecieron. Éstos creían en una iluminación interior inspirada directamente por Dios y al margen de los medios de gracia dispensados por la Iglesia, una luz especial que los hacía aptos para la revelación y para la perfección. Con frecuencia, su doctrina tenía grandes errores teológicos, por lo que hubo muchos procesos inquisitoriales en su contra encaminados a extirpar este mal.



América [...] le necesitaban y compelián ya a castigarlos con penas graves (p.186).

Aparece de nuevo el Dios iracundo que reclama y amenaza, por lo que es imperioso arrepentirse y regresar al camino recto. De acuerdo con Sigüenza esta revelación, “a lo que yo puedo discurrir, le quitó la vida” (p.185) a Marina.

A principios de 1597 “comenzaron a correr pestilenciales vientos, inficionán-dose con ellos todo lo vegetal y sensitivo, padeciendo los hombres por esta causa enfermedades gravísimas [como] sarampión y dolores de costado. La gente de todos estados y edades moría” (p.187).

Efectivamente, entre de los siglos XVI al XVIII, grandes epidemias azotaron a las poblaciones. A la viruela, llamada la “gran lepra”, sucedió “la pequeña”, el sarampión. El tifus, que fue más grave y virulento que las dos anteriores, devastó gran porción del territorio de la Nueva España. (Trabulse, 1978: 1422). Marina y quienes habitaban el Convento de Jesús María no se salvaron de estas epidemias-castigo.

Al ver la religiosa los sufrimientos mandados por Dios y cómo, a pesar de esto,

persistían todavía los hombres en sus pecados supuesto que no había pausa en su horroroso castigo [quiso] dejar el mundo. Así se lo pedía a su querido Gregorio López, hasta que, en una de las muchas visitas que por instantes le hacía, le prometió solicitar con Dios Nuestro Señor el que lograrse su intento. Así lo hizo, consiguiendo de la divina majestad lo que le pedía (187).

La prelada del convento, Ana de la Concepción, enfermó. Marina le pidió a Dios la vida de la monja a cambio de la suya. Dios se lo concedió. Fue “herida en el costado con un dolor vehementísimamente agudo. Tres días [...] toleró este mortífero y gravísimo achaque [hasta que] se retiró a la enfermería para conseguir la salud eterna” (p. 188.) Murió el 17 de enero de 1597.

Además de sus dos maridos, de su hija y de su tercer esposo, Jesucristo, Marina tuvo el privilegio de gozar la experiencia de la amistad, tanto de Gregorio López como de su hermana en religión, Inés de la Cruz.

Marina de la Cruz, acompañada del sufrimiento y la oración, por una parte, y de la experiencia de la unión divina, por otra, termina su recorrido hacia la santidad. Pero, existe otra recompensa paralela a ésta. Un círculo más que se va dibujando dentro de las cuatro paredes del convento.

## VI HUMILDAD Y PODER

### 1.- Desprendimiento y autoridad

Sigüenza ya ha descrito prolijamente los prodigios y maravillas que Dios le concedió a Marina. Pero, con gran oficio, deja un capítulo final para mostrar otros dones, aún más singulares. El autor, consciente de que sólo “una vez muerta la aspirante a la perfección, se convierte en modelo” (Glantz, 1992: 148), concluye la biografía de la monja con las gracias que confirman su santidad.

Antes de entrar al convento, Marina ya había dado muestras de gran severidad con aquellas personas que agraviaban a Dios, pero, ya en clausura, aparece la principal característica de su personalidad: la combinación de una gran humildad, por una parte, y una gran valentía, por la otra, con las cuales encara a quienes ofenden a su amado.

Un soldado no se enfrenta inerme a sus enemigos y en el caso de la religiosa, las armas con las que Dios la proveyó fueron tan extraordinariamente eficaces que le permitieron salvar aun los más grandes obstáculos. El don de la profecía, el conocimiento de los pensamientos más ocultos, los milagros concedidos por su intercesión y mucho más, le dieron un gran poder que, como veremos, ejercía tanto dentro como fuera del convento.

Sigüenza está conciente de la contradicción entre la pobreza y humildad de Marina, y su ejercicio del poder, por lo que continuamente intercala en el texto reflexiones personales que suavizan estos extremos: “Oh, válgame Dios [...] que turbación sería la de la venerable M. considerando la gravísima carga que ponía su esposo Dios sobre sus flacos hombros!” (150). Esta carga significaba ejercer el poder para evitar las ofensas a su padre.

El relajamiento dentro de los conventos era una preocupación de confesores y directores espirituales. Los exhortos en contra de los malos ejemplos eran constantes y contra estas monjas relajadas, especialmente, se dirigía la santa indignación de Marina, quien con su pobreza:

era una muda y continuada reprensión a la que, quizás para tener dijes y juguetes con que adornarse, solicitaban las diversiones y correspondencias de seculares [...] ¿Cómo parecerá a los ojos de Dios una esposa cuya arrebolado el rostro, oprimidas las muñecas con pulseras, embarazados los dedos con las sortijas y toda ella tan ocupada de pies a cabeza de indecentes trastes que no parece si no tienda de buhonería o parador de platero? (p.199)

Ahora bien, la religiosa no era en absoluto una “muda reprensión”, pues llamaba la atención a sus hermanas que se dejaban llevar por este camino, situación que la hacía enormemente impopular. Una de las primera acciones que tomó fue avisarle a la prelada lo que Dios le había dicho muchas veces, que fuera la misma Marina la encargada de corregir las faltas que se cometieran en el convento.

Sigüenza, entonces, y ante la imposibilidad de repetir lo dicho por ella, aclara que “si no fue con las siguientes, sería sin duda con mejoradas razones” (p.151) con las que la monja había hablado. Así, tomando la voz de Marina, comienza un larguísimo párrafo en primera persona en el que asegura ser de “poco valor, mucha bajeza, grandes imperfecciones, [además de] indigna, vilísima y despreciable criatura” (p.151). A pesar de lo anterior, insiste que es voluntad de Dios valerse de ella para evitar los pecados en el convento.

El autor tampoco sabe cuál fue la respuesta de la abadesa ante el anuncio de Marina, pero asegura que a partir de entonces se convirtió “en un Elías”<sup>15</sup> (p.151). Siguiendo las indicaciones de Dios, y con su ayuda, la religiosa dejó el silencio de su celda y

---

<sup>15</sup> Yahveh le ordenó a Elías que saliera de dónde se encontraba y se dirigiera a oriente y él obedeció. Cuando tuvo hambre y sed Dios le concedió que no se le agotara la comida: “No se acabará la harina en la tinaja/no se agotará el aceite en la orza/hasta el día en que Yahveh/conceda la lluvia sobre la faz de la tierra. (Elías 17, 14)

emprendió una lucha contra quienes tuvieran comunicación con seculares, no observaran la regla o fueran tibias en sus ejercicios.

En un principio, Marina reprendía a sus hermanas en tono suave y se dirigía a ellas como “Hijas mías [...] Hijas de mis entrañas” (pp.156-157), tomando el papel de su madre y, por lo tanto, de quien podía corregirlas.

El problema fue que las dulces palabras con las que al principio las amonestaba se fueron convirtiendo en fuertes regaños, por lo que pronto varias religiosas empezaron a “escabrosearse cohibiéndole odio mortal” (p.152). El demonio, o el enemigo, como generalmente lo nombre Sigüenza, se aprovechó de esto y “llenó de quejas, de rencores y de murmuraciones [...] el convento todo.” (p.152) Además, debido al don de ver aun las más ocultas acciones y pensamientos, “la zaherían de bruja, de nigromántica y de hechicera”<sup>16</sup> y evitaban su presencia.

Con el tiempo, no sólo sus hermanas la insultaban, sino que la abadesa también respondió a la actitud de Marina humillándola. Esto provocaba que en ocasiones empezara a flaquear, pero entonces Jesucristo le recordaba lo mucho que él había sufrido durante la Pasión.

Una religiosa muy bella tenía numerosos devotos y, a pesar de la insistencia de Marina para que se corrigiera, no lo hacía, por lo que cayó en cama con una grave enfermedad. Viéndose en tales condiciones prometió enmendarse. Pero, una vez recuperada, sus amigas le insistieron que escribiera a los devotos que se habían preocupado por su salud, y la convencieron. Nuevamente, Sigüenza utiliza la exclamación para enfatizar el terrible castigo que recibiría: “¡Ah, pobre monja! ¡Ah

---

<sup>16</sup> Bruja: mujer que, según la opinión vulgar, tiene pacto con el diablo y por medio de éste hace cosas extraordinarias; hechicera: que practica el vano y supersticioso arte de hechizar [privando] uno a otro de la salud o de la vida, trastornarle el juicio o causarle algún otro daño en virtud de pacto hecho con el diablo y de ciertas confecciones y prácticas supersticiosas; nigromántica: perteneciente a la nigromancia [que es el] arte vano y supersticioso de adivinar lo futuro evocando a los muertos (*Diccionario de la lengua...*,1970)

esposa del que tiene por uno de sus títulos el ser celoso. [Él], descargando el azote temerosísimo de su ira [...] le quitó la vida.” (p.161)

Como Marina se dolió mucho de lo anterior, Dios la consoló asegurándole que la monja no se condenaría.

Frecuentemente, los milagros concedidos por intercesión de los santos no aseguran la vida, pero sí la salvación del alma. Dios, que ejerce “el rigor de su divina justicia” p.297), cambia la condenación eterna “con pena temporal de purgatorio” (p.207). Mueren arrepentidos y confesados. No les es perdonada la vida terrena pero, gracias a Marina, se les concede la eterna.

La propia Marina se admiraba de tantas gracias como su Padre le concedía, pues, humilde como era, se consideraba falta de méritos. Sin embargo, Sigüenza afirma que: “no era posible que el edificio de sus prodigiosas virtudes descollase tan eminentemente [...], si primero no se hubiera cimentado sobre su profundísima humildad” (p.157). Esta humildad, es importante anotar, siempre estuvo directamente ligada a los dones recibidos de Dios.

## **2.- Pobreza de espíritu**

Para entender la fuerza que mantenía firme a Marina ante tantos contratiempos, son imprescindibles las reflexiones del autor sobre la humildad.

No es humildad la pequeñez contemptible del corazón humano [...] como ni tampoco lo es el encogimiento que en algunos reina y que les estorba se atrevan a empeños grandes; menos lo es andar con una postura enfermiza, compungida y triste, usando de palabras y de vestidos remendados de paños; ni lo es [...] el carecer de gracia y habilidades, o el encubrir las que se tiene porfiadamente. Niñería es todo esto, pusilanimidad, cobardía, bajeza y miedo [...] El verdadero humilde [es] el que evacuándose absolutamente a sí mismo del amor propio, no halla razón que le persuada ser lo que él obra en cualquier cosa lo más perfecto. La humildad es un profundísimo conocimiento de que nada es nuestro en nosotros, sino el albedrío. La humildad es - como la define S. Agustín - una pobreza de espíritu voluntaria. [...] No es humildad la que sólo se reduce al

desprecio propio, sino la que, por este medio aspira a hacerse preciosa a los ojos divinos (pp.199-201).

Aunque ya Sigüenza nos ha hablado sobre la pobreza extrema de Marina y su sumisión al consejo de los confesores, insiste en la humildad como una actitud de desprendimiento interior que da fortaleza a quien la practica: la pobreza de espíritu. Me parece interesante analizarla, por las diversas interpretaciones que se le ha dado.

En la composición de la Biblia hubo tres idiomas: el hebreo, el arameo y el griego. El hebreo es la lengua de la mayor parte del Antiguo Testamento. El arameo sólo se halla en algunos capítulos (*cf.* Esdras, Daniel, Jeremías y Génesis), pero, sin duda alguna ha sido la lengua original de varios escritos que sólo se han conservado en griego [...], lengua en la que se escribió todo el Nuevo Testamento (Ferreira, 1996: 63).

Tanto en el *Antiguo* como en el *Nuevo Testamento*, aparece con mucha frecuencia la palabra “pobre” y también la palabra “espíritu”. En hebreo, la palabra *ruah* significa el espíritu como una fuerza vital y no como una abstracción separada del cuerpo físico. La combinación de estas dos palabras las dice Jesús, quien hablaba arameo, en el Sermón de la Montaña, y son recogidas y escritas en griego por Mateo: “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos” (5, 4).

Ahora bien, en hebreo existe una relación entre pobreza y humildad. En los textos de Qumrán se encuentra la expresión “espíritu de pobre” (*anwey ruah*) equivalente hebraico de la expresión griega de Mateo *ptojos to pneumat* (Domínguez: 4). Por otra parte, Dupont dice que en los salmos “los *anawim* son los “justos”, los “piadosos”, los “inocentes”, “los que buscan a Dios”, “los que aman su nombre.” Este mismo autor, más adelante, aclara que la traducción real de pobres de espíritu es la de “pobres con espíritu” (Dupont, 1981: 12-14).

La traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas, que se hizo en la segunda mitad del siglo pasado, es directamente del hebreo, arameo y griego, pero Sigüenza y Góngora leía la Vulgata en latín, donde dice *pauperi in spiritu*.

---

Como vemos, entonces, esta pobreza de espíritu puede tener al menos dos acepciones: como desprendimiento y también como la pobreza con el espíritu vital de la *ruah* hebrea.

La humildad, entendida como pobreza con espíritu, trae aparejado una fuerza que otorgó un gran poder a la monja. Un poder *de facto*, pues no solamente se sentía en la obligación de reprender a sus hermanas, sino que, con la autorización y el mandato nada menos que de Dios ejercía control dentro y fuera del convento. Se atrevía a llamar la atención incluso a virreyes y arzobispos, aunque reiterara “la humildad profunda, con que se reconocía inferior a todas, [por lo cual] padecía en su espíritu extraordinarias congojas” (p.150).

La religiosa tenía un “despreciable concepto de sí [...] persuadiéndose ella la más delincuente criatura que habitaba el mundo”, (p. 201). Sigüenza de nuevo afirma “¿Qué sentiría en su alma verse necesitada por el mandato de Dios a sindicar y corregir a sus hermanas de sus defectos!” (p.201).

Una religiosa guardó uno de sus cabellos - seguramente como futura reliquia - y Marina la reprendió diciéndole “Qué disparates son los tuyos [...] qué desatinos [...] para qué guarda cabellos míos? ¿Es posible que ignoras ser yo la más vil, la más ingrata, la más pecadora de todas cuantas criaturas hay en el mundo?” (p.202). La inmensa humildad de la monja, que la inclinaba a gran silencio y ocultamiento, era precisamente la razón por la cual se le concedían los dones que le daban fama.

Curiosamente, Marina no sólo estaba interesada en la salvación eterna, sino también en otro tipo de salvación: la de la honra. Su apoyo a las mujeres en el “mundo” contradice la vigilancia de la religiosa al estricto proceder de las monjas en su convento. A una mujer la mandó llamar para que fuera a verla, cosa que no hizo. Le insistió diciéndole que estaba en peligro, por lo que se molestó. Aun así, la llamó por tercera



vez, persuadiéndola que fuera a verla “si no quería perder la vida del cuerpo y también del alma.” (p.208)

Al llegar esta señora al torno, Marina le advirtió que su esposo, ausente por largo tiempo, se encontraba a sólo dos cuadras de su casa, por lo que tenía que apresurarse a despedir a su amante que ahí se encontraba. La mujer hizo “cuanto le mandó sin dilación alguna, de tal manera que, apenas había torcido la esquina de la cuadra el cómplice de sus pecados, cuando llegó el marido” (p.208). Interviene no sólo para la salvación del alma de la adúltera, sino, también, en una forma de encubrimiento que le permite salir impune de su adulterio.

Por segunda vez aparece una mujer casada en problemas. Su marido se encontraba de viaje por lo que “se descuidó la mujer y quedó preñada. Estando, como dicen, fuera de cuenta y por eso imposibilitada de encubrir su culpa, recibió carta de su marido en que le avisaba [...] llegaría sin falta la inmediata noche” p.220) Va la mujer en busca de ayuda con Marina, quien, después de reprenderla, le aseguró que “ni vendría su marido cuando había escrito, ni la hallaría como estaba entonces.” (p.221) Así sucedió, pues el marido tuvo que regresarse al lugar de donde venía por unos papeles. Su mujer, “ya fuese por el susto [o] por haber llegado el preñado a su madurez o porque las oraciones de la V.M. Marina le aceleraron el tiempo, parió luego la mismo noche y dentro de cinco o seis días llegó el marido” (p.221). Ante este milagro queda la duda de lo que pasó con el niño, y cómo explicó la esposa la presencia de éste en su casa. El autor no lo aclara, pues lo importante es que, por la intercesión de Marina, dio a luz antes de que la viera embarazada el esposo.

En otra ocasión. “una noble matrona [...] solicitaba poner en estado una hija suya con cierto mancebo.” (p.217) Poco después Marina le asegura que ya había “encomendado al Señor su negocio” y que se lo concedería. Así fue, en efecto, a pesar de que el joven

en cuestión se inclinaba a la religión, “que no consiguió [...] sino el estado de matrimonio [...] en que vivió con mucho ajuste como negociado por tal mano” (p.217). Como se ve, Marina se atreve, incluso, a “robarle” a Dios al joven, para dárselo al mundo.

Marina, esposa y madre que vivió cincuenta años en el siglo, tiene una clara inclinación por ayudar a los matrimonios: ya sea para que se lleven a cabo, o para evitar conflictos.

### **3.- *Dones***

Dios premia a aquellos que como Marina dedicaron toda su vida a servirlo y amarlo “no sólo en la muerte con su eterna gloria, sino aun retornándole en la vida con muchas mejoras los aprecio, la honra y la estimación que en las aras de su humildad le sacrificaron” (p.212).

Pero los dones concedidos a Marina no sólo la ayudaron a enmendar la conducta de quienes pudieran haberlo ofendido, sino, también, a facilitar sus muestra de amor a Dios, “admirándose ella misma de lo que razonaba, que solía ser en versos suavísimos y elegantísimos” (p.169).

Para comunicarse con su amado le fue concedido el don de la poesía. La voz del autor habla por Marina: “¿Qué es esto! [...] ¿Quién me ilustra mi entendimiento rudo y le sugiera semejantes palabras a mi torpe lengua? ¿Quién puede ser sino vos, ciencia infinita, elegancia infinita; sabiduría infinita. Dios inmenso, de donde sale y a donde se refunde como en su origen y principio cuanto se admira bueno?” (p.169). Desde luego, ese quién también puede ser Sigüenza y Góngora, el poeta.

Desde luego, los dones que mayor autoridad otorgaron a Marina fueron aquellos que podían influir en los acontecimientos que afectaban a otros seres humanos. Tal es el

caso de la profecía. En una ocasión, y gracias a que la monja lo había profetizado, salvó al convento del fuego, alertando a sus hermanas con anticipación del incendio. En otra, la madre Inés de la Cruz, enferma, pensó que se moría, por lo que pidió a Marina la encomendara en sus oraciones. Ella le contestó que no podía morir pues estaba destinada a ser fundadora del Convento de San José de las Carmelitas descalzas, lo cual se cumplió.

El nombramiento de abadesa en el convento de la Limpia Concepción de Nuestra Señora tardó más tiempo de lo esperado, pues “por la igualdad de los votos, por contradicciones y parcialidades o por qué sé yo, se había gastado hasta más del mediodía, cosa que tenía a todos los que lo sabían muy cuidadosos” (p.216). Debido al derecho a voto de las religiosas, con frecuencia se formaban grupos que favorecían a una u otra monja en particular, los cuales trataban de allegar a sus filas a las contrarias, lo cual ponía al convento en un estado de gran tensión.

Marina, “no asistía a los corrillos donde se platicaba [...] ocupada en el retiro de su celda” (p.206). Finalmente, la religiosa se acercó a sus hermanas para congratularse del resultado de la elección. Ellas se rieron, pues sabían que ésta no estaba aún decidida. Poco después, sin embargo, se dieron cuenta de que Marina había sabido con anticipación lo que iba a suceder.

El autor aguza su mirada crítica y nos permite asomarnos a las maquinaciones dentro del claustro, los chismes, las calumnias, las pequeñas traiciones, los cometarios insidiosos y las deslealtades. La política dentro del convento, y fuera de él.

Pero no todas sus profecías fueron espectaculares. A un joven que le niegan una beca Marina lo consuela diciéndole que de todos modos la conseguirá “antes de muchos años” (p.217). No sabemos si esto se cumplió, pero ilustra que la monja no hacía distingos en cuanto a las causas que beneficiaba con sus dones.

El doble discurso es constante. Por un lado, insiste en la pobreza de espíritu que inclinaba a Marina hacia “los más humildes empleos” (p.147), mientras, por la otra, realza los atributos que sólo le corresponden a la divinidad.

Así, con el don de conocer “aun las más ocultas acciones y pensamientos” (p.212) a Marina le fue concedido el privilegio de que “no ignorase cosa alguna de cuando hablaban las monjas aun en los más ocultos retiros” (p.213), de manera que podía reprenderlas por cualquier mínima relajación. A las monjas “distráidas”, Marina las hacía regresar al buen camino y a la virtud. Esta facultad le dio un gran poder, que ejerció “hasta [con] uno de sus confesores [a quien] le reveló cosas tuyas muy ocultas y dignas de enmienda” (p.213).

Marina no ocultaba sus dones. A pesar de sus repetidos gestos de humildad, le dijo a una religiosa: “Para qué me encubres cosa [...] pues lo sé todo” (p.213). Está muy consciente de su poder. No es difícil imaginar a las jóvenes monjas enclaustradas - cuyo entretenimiento era vestirse y adornarse, fumar, tener mascotas y dedicar los pensamientos a sus devotos - salir como pájaros en vuelo, con sus hábitos al aire, cada vez que se encontraban con Marina en los pasillos. Ellas evitaban su “presencia con ceremonias y melindres como de quien tenía pacto con el demonio” (p155).

Sin embargo, y a pesar de que había demostrado sus grandes dones, no todos los consejos de Marina eran escuchados y, en ocasiones, esto traía terribles consecuencias. Una criada fue enterrada el mismo día de su muerte, por ser víspera de una gran celebración que tendría ocupado al convento. Marina bajó al lugar de su sepultura y avisó que no podían hacer esto por estar aún viva. En vista de las ocupaciones que aguardaban a las monjas no habían llamado al médico para certificar su muerte, por lo que trataron de convencer a Marina mostrándole la frialdad del cuerpo

y el largo tiempo que había pasado desde su muerte. Así pues, la enterraron. Al día siguiente encontraron removida la tierra de la sepultura y al cadáver en diferente postura a la que fue enterrado. La explicación a este hecho es que sufrió de un “paroxismo que le tenía suspensos los sentidos y operaciones vitales” (p.215) y al volver de él murió asfixiada en su tumba.

La narración de estos casos está cuidadosamente dosificada, para ir creando un suspenso que poco a poco nos introduce a un mundo de pesadilla. Sólo un ejemplo más de este tipo de relatos. Comienza el mismo con un sustantivo agresivo y unos adjetivos que denotan sufrimiento: “la violencia de una enfermedad gravísima y modestísima (213)” de una monja que estaba al final de su vida. Así, en pocas, pero contundentes palabras, el autor nos enfrenta al dolor que precede a la muerte. En estas circunstancias, la religiosa es atacada por el demonio. El autor se detiene para narrarnos con prolijidad la forma como la enferma comenzó a flaquear y estuvo a punto de caer en la tentación. Y aunque “veía todo esto la V.M. desde su celda” (p.214), sólo al último momento bajó a la enfermería para ahuyentar al enemigo.

Sigüenza maneja este relato con gran oficio. Empieza con una descripción de terrible sufrimiento que va subiendo de intensidad, alcanza el clímax con la aparición del demonio, nos deja respirar un poco y, finalmente, llega al desenlace esperado de la victoria de Marina contra el mal.

Por otra parte, entre los dones concedidos a la religiosa, no podían faltar los milagros, la prueba pública más fehaciente de la santidad de quien por su intercesión son concedidos. “El relato [de una vida ejemplar], se reparte esencialmente entre un tiempo de pruebas (combates solitarios) y un tiempo de glorificaciones (milagros públicos): pasa de lo privado a lo público” (Certeau, 1992: 249).

Es notable la forma en que el autor, conciente de los anterior, aclara: “ya no le falta a nuestra V.M. Marina de la Cruz sino hacer milagros.” (p.219) Así, y siguiendo el orden establecido por un gui3n frecuentemente repetido, ella los concede durante su vida, pero, especialmente, despu3s de muerta.

Con motivo de una epidemia de dolor de costado y sarampi3n, no era posible encontrar en la ciudad qui3n terminara un crucifijo, por lo que se lo encomendaron a Marina. En poco tiempo, y sin ayuda alguna, el crucifijo fue terminado y puesto en el altar. Esto, “con bastante fundamento se le atribuy3 a milagro” (p.220).

A su muerte, muchos de los milagros est3n relacionados con las reliquias atesoradas por sus fieles. Ana de la Concepci3n y otra religiosa sanaron al aplic3rsele la toca de Marina a un costado. Para el alivio de un hermano de In3s de la Cruz s3lo fue necesario ponerle un pedazo de esa misma toca, la cual fue aprovechada tambi3n por su padre, que se aplic3 al est3mago la reliquia y pararon de inmediato los dolores que padec3a. Otra religiosa ten3a una llaga en un dedo del pie que le imped3a usar zapatos y, menos a3n, caminar. Se le aplic3 un pedazo del h3bito de Marina y sana, se pone los zapatos y camina por todo el convento.

En ocasiones, para ilustrar mejor la grandeza del milagro, el autor llega a extremos de espeluznante exactitud, o de calculada hip3rbole barroca. Tal es el caso de otro hermano de In3s a quien le dieron

con un cuchillo carnicero tan horrorosa herida que, dividi3ndose las costillas, se le ve3a por entre ellas el coraz3n. Era tanta la sangre que por ella arrojaba. que no daba lugar [...] ni aun a que comenzase el cirujano su curaci3n, por lo que para que no muriese sin sacramentos fue necesario cos3rsela como mejor se pudo [...] Con esta diligencia le acudi3 al coraz3n la sangre caus3ndole tales ansias que por instantes parec3a se le arrancaba el alma” (p.222).

Se acord3 su padre de aquella reliquia que hab3a ya aliviado a otro de sus hijos y tambi3n a 3l, y se la puso sobre la herida. A los nueve d3as estaba completamente sano.

La lista de los milagros concedidos por la intercesión de Marina, de los cuales presentamos sólo algunos ejemplos representativos, es larga y variada: encamina hacia la virtud; sana enfermos; evita la condenación eterna; convierte a pecadores; previene catástrofes, e inclusive, como ya vimos, alerta a adúlteras.

El autor, quien ya nos mostró a Marina joven, casada, madre, viuda, monja mística, humilde y poderosa, finaliza su biografía nombrando la genealogía que comienza con sus padres, algunos de sus hermanos y de sus sobrinos, entre los que se encuentra quien también da brillo a su descendencia indirecta y realza el criollismo de su linaje: Juan Pérez de Peraleda, casado con Ana Cortés, hija de Juan el Grande y doña Francisca Cristina, ésta última hija de D. Francisco Verdugo, Quetzalmamalitzin, cacique del pueblo de S. Juan Teotihuacan y nieta de Nezahualpiltzintli, rey de Texcoco.

De esta manera, Sigüenza cumple con su cometido: presentar al Convento de Jesús María como un Paraíso donde era posible encontrar grandes ejemplos de santidad, como el de Marina, en quien se constata que Dios premia a quienes se entregan a él por completo. El ejercicio de las virtudes tiene una recompensa. Los dolores traen consigo el gran placer del éxtasis místico. La humildad otorga dones excepcionales. La pobreza allega riqueza espiritual. La vida de enclaustramiento se sobrepone a las paredes del convento, atrayéndoles gran fama.

## CONCLUSIÓN

Durante los siglos XVI y XVII, cuando llegaron a la Nueva España las religiosas pertenecientes a diferentes órdenes, comenzó una nueva etapa en la construcción del México colonial. La presencia de quienes estaban destinadas al encierro de la clausura impulsó la multiplicación de los conventos de mujeres.

El convento concepcionista de Jesús María surgió en un mundo inmerso en la religiosidad, ávido de relatos de santos, poblado de ángeles y demonios, atento a sermones y elegías, afecto a peregrinaciones, creyente fervoroso en los milagros, barroco y, por tanto, hiperbólico, paradójico y pleno de portentos y maravillas.

El *Paraíso Occidental*, que escribió Don Carlos de Sigüenza y Góngora, es más que una crónica de la construcción y fundación del templo y el convento, o de las biografías de algunas monjas venerables que ahí vivieron. Es historia y es leyenda, es literatura e imaginación. Es un retrato costumbrista y también es profundamente religioso.

Al escribirlo, el autor se encontraba ante el colorido mosaico formado por la convivencia de españoles, indios, mestizos, negros y castas. Sus sentidos se enriquecieron con la variedad de estilos y sabores de la comida; con las diferentes formas de vestir de sus habitantes; con las costumbres de su época. Observó tanto las prácticas populares de la religión católica, como el sincretismo de las antiguas religiones. El hombre y su obra, pues, se fraguaron en unas circunstancias extraordinarias.

Por otra parte, y motivado por su firme voluntad de legitimar la historia antigua de México dentro de la historia universal, Sigüenza, el autor criollo, se empeña en encontrar las coincidencias que insertan su presente en el pasado prehispánico. La



combinación de dos etapas que amalgaman el mundo en el que vive y que lo define. Él mismo aclara que el gran amor a su patria lo ha llevado a investigar su historia.

El autor rescata la memoria de las doncellas que asistían en el templo, las cuales, a imagen de las monjas del convento, se encontraban ahí por devoción o por voluntad de sus padres, además de para resguardar su honra.

Más adelante, Sigüenza trae a colación otra coincidencia muy especial. Parte del convento de Jesús María fue construido en la que fuera casa de la Malinche.

Finalmente, al presentarnos la genealogía de Marina de la Cruz, realza el criollismo de la descendencia de su sobrino Juan Pérez de Peralda, casado con Ana Cortés, nieta de Quetzalmamalitzin, cacique de Teotihuacan y bisnieta de Nezahualpiltzin, rey de Texcoco.

La construcción del templo y del convento, surgida de la inquietud de Pedro Tomás de Denia, por otra parte, explora el universo del hombre que suplió su falta de recursos con una gran tenacidad, persuasión y valor. Personaje casi épico, de la nada hizo realidad un difícil sueño, se entrevistó con caballeros y arzobispos, cruzó el océano para ir a España y a Roma e, incluso, se entrevistó con el rey para lograr su propósito. Al final, sin embargo, el ser humano termina derrotado, no por el destino, sino por sus propias debilidades.

El recorrido de Pedro Tomás, estructurado con relatos plenos de aventuras, nos presenta un escenario por el que desfilan la nobleza y el clero, la riqueza y la miseria, las plazas y los callejones, los criollos y las castas, las iglesias y los palacios. Es un mosaico de la vida novohispana y de su estratificada sociedad, sus fiestas y celebraciones, la política y el comercio, su vida y sus voces.

La gran preocupación de Pedro, muy presente en la sociedad en la cual vivía, era la salvaguarda de la honra de las jóvenes solteras empobrecidas, hijas de los conquistadores.

La honra de las mujeres de la época tenía que ver directamente con su comportamiento frente a cualquier asunto que develara su cuerpo e hiciera patente su sexualidad. Entonces, la explosión hacia el exterior de las espléndidas construcciones que las enclaustraban, estaba cimentada en la virtual desaparición de la corporeidad de sus habitantes.

A finales del Siglo XIII, cuando se comenzó a percibir el fenómeno de una feminización de la santidad, apareció en los conventos un nuevo tipo de religiosas visionarias. El encierro, que les impedía el contacto físico con el mundo exterior, propició que muchas de ellas volcaran sus inquietudes hacia el interior. Esta religión se manifestó en una vida de gran ascetismo cuyo fin principal fue la destrucción de la carne, a imagen del Cristo de la Pasión.

La manifestación de este tipo de religiosidad se hizo patente en una forma de representación interior espectacular que forjó sueños, raptos y arrobamientos en los que, con frecuencia, se presentaba el éxtasis místico que surge de la unión absoluta con Cristo.

Ahora bien, un texto como el que nos ocupa tiene, en este momento, al menos dos lecturas paralelas. La del creyente lector novohispano de los siglos XVI y XVII y la del desacralizado lector del siglo XXI.

Visto a partir de las diferentes disciplinas surgidas durante más de tres siglos, las visiones, sueños, raptos, éxtasis y arrobamientos serían consecuencia de problemas de histeria; del ayuno anoréxico; de la autoflagelación masoquista; de las migrañas a las que preceden luces; de la epilepsia que distorsiona el cuerpo; de la libido reprimida que

se encauza hacia un loco amor por Dios, o de la imaginación desbordada de estas mujeres encerradas de por vida. Esto puede ser verdad.

Pero existe otra verdad: la fe. Para quienes la poseen, la fe propone un sólido cimiento sobre el cual construir su vida. Sin embargo, es también un terreno difícil de transitar porque no tiene explicación sino en sí misma. La fe no es una creencia. Es una certeza. Es haber experimentado la presencia de la divinidad en la vida cotidiana.

Los personajes que desfilan por el *Paraíso Occidental*, comparten una fe inamovible, reforzada por el espíritu de la Contrarreforma.

Marina de la Cruz, cuya biografía inaugura las vidas de monjas, afirmó haber experimentado un encuentro personal con Dios.

Los avatares de la sorprendente existencia de esta joven peninsular, aculturizada en la Nueva España, esposa y viuda dos veces, madre que presencié la muerte de su hija y religiosa que en sólo nueve años de clausura se convirtió en modelo de santidad, ofrecen una lectura excepcional.

Una mujer que vivió en el siglo XVI afirma haber tenido experiencias inexplicables para estos tiempos de aparente escepticismo ante lo sobrenatural. Aparente, porque aquí están todavía las peregrinaciones, las novenas, las promesas, las juras, las imágenes de santos, cristos y vírgenes y los milagros concedidos por su intercesión en forma de corazones, de piernas, de manos de oro, de plata, de cobre. Las partes del cuerpo recuperadas y los metales que indican el grado de riqueza o esfuerzo para agradecerlo.

Las formas populares de culto no han variado mucho. La forma de expresar la fe tampoco. Así, las manifestaciones de esta fe que no son posibles desde la razón, fueron, y siguen siendo posibles, desde la fe.

Por esto, la vida de Marina y los portentos, maravillas y prodigios que Sigüenza nos relata pueden ser admitidos como verdades absolutas o como enteleguías.

Así, un análisis académico elaborado en el siglo XXI, que incluya las circunstancias y certezas del momento y el lugar en que los hechos narrados sucedieron, no debe pasar por alto la presencia de la fe, especialmente si aceptamos que diferentes disciplinas expresan diversas verdades y que una de ellas es la verdad religiosa.

Sigüenza estructura este texto desde lo superficial y visible, la construcción del templo y convento de Jesús Maria, para terminar con lo más íntimo del corazón de Marina. Al final, la narración exteriorizará su vida con el recuento de los milagros concedidos por su intercesión. Es como una esfera de marfil hindú trabajada desde fuera con delicada filigrana para elaborar otra esfera en su interior y dentro de ésta otra más. Las cajas chinas o las matrioscas rusas no pueden representar esta estructura, pues, al ir las abriendo, cada elemento se sostiene por sí solo. En las esferas de marfil, como en el texto de Sigüenza, aunque las partes son independientes no pueden traspasar sus fronteras. La construcción del texto, como la del templo y convento, sólo tiene razón de ser por la calidad de quienes alberga en su interior. Sin esto, su propósito se vacía de contenido.

El templo resguarda la Eucaristía donde se encuentra Cristo. El convento custodia a sus esposas, las monjas. Ellas, a su vez, son excepcionales por las transformaciones que se llevan a cabo en la intimidad de su espíritu y que les permiten el contacto directo con la divinidad. El texto, por su parte, abriga entre sus hojas la memoria de los extraordinarios acontecimientos narrados y los perpetúa.

A ejemplo de los caballeros de la Edad Media que lucharon por la recuperación de la tierra santa, Marina, mujer humilde más no pusilánime, armada con las extraordinarios gracias que Dios le otorgó, se lanzó a una cruzada personal en contra de la relajación de las monjas del convento y de quienes ofendían a su Padre.

La religiosa vivió en la pobreza del despojo absoluto, pero practicó también la pobreza con espíritu que conlleva la fuerza y decisión indispensables para luchar contra el pecado. Para esta empresa le fueron concedidos los dones de profecía, conocimiento de los pensamientos íntimos, visiones y trato directo con Dios, lo que le dio la oportunidad de ejercer el poder de una forma difícilmente imaginable en mujeres de su condición. La humildad y el poder espalda con espalda.

Así, la humildad fue el instrumento del que se sirvió esta monja encerrada de por vida, para ejercer influencia, lograr un lugar en el mundo, prestigio en la sociedad, fama dentro y fuera del convento y detentar un poder real ejercido gracias a los atributos adicionales que ésta le confería. Le permitió dirigirse sin miedo, y hasta con temeridad, no sólo a sus hermanas religiosas, sino a arzobispos y virreyes y lograr ser escuchada, obedecida y temida.

*El Paraíso Occidental* de Sigüenza y Góngora nos permite asomarnos al mundo que giraba alrededor de una de las extraordinarias construcciones que fueron los templos y conventos novohispanos. Al mismo tiempo, nos lleva al interior de una mujer, modelo de santidad, cuya vida también puede leerse como modelo del poder ejercido desde el encierro, escondido en pobrísimas celdas y guardado en herméticos conventos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALAMÁN, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano*. Méjico, Imprenta de D. José Mariano de Lara, 1984-1849.
- ALEGRE, Francisco Javier, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, nueva edición por E. J. Burrus y F. Zubillaga. Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu, 1956-1960.
- A rouge list or rare Works relating to North and South America, chiefly from the Library of the Late Emperor Maximilian's First Ministry*. Méjico, offered for sale by Benard Quaritch, 1880.
- BAJTIN, MIJAIL, *Problemas de la poética de Dostoievski*, trad. Tatiana Bubonova. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- BALBUENA, Bernardo de, *Grandeza Mexicana*. Méjico, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1992.
- BANCROFT, Hubert H., *History of Mexico*. San Francisco, The History Company, 1890.
- BERISTAIN, Helena, *Diccionario de retórica y poética*. Méjico, Editorial Porrúa, 2006.
- BERISTÁIN Y SOUZA, José M., *Biblioteca hispano-americana septentrional*. Méjico, Ediciones Fuente Cultura, 1947.
- Biblia de Jerusalén*. Bilbao, Desclée de Brower, 1975.
- BORÁGINE, Santiago de, *La leyenda dorada*, trad. del latín de fray José Manuel Macías. Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- BRADING, David, *La Virgen de Guadalupe: imagen y tradición*. Méjico, Taurus, 2002.
- BRAVO ARRIAGA, María Dolores, *La excepción y la regla*. Méjico, UNAM, 1997.
- \_\_\_\_\_, *El discurso de la espiritualidad dirigida*. Méjico, UNAM, 2001
- \_\_\_\_\_, “La vida y virtudes del padre Antonio Núñez de Miranda” en *Saber Noviohispano*, Anuario del CNE, 2. Méjico, Universidad Autónoma de Zacatecas, 1994.
- BOTURINI, Lorenzo, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*. Madrid, Juan de Zúñiga, 1746.

- BUSTAMANTE, Carlos María de, *La Aparición Guadalupana*. México, 1843.
- CABRERA Y QUINTERO, Cayetano de, *Escudo de armas de México... María Santísima en su portentosa imagen del mexicano Guadalupe*. Edición facsimilar de Víctor M. Ruiz Naufal. México, IMSS, 1981.
- CAMPOS, Araceli, *Oraciones, ensalmos y conjuros mágicos del Archivo Inquisitorial de la Nueva España*. México, el Colegio de México, 1999.
- CARABAJAL ESPINOSA, Francisco, *Historia de México desde los primeros tiempos de que hay noticia hasta mediados del Siglo XIX*, 2 vols. México, 1862.
- CARRASCO, Pedro, "La sociedad mexicana antes de la Conquista" en *Historia General de México*, 2 t. México, El Colegio de México, Harla, 1987.
- CASAS, Bartolomé de las, *Colección de Tratados*. Buenos Aires, 1927.
- Catecismo de la Iglesia Católica*. Madrid, Asociación de Editores del Catecismo, 1992.
- CERTEAU, Michel de, *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1982.
- \_\_\_\_\_, *La fábula mística*. México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel, "La narrativa colonial en cuatro obras escogidas", tesis doctoral inédita. *Dissertation Abstracts Internacional*, 34, 1974.
- CHASTENET, Jaques, *Historia de España*. Barcelona, Editorial Blume, 1967.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*. México, Secretaría de Educación Pública, 1948.
- CODDING, Mitchel A. "Carlos de Sigüenza y Góngora" en *Historia de la literatura Mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días*, coord. Raquel Chang-Rodríguez. México, Siglo XXI, 2002.
- CORTÉS, Hernán, *Tercera Carta de Relación*. México, Espasa-Calpe, 1985.
- CRUZ, San Juan de la, *Vida y obra de San Juan de la Cruz*, biografía prel. Crisógono de Jesús, rev. Matías del Niño Jesús, prol. Licinio del SS. Sacramento. Madrid, La Editorial Católica, 1960.
- CRUZ, Sor Juana Inés de la, *Respuesta a Sor Filotea en Obras completas*, 4 t. México, Biblioteca Americana, 1994.
- CUMMINS, James S., "Infortunios de Alonso Ramírez: A Just History of Fact?", *Bulletin of Hispanic Studies*, 61 (3), 1984.

- DELUMEAU, Jean, *Historia del Paraíso. El jardín de las delicias*. México, Taurus, 2003.
- Diccionario de la Lengua Española*, 4 t. Madrid, Real Academia Española, Espasa Calpe, 1970.
- DOMÍNGUEZ, Jorge, *Macarismos y ética de la liberación*. México, Centro Antonio de Montesinos, 1992.
- DUBY, Georges y Michelle Perrot, dirs., *Historia de las mujeres en Occidente*, 5 vols., Madrid, Taurus, 2000.
- DUPONT, Jaques, *El mensaje de las bienaventuranzas*. Madrid, Estrella, 1981.
- EICHENBAUM, Boris., “Cómo está hecho el capote de Gogol”, en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, ant. Tzvetan Todorov, trad. Ana María Nethol. México, Siglo XXI Editores, 1995.
- ELIADE, Mircea, *Tratado de la historia de las religiones*. México, Ediciones ERA, 1998.
- \_\_\_\_\_, *Lo sagrado y lo profano*. México, Paidós, 1998.
- EPIFANIO el Monje, *Vida de María*. Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 1990.
- FEHER, Michel, ed., *Fragmentos para una Historia del cuerpo humano*, 3 vols. Madrid, Taurus, 1992.
- FERREIRA, Benjamín, *¿Qué es la Biblia?* México, Librería Parroquial de Clavería, Editorial Basilio Núñez, 1996.
- FLORENCIA, Francisco de y Juan Antonio de Oviedo, *Zodiaco Mariano*, intro. Antonio Rubial. México, CNCA, 1995.
- FRANCO, Jean, *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*. México, El Colegio de México, 1989.
- FUMAGALLI, Vito, *Solitud carnalis. El cuerpo en la Edad Media*. Madrid, Editorial NEREA, 1990.
- GARCÍA AYLUARDO, Clara y Manuel Ramos Medina, coords., *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*. México, INAH, CONDUMEX, UIA, 1997.
- GARCÍA ICAZBALCETA. Joaquín, *Nueva Colección de documentos para la historia de México*. 5 vols., México, 1886-1892.
- GAYANGOS, Pascual de, *Catalogue of the Manuscripts in the Spanish Language in the British Museum*. Londres 4 vols., British Museum, 1875-1883.



GLANTZ, Margo, *Borrones y borradores. Ensayos sobre literatura colonial*. México, UNAM, El Equilibrista, 1992.

\_\_\_\_\_, *Sor Juana Inés de la Cruz: ¿Hagiografía o autobiografía?* México, UNAM-Grijalbo, 1995.

\_\_\_\_\_, “Introducción. Un paraíso occidental: el huerto cerrado de la virginidad”, en Carlos de Sigüenza y Góngora, *Paraíso Occidenta... Facsímile de la primera Edición. (México, 1684)*. México Facultad de Filosofía Letras-Condumex, 1992.

GONZALBO AIZPURU, Pilar, *Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena*. México, El Colegio de México, 2000.

\_\_\_\_\_, *Familia y orden colonial*. México, El Colegio de México, 1998.

GONZALEZ Y GONZALEZ, Enrique y Alicia Mayer, “Bibliografía de Carlos de Sigüenza y Góngora” en *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2002.

GUIJO M, Antonio de, *Diario 1648-1666*, 2 vols. México, Editorial Porrúa, Colección de escritores mexicanos, 1986.

*Historia General de México*. México, el Colegio de México, Harla, 2 vols, 1987.

HUMBOLDT; Alexander von, “Análisis razonado del Atlas Geográfico y Físico de la Nueva España” en *Ensayo político sobre Nueva España*. París, Librería de Leconte, 1836.

ISER, Wolfgang, “La estructura apelativa de los textos” en *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, comp. Dietrich Rall. México, UNAM, 1993.

JAKOBSON, Roman, “Hacia una ciencia del arte poético” en *Teoría de los formalistas rusos*. Antología preparado y presentada por Tzvetan Todorov. México SXXI, 1995.

JANIGA, Connie, “*Los Infortunios de Alonso Ramírez*, la primer novela moderna de Latinoamérica”, ponencia leída en el VII Annual Hispanic Literatura Conference, Indiana University, 10 de octubre, 1981.

JAUSS, Hans Robert en “Historia de la literatura como una provocación a la ciencia literaria” en *En busca del texto, teoría de la recepción literaria*, comp. Dietrich Rall, trad. Sandra Franco *et al.* México UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1993.

\_\_\_\_\_, “Para continuar el diálogo entre la estética de recepción “burguesa” y la “materialista” en *En Busca del texto, teoría de la recepción literaria*, comp. Dietrich Rall, trad. Sandra Franco *et al.* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1993.

JESÚS, Teresa de, *Libro de la Vida*, ed. Dámaso Chicharro. México, rei, 1988.

\_\_\_\_\_, *Camino de perfección en Obras completas*. Estudio preliminar de Luís Santillano. Madrid, Aguilar, 1988.

\_\_\_\_\_, *Castillo interior o Las moradas* Madrid, Edimat, 1998.

JESÚS MARÍA, Félix de, *Vida virtudes y dones sobrenaturales de la ven. Sierva de Dios, Sor María de Jesús, Religiosa Profesa en el V. Monasterio de la Inmaculada Concepción de la Puebla de los Ángeles en la Indias Occidentales*. Sacada de los Procesos formados para la Causa de su Beatificación, y Canonización. En Roma con Licencia de los Superiores año MDCLVI, en la Imprenta de Joseph, y Phelipe de Rossi.

JOHNSON, Paul, *Historia del cristianismo*, ed Javier Vergara. Argentina, Ediciones D, 1999.

KEMPIS, Tomás de, *Imitación de Cristo*, Librería Parroquial de Clavería. México, 1986.

LAVRIN, Asunción, comp. *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*. México, FCE, 1985.

\_\_\_\_\_ y Rosalba Loreto, edit., *Monjas y beatas: la escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana, siglos XVII y XVIII*. Puebla, Universidad de las Américas, Archivo General de la Nación, 2002.

\_\_\_\_\_, ed. *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*. Lincoln and London, University of Nebraska Press 1989.

LEONARD, Irving A, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Un sabio mexicano del siglo XVII*. México, FCE, 1984

\_\_\_\_\_, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. A Mexican Savant of the XVIIth Century*. Berkley, University of California Press, 1929.

\_\_\_\_\_, comp., *Don Carlos de Sigüenza y Góngora: Poemas*. Con estudio de Ermilo Abreu Gómez. Madrid, Biblioteca de Historia Hispano-Americana, 1931.

LIRA, Andrés, “Economía y sociedad en *Historia de México*, 12 t. México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1978.

LORENTE MDINA, Antonio, *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la Conciencia criolla mexicana*. Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1996.

MANRIQUE, Jorge, “La iglesia: estructura, clero y religiosidad” en *Historia de México*, 12t. México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1978.

MARTÍNEZ MARÍN, Carlos, “El reparto de la riqueza” en *Historia de México*, 12 t. México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1978.

- MAYER, Alicia, coord., *Carlos de Sigüenza y Góngora, Homenaje 1700-2000*, 2 vols. México, UNAM, 2000.
- MAZA, Francisco de la, *El guadalupanismo mexicano*. México, Editorial Porrúa, 1953.
- MENDIOLA, Alfonso, *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad histórica*. México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia Serie Historia y Gráfica, 1995.
- MIER, fray Servando Teresa de, “Disertación que trata de la predicación del Evangelio en América antes de la Conquista”, en *Obras completas III, El heterodoxo guadalupano*, Estudio y selección de textos, Edmundo O’Gorman. México, 1981.
- MOLLAT, Michel, *Pobres, humildes y miserables en la Edad Media*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- MONTERROSA, Mariano, “La evangelización” en *Historia de México*, 12 t. México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1978.
- MURIEL, Josefina, *Conventos de monjas en la Nueva España*. México, Editorial JUS, 1995.
- \_\_\_\_\_, *Cultura femenina Novohispana*. México, UNAM, 2000.
- \_\_\_\_\_, “La mexicanidad de Don Carlos de Sigüenza y Góngora”, en *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000*, coord. Alicia Mayer. México, UNAM. 2000.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Memoria para la Carta Hidrográfica del Valle de México*. México, 1864.
- \_\_\_\_\_, *Memoria para el Plano de la Ciudad de México*. México, 1987.
- \_\_\_\_\_, *Materiales para una cartografía mexicana*. México, Imprenta del Gobierno, 1871.
- \_\_\_\_\_, *Apuntes para la historia de la Geografía en México*. México, 1981.
- ORTIZ, Tadeo, *México considerado como Nación Independiente y Libre*. Burdeos, 1832.
- PEÑA, Margarita, *Prodigios Novohispanos, Ensayos sobre literatura de la colonia*. México, UNAM, 2005.
- \_\_\_\_\_, “Prólogo”, *Paraíso Occidental*, Carlos de Sigüenza y Góngora. México, CONACULTA, 1995.
- PERUS, Françoise, “Introducción”, *Historia y Literatura*. México, Instituto Mora, 1994.

- PINES, Dinora, "Uso inconsciente del cuerpo de la mujer" en *Cuadernos de Psicoanálisis*. México, julio-diciembre, 24, 1991.
- PLAZA Y JAÉN, Cristóbal Bernardo de la, *Crónica de la Real Pontificia Universidad de México*, 2 vol., versión paleográfica, proemio, notas y apéndice de Nicolás Rangel. México, UNAM, 1931,
- QUIÑÓNEZ-GAUGEL, María Cristina, "Dos pícaros religiosos: Guzmán de Alfarache y Alonso Ramírez" en *Romance Notes*, XXI, 1980.
- QUIÑONES Melgoza, José, "Don Carlos de Sigüenza y Góngora: su Triunfo Parténico en *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000*, coord. Alicia Mayer. México, UNAM, 2000.
- RAMOS MEDINA, Manuel, pres., *Carlos Sigüenza y Góngora Parayso, Occidental, plantado y cultivado por la liberal benefica mano de los muy Catholicos y poderoso Reyes de España, Nuestros Señores en su magnífico Real Convento de Jesús Maria de Mexico*, Facsímile de la primera edición (México, 1684), pres. Manuel Ramos, introd. Margo Glantz. México, UNAM, CONDUMEX, 1995.
- \_\_\_\_\_, "Los cronistas de monjas: la traducción masculina de una experiencia ajena", en *Historia de la literatura mexicana. La cultura letrada en la Nueva España*, coord. Raquel Chang Rodríguez. México, siglo XXI, 2002.
- RICARD, Robert, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España 1523-1524 y 1572*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- RICOEUR, Paul, *Tiempo y Narración*, trad. Agustín Neira. Madrid, Cristiandad, 1987.
- \_\_\_\_\_, "Mundo del texto y mundo del lector" en *Historia y Literatura*, comp. Françoise Perus, 3 vols. México, Instituto Mora, 1994.
- RIVA PALACIO, Vicente, *México a través de los siglos*, 5 vols. Barcelona, Ballestrá y compañía, 1888-1889.
- ROBLES, Antonio de, *Diario de sucesos notables (1665-1703)*, 3 vols., ed. y prol. Antonio Castro Leal. México, Editorial Porrúa, 1972.
- ROJAS GARCIDUEÑAS, José, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Erudito Barroco*. México, Editorial Xóchitl, 1945.
- ROSS, Kathleen, *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora. A New World Paradise*. Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- RUBIAL, Antonio, *La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana*. México, FFL, UNAM, 1996.
- \_\_\_\_\_, *Una monarquía criolla*. (La provincia agustina en el siglo SVII). México, CNCA, 1990.

\_\_\_\_\_, *La santidad controvertida*. México, UNAM, Fondo de Cultura Económica, 1999.

\_\_\_\_\_, *La Nueva España*. México, CNCA, 1999.

\_\_\_\_\_, “Ángeles en carne mortal. Viejos y nuevos mitos sobre la evangelización de Mesoamérica” en *Signos Históricos*, 7, enero-junio. México, UAM Ixtapalapa, Plaza y Valdés, 2002.

\_\_\_\_\_, “Los santos milagrosos y malogrados de la Nueva España” en *Manifestaciones Religiosas en el mundo colonial americano*, coord. Clara García Ayuardo y Manuel Ramos Medina. México INAH, CONDUMEX, UIA, 1997.

SALAZAR, Nuria, *El Convento de Jesús María en la Ciudad de México. Historia Artística 1577-1860*. México, Tesis mecanografiada para obtener el título de licenciado en Historia del Arte de la Universidad Iberoamericana, 1998.

SHAHAR, Shulamith, “The Old Body in Medieval Culture” in *Framing Medieval Bodies*, ed. Sarah Kay and Miri Rubin. New York, Manchester University Press, 1994.

SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos, *Paraíso Occidental, plantado +y cultivado por la*

*liberal benefica mano de los muy Catholicos y poderosos Reyes de España, Nuestros Señores en su magnífico Real Convento de Jesus Maria de México*, Facsímile de la Primera edición (México, 1684), present. Manuel Ramos, intro. Margo Glantz. México, UNAM, CONDUMEX, 1995.

\_\_\_\_\_, *Paraíso Occidental*, Prólogo de Margarita Peña. México CNCA, 1995.

\_\_\_\_\_, *Infortunios de Alonso Ramírez*. México, Premiá Editores, 1982.

\_\_\_\_\_, *Libra Astronómica y Filosófica*, pres. José Gaos, ed. Bernabé Navarro. México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, 1984.

\_\_\_\_\_, *Triunfo parténico. Que en glorias de Maria Santissima inmaculadamente concebida celebró la Pontificia Imperial y Regia Academia Mexicana en el bienio, que como su rector la gobernó el doctor don Juan de Narváez, tesorero general de la santacruzana en el arzobispado de México y la presente catedrático de Prima Sagrada Escritura. Descríbelo Don Carlos de Sigüenza y Góngora, mexicano, en ella Catedrático propietario de mathematicas*. México, Juan de Ribera, 1638.

\_\_\_\_\_, *Oriental Planeta Evangélico. Epopeya sacro-panegírica al Apostol Grande de las Indias S. Francisco Xavier. Escriviola el Dr. D. Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmographo del Rey : Señor, Catedrático Jubilado de las ciencias Matemáticas y Contador de Real Universidad, Examinador general de artilleros, y Gente de Mar. Capellan propietario del Hospital del Amor de Dios, Ministro del Tribunal del Santo Officio, y su Corrector General de Libros, Dialo al la Estampa Gabriel Lopez de Sigüenza, y los dedica al Señor Ldo. D. Antonio de Aunzibay y Anaya, Canonigo de La Santa Iglesia Cátedra, de esta ciudad, Juez Provisor y Vicario generl de este Arcobispado, con licencia de los superiores*. México, María de Benavides, 1700.

- \_\_\_\_\_, *Oriental Planeta Evangélico*, ed. Antonio Lorente Medina. México. Iberoamericana, 2008.
- \_\_\_\_\_, *Glorias de Querétaro. En la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe, con que se ilustra; y en el sumptuoso templo, que dedicó a su obsequio D. Juan Caballero y Ocio, Presbítero, Comisario de corte del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Escribelas D. Carlos de Sigüenza y Góngora, Natural de México, Catedrático Propietario de Matemáticas en la Real Universidad de esta Corte. [Primavera Indiana. Poema Sacro-histórico. Idea de Santa María Guadalupe de México, Copiada de flores].* México, Viuda de Bernardo Calderón, 1680.
- TRABULSE, Elías, *Los hospitales en la Nueva España en los siglos XVII y XVIII en Historia de México*, Tomo 6. México, Salvat. 1978.
- VAÍLLO, Carlos, “El conceptismo dentro del barroco”, en *Historia universal de la literatura*, 12 t., México, Editorial Origen, 1983.
- VARGASLUGO, Elisa, *México Barroco. Vida y Arte*. México, Salvat, 1993.
- VETANCURT, Agustín de, *Teatro Mexicano*, Segunda Edición Facsimilar (1698). México, Editorial Porrúa, 1982.
- Vida y obra de San Juan de la Cruz, doctor de la iglesia universal*, prologado por Crisógono de Jesús, O.C.D y Matías del Niño Jesús, O.C.D., ed. Crítica Lucinio del SS. Sacramento O.C.D. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1960.
- WALKER BYNUM, Carolyne, *Holy Feast and Holy Fast. The Religious Significance of Food to Medieval Women*. Berkley, University California Press, 1988.
- WARNER, Marina, *Tú sola entre las mujeres. El mito y el culto de la Virgen María*. Madrid, Altea, Taurus, Alfaguara, 1991.
- WELLEK, René y Austin Warren, *Teoría literaria*. Madrid, Gredos, Biblioteca románica hispánica, 1966.
- WEINRICH, Harald, “Para una historia literaria del lector”, en *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, comp. Dietrich Rall, trad. Sandra Franco et al. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1993.